

Encuentro con Cristo, rostro de la misericordia del Padre



Año de la Misericordia

Programación Diocesana de Pastoral 2015 - 2016

Diócesis de Orihuela-Alicante

MATERIAL DE USO INTERNO

Septiembre, 2015.

© Obispado de Orihuela-Alicante· C/ Marco Oliver, 5 03009 Alicante.

Diseño y maquetación: Servicio de Publicaciones del Obispado.

Imprime: Gráficas Hispania· C/Poeta Campos Vassallo, 20 03004 Alicante.



Encuentro con Cristo, rostro de la misericordia del Padre

Año de la Misericordia

Programación
Diocesana
de Pastoral

2015 - 2016

Diócesis de
Orihuela-Alicante



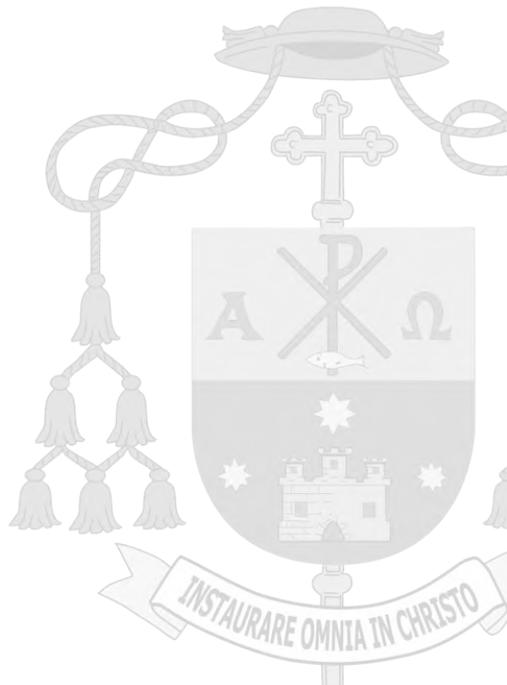
Índice

Presentación del Sr. Obispo	7
Introducción	11
Indicaciones	17
1. Proyecto marco para el Año de la Misericordia	19
2. Esquema general.....	20
3. El logo y el lema del Año de la Misericordia	22
4. Algunos consejos para hacer con fruto las «Lectio Divina»	23
5. Nociones sobre el Proyecto Personal de Vida.....	26
• PRIMERA PARTE: Encuentro (Itinerario Formativo)	37
A) VER. Análisis de la realidad	41
· Primera Lectio Divina: Crisis del amor de Dios: «Se marchó a un país lejano» (Lc 15,13)	41
B) JUZGAR	51
· Segunda Lectio Divina: «Su padre lo vio y se le conmo- vieron las entrañas» (Lc 15,20).....	52
· Tercera Lectio Divina: «Celebremos un banquete» (Lc 15, 23)	62
· Cuarta Lectio Divina: «Ha vuelto tu hermano» (Lc 15, 27)	76
· Quinta Lectio Divina: «Tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo» (Lc, 31)	85

• SEGUNDA PARTE: Misión (Itinerario Pastoral)	95
C) ACTUAR	97
1. Proyecto personal de vida	99
2. Programación comunitaria.....	100
- Objetivos específicos.....	100
- Líneas de acción.....	100
3. Propuestas de acciones diocesanas	103
4. Calendario oficial de la Santa Sede	107
Material complementario	111
1. Carta del papa Francisco con las disposiciones sobre el Jubileo de la Misericordia.....	112
2. Presentación de la Bula «Misericordiae Vultus»	117
3. Conclusiones del Congreso de Laicos	138
Calendario liturgico pastoral 2015-2016	143
Oración para el Jubileo de la Misericordia	157
Oración de la Iglesia Diocesana	161



· Presentación del Sr. Obispo





Presentación del Sr. Obispo

Movidos por el llamamiento del papa Francisco a ser una Iglesia «en salida», decidida a vivir y a anunciar la «alegría del Evangelio», el curso pasado, 2014-2015, realizamos una tarea de «discernimiento» para que, en la escucha orante de la Palabra de Dios y de la enseñanza de la Exhortación Apostólica «*Evangelii Gaudium*», el Espíritu nos concediera luces para vislumbrar las prioridades pastorales para nuestra Iglesia diocesana.

Fruto de esta tarea de discernimiento, realizada y compartida desde más de seiscientos grupos en toda la geografía diocesana, ha sido el proyecto-marco para el Plan Diocesano de Pastoral que encuadra y vertebrata las grandes prioridades de la acción pastoral diocesana para los años próximos.

En este proyecto-marco, hemos integrado el Año de la Misericordia con la intención de concretar el objetivo que propone el papa Francisco en la Bula de convocatoria del Jubileo Extraordinario de la Misericordia: «**Contemplar** el misterio de la misericordia para que haga más fuerte y eficaz el **testimonio** de los creyentes» (Cfr. MV, 3). Todo un año por delante para entrar en la profundidad de la misericordia de Dios

Tal y como nos recuerda el papa Francisco en su Bula de convocatoria del Jubileo (MV 1), «El Padre, «rico de misericordia» (Ef 2,4)... En la «plenitud del tiempo» (Gal 4,4) cuando todo estaba dispuesto según su plan de salvación, Él envió a su Hijo nacido de la Virgen María para revelarnos de manera definitiva su amor». Así en este curso, en este tiempo de gracia que se abre ante nosotros, deseamos promover: tanto el **encuentro** con el amor misericordioso de Dios, especialmente revelado en Jesucristo, «rostro de la misericordia del Padre», cuanto la **misión** que anuncia y testimonia la misericordia, puesto que «el misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en esta palabra».

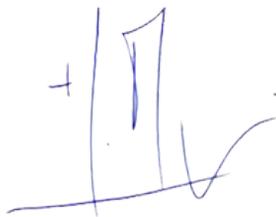
Deseo, pues, que la acción pastoral diocesana ayude a descubrir, acoger, celebrar y testimoniar el amor misericordioso de Dios, a vivir las obras de misericordia. Que nos anime a encontrar la presencia misericordiosa de Jesús en la Palabra, los Sacramentos, los acontecimien-

tos y las personas, y que desde esa continua experiencia de su bondad y de su amor, nos haga ser, cada día más, unos cristianos, una Iglesia que anuncia, de palabra y de obra, la misericordia de Dios a una sociedad tan necesitada de palabras y de hechos que la ayuden a superar crisis y contradicciones.

Para este fin os presento y os ofrezco para el curso 2015-2016, Año de la Misericordia, estos materiales. Ellos pretenden ser un instrumento de comunión entre las diversas parroquias, comunidades y servicios pastorales presentes en nuestra diócesis de Orihuela-Alicante, ayudando a aunar esfuerzos y a proseguir en la conversión misionera de nuestra Iglesia diocesana, llamada cada día a ser fiel y a estar arraigada en el misterio de nuestro Dios, que es amor, y llamada cada día a estar dedicada a ser eco e imagen de su Palabra de Misericordia para con un mundo por el que Cristo dio su vida.

Ante este nuevo curso tan especial, llamado a estar lleno de la luz y del gozo del Jubileo Extraordinario de la Misericordia, quiero hacer llegar mi reconocimiento hacia los sacerdotes y diáconos, personas consagradas y fieles cristianos laicos, que con vuestra entrega diaria hacéis presente la bondad de Dios en la vida de nuestra Iglesia y de nuestra sociedad. Sea pública también mi gratitud hacia todos aquellos que con vuestra labor de «discernimiento» y vuestras aportaciones durante el curso 2014-2015 habéis hecho posible tener un proyecto marco para el Plan Diocesano de Pastoral de los próximos años, y llegue también mi agradecimiento a quienes, con mucha dedicación, habéis elaborado los materiales que ahora ofrecemos.

Que Santa María, Madre de la Misericordia, asista a todos los que formamos la Iglesia diocesana de Orihuela-Alicante. Que, como bellamente pide el papa Francisco, «la dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios» (MV 24). Así se nos conceda.



✠ **Jesús Murgui Soriano**
Obispo de Orihuela-Alicante



· Introducción



Introducción

«Misericordiae Vultus»

«Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre»¹ Así inicia el papa Francisco la Bula de convocación del Jubileo Extraordinario de la Misericordia. El Rostro de Cristo, la «Santa Faz», ilustra la portada de estos materiales, invitándonos, desde el principio, a «tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre»².

El logo del Año jubilar, juntamente con el lema, «Misericordioso como el Padre» es una buena síntesis y un pequeño compendio teológico de la misericordia que plasman los dos objetivos fundamentales de este Año: «Contemplar el misterio de la misericordia para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes»³.

En el proyecto marco del Plan Diocesano de Pastoral, hemos integrado el Año de la Misericordia con la intención de concretar el objetivo que propone el papa Francisco: CONTEMPLAR Y TESTIMONIAR, en consonancia con las dos palabras claves que inspiran el lema de nuestro próximo Plan Diocesano de Pastoral: ENCUENTRO Y MISIÓN.

Estas dos palabras, explican a la vez que un mismo camino, sean simultáneamente dos itinerarios complementarios y recíprocos: un itinerario formativo (IF) centrado en el encuentro con Jesucristo y un itinerario pastoral (IP), orientado a la concreción necesaria de la reflexión y oración, en unas acciones pastorales particulares.

Nuestra propuesta

Lo haremos partiendo del texto de Hijo Pródigo (Lc 15, 11-32). La Lectio Divina de esta parábola de «*los dos hijos y el padre bueno*» (J. Ratzinger),

1 Francisco, Misericordiae Vultus, 1

2 Francisco, Misericordiae Vultus, 3

3 Cfr. Francisco, Misericordiae Vultus, 2 y 3)

articulará el contenido de todo el itinerario formativo, por un lado, y el itinerario pastoral por otro. De esta manera durante todo el Año de la Misericordia, todas las realidades pastorales de la diócesis (parroquias, delegaciones, movimientos, grupos, etc) harán un recorrido formativo y de acción desde la Palabra, la liturgia, el testimonio y la caridad, siendo el tema «la misericordia» la que impregne tanto la formación (Encuentro-Contemplación) como la acción (Misión-Testimonio).

Tres momentos dinamizan estos dos itinerarios: Ver, Juzgar y Actuar.

El VER nos permite acercarnos a la realidad y descubrir la crisis del amor de Dios «Se marchó a un país lejano»⁴. Discernir la crisis profunda que azota el corazón del hombre alejado del amor de Dios y necesitado, por ello, de la misericordia divina.

JUZGAR: «la misericordia se muestra como la fuerza que todo lo vence, que llena de amor y que consuela con el perdón»⁵.

ACTUAR: El itinerario pastoral que sugerimos en este Año de la Misericordia, inspirado en la *Lectio Divina* de la parábola del Hijo Pródigo y en la Bula *Misericordiae Vultus*, no es un corsé o una plantilla que agobia, sino una sugerencia y una invitación para que cada realidad pastoral de la diócesis vaya haciendo su propia programación, concretando las líneas de acción según la preparación y las circunstancias particulares de las mismas. Lo que aquí se formula hay que darle vida desde el calor y el sabor personal y de cada comunidad parroquial o grupo pastoral.

Proponemos tres niveles de acción incluyendo la información de las actividades para el Jubileo organizadas por la Santa Sede:

- 1º El individual: Proyecto Personal de Vida.
- 2º El comunitario: Programación Comunitaria.
- 3º El diocesano: Actividades diocesanas.
- 4º Calendario oficial de la Santa Sede.

4 Lc, 15, 13

5 Francisco, *Misericordiae Vultus*, 9

Sugerencias

Es imprescindible, recuperar o crear los grupos para orar con el método de la *Lectio Divina* y aprovechar los grupos pastorales, movimientos, asociaciones, procesos catequéticos, catecumenados o realidades semejantes de nuestra pastoral diocesana. No se trata de multiplicar nuevas actividades pastorales, sino de convertir los grupos ya establecidos, y otros que pudieran nacer, en lugares donde se pueda tener la oportunidad de entrar en contacto directo e inmediato con el Evangelio, escucharlo, acogerlo, meditarlo y compartirlo.

Las posibilidades y ámbitos de participación son amplias y flexibles. Nosotros, simplemente nos limitamos a ofrecer algunas sugerencias que puedan facilitar el desarrollo de esta experiencia de oración:

El primer momento es la oración personal y consiste en seguir individualmente los distintos pasos de la *Lectio Divina*. Éstas, están pensadas para orar, ante todo, personalmente. Todo lo que dice ha de aplicárselo cada persona como un diálogo interior, algo que uno se dice a sí mismo, partiendo de la Palabra que Dios le dirige personalmente. La primera conversión que hay que buscar es la propia. Como apoyo para la oración, encontraréis el texto del Evangelio propuesto, y el desarrollo de la *lectura, meditación y, oración-contemplación*. Al final se formulan unas preguntas para avanzar y desarrollar a nivel personal y comunitario. Este paso previo, enriquecerá mucho el posterior trabajo en grupo.

Establecidos los grupos y elegido el animador del mismo, en un clima de oración y reflexión, trabajaréis la *Lectio Divina*. La frecuencia de reuniones las establecerá el grupo, sabiendo que hemos preparado cinco *Lectio Divina* para todo el Año Jubilar

Queda por destacar que hemos introducido una propuesta de Proyecto Personal de Vida. Pretende ser una ayuda para que cada uno cultive la vida interior, que se ejercite diariamente en las virtudes cristianas. La recomendación, presente en toda la literatura cristiana, remite a la invitación paulina «ejercítate en la piedad»⁶ y consiste en poner medios concretos y constantes para impregnar de caridad cada momento de la jornada.

6 1 Tim 4, 7

Deseamos que estos materiales sean de gran provecho para todos. Están estructurados en dos partes fundamentales: Itinerario Formativo e Itinerario Pastoral, juntamente con las indicaciones y los materiales complementarios que iluminan y completan la intencionalidad de todo el trabajo.

Nuestro Obispo nos los ofrece como «un instrumento de comunión entre las diversas parroquias, comunidades y servicios pastorales presentes en nuestra diócesis de Orihuela-Alicante, ayudando a aunar esfuerzos y a proseguir en la conversión misionera de nuestra Iglesia diocesana, llamada cada día a ser fiel y a estar arraigada en el misterio de nuestro Dios, que es amor, y llamada cada día a estar dedicada a ser eco e imagen de su Palabra de Misericordia para con un mundo por el que Cristo dio su vida».

Con el Cántico de María, «Proclama mi alma la grandeza del Señor» manifestamos nuestra alegría al saber que la misericordia del Señor «llega a sus fieles de generación en generación» Que la Madre de Misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra os acompañe en este curso.



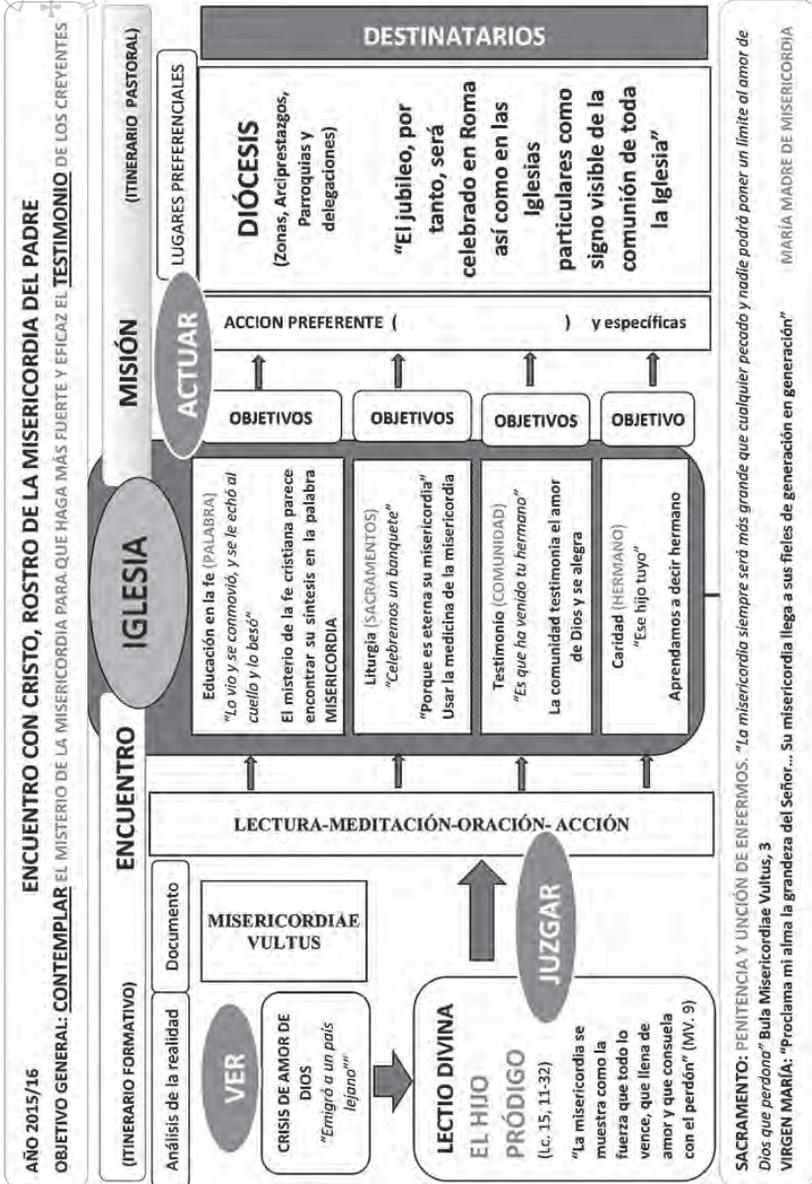
• **Indicaciones**

- **Proyecto marco** para el Año de la Misericordia
- **Esquema general**
- **El logo y el lema** del Año de la Misericordia
- **Algunos consejos** para hacer con fruto las «Lectio Divina»
- **Nociones** sobre el Proyecto Personal de Vida



Indicaciones

1 Proyecto marco para el Año de la Misericordia



2 Esquema general

Objetivo general: «Contemplar el misterio de la misericordia para que haga más fuerte y eficaz el **testimonio** de los creyentes». (Cfr. MV 2,3)

		OBJETIVO	ACTIVIDAD	TEMPORALIZACIÓN		
JUZGAR	VER	ANÁLISIS DE LA REALIDAD	Discernir la crisis profunda que azota el corazón del hombre alejado del amor de Dios y necesitado, por ello, de la misericordia divina	1ª LECTIO DIVINA «Juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano» (Lc 15, 13) Crisis del amor de Dios	NOV. - DICIEMBRE 2011	ITINERARIO FORMATIVO
	PALABRA	LITURGIA	Descubrir en las parábolas de la misericordia el núcleo del Evangelio y de nuestra fe (MV 9,12), a través del estudio, la meditación y la oración, y traducirlo en gestos de misericordia y del perdón.	2ª LECTIO DIVINA «Su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas» (Lc 15, 13) El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en la palabra MISERICORDIA (MV, 1)	ENERO-FEBRERO 2016	
			Acoger y celebrar la misericordia de Dios, especialmente en los sacramentos de la Penitencia, la Unión de enfermos y la Eucaristía	3ª LECTIO DIVINA «Celebremos un banquete» (Lc 15,23) «Porque es eterna su misericordia»	MARZO-ABRIL 2016	
			Testimoniar el amor y la misericordia de Dios disponiendo a la comunidad a redescubrir y vivir las obras corporales de misericordia	4ª LECTIO DIVINA «Ha vuelto tu hermano» (Lc 15,27) La comunidad testimonia el amor de Dios y se alegra	MAYO 2016	
			Manifestar un modo nuevo de amar y de servir al hermano redescubriendo y cumpliendo las obras espirituales de misericordia	5ª LECTIO DIVINA «Tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31) Aprendamos a decir hermano. Signos vivos del amor del Padre	OCTUBRE-NOV. 2016	
					ENCUENTRO (Contemplar)	

ACTUAR	PALABRA	<p>Descubrir la importancia vital que tiene la palabra misericordia en el misterio de la fe cristiana y traducirlo en gestos concretos.</p>	<p>1/ Trabajar las parábolas de la misericordia Lc 15: El hijo pródigo. 2/ Traducir la enseñanza de cada parábola en gestos concretos que testimonien de forma fuerte y eficaz la misericordia: perdón, acogida, ternura, paciencia, tolerancia, búsqueda del otro, interés por el otro, fiesta.</p>	ENERO-FEBRERO
	LITURGIA	<p>Acoger y celebrar la misericordia de Dios, muy especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Unción y Eucaristía</p>	<p>1/ En las semanas de Cuaresma meditar páginas de la Sagrada Escritura para redescubrir el rostro misericordioso del Padre (Miqueas, Isaías) 2/ La invitación «24 para el Señor» momento especial para descubrir el sacramento de reconciliación. 3/ Poner en el centro el sacramento de la penitencia para descubrir la grandeza del perdón del Señor. 4/ Organizar «misión para el pueblo» y anunciar la alegría del perdón. 5/ El anuncio de la conversión a las personas que se encuentran lejos 6/ Redescubrir el sacramento de la Unción como momentos especial del encuentro con la misericordia de Dios</p>	MARZO-ABRIL
	COMUNIDAD	<p>Redescubrir y vivir las obras corporales de misericordia</p>	<p>1/ Dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestido al desnudo: potenciar la labor y participación de todos los miembros de la parroquia en caritas parroquial. 2/ Acoger al forastero: cuidar la acogida a emigrantes y extranjeros que vienen a vivir a nuestra parroquia. Ayudarles en sus necesidades. 3/ Asistir a los enfermos: potenciar la visita y el cuidado a los enfermos de la parroquia. Continuar con la oración mensual por los que sufren. 4/ Enterrar a los muertos: potenciar y cuidar la pastoral de exequias.</p>	MAYO
	CARIDAD	<p>Redescubrir y vivir las obras espirituales de misericordia</p>	<p>1/ Consolar al triste: Hacer el ejercicio de abrir los ojos y buscar a personas que viven en situaciones de tristeza y llevarles el consuelo y la esperanza. 2/ Soportar con paciencia las personas molestas: proponer a la comunidad el ejercicio en este año jubilar de aceptarnos entre nosotros para crear un clima de tolerancia, de respeto y misericordia. 3/ Rogar a Dios por los vivos y difuntos: tener presente en nuestras oraciones a los vivos con dificultad, en tribulación: cristianos perseguidos, asesinados. Orar por los difuntos por los que nadie ora. 4/ Organizar una peregrinación profundizando en la vivencia de las etapas (MV 14)</p>	OCT.-NOV. 2016
MISIÓN (Testimoniar)				
ITINERARIO PASTORAL				

3 El logo y el lema del Año de la Misericordia

El logo y el lema ofrecen juntos una buena síntesis del Año jubilar. Con el lema *Misericordiosos como el Padre* (tomado del Evangelio de Lucas, 6,36) se propone vivir la misericordia siguiendo el ejemplo del Padre, que pide no juzgar y no condenar, sino perdonar y amar sin medida (cfr. Lc 6,37-38). El logo – obra del jesuita Mar-ko I. Rupnik – se presenta como un pequeño compendio teológico de la misericordia. Muestra, en efecto, al Hijo que carga sobre sus hombros al hombre extraviado, recuperando así una imagen muy apreciada en la Iglesia antigua, porque indicaba el amor de Cristo que lleva a término el misterio de su encarnación con la redención. El dibujo se ha realizado de manera que se destaque el Buen



Pastor que toca en profundidad la carne del hombre, y lo hace con un amor capaz de cambiarle la vida. Además, es inevitable notar un detalle particular: el Buen Pastor con extrema misericordia carga sobre sí la humanidad, pero sus ojos se confunden con los del hombre. Cristo ve con el ojo de Adán y este lo hace con el ojo de Cristo. Así, cada hombre descubre en Cristo, nuevo Adán, la propia humanidad y el futuro que lo espera, contemplando en su mirada el amor del Padre.

La escena se coloca dentro la mandorla que es también una figura importante en la iconografía antigua y medieval por cuanto evoca la copresencia de las dos naturaleza, divina y humana, en Cristo. Los tres óvalos concéntricos, de color progresivamente más claro hacia el externo, sugieren el movimiento de Cristo que saca al hombre fuera de la noche del pecado y de la muerte. Por otra parte, la profundidad del color más oscuro sugiere también el carácter inescrutable del amor del Padre que todo lo perdona.

4 Algunos consejos para hacer con fruto las «Lectio Divina»

1) **La Lectio Divina está pensada para orar, ante todo, personalmente.** Todo lo que dice ha de aplicárselo cada persona. Pero no como algo dicho por otra persona. Sino como un diálogo interior, algo que uno se dice a sí mismo, partiendo de la palabra que Dios le dirige personalmente. La primera conversión que hay que buscar es la propia. Si te descubres a ti mismo, pensando «¡qué bien le vendría esto a esta persona!», vuelve al principio: aún necesitas limpiar más los ojos de tu alma y de tu corazón (Mt 7,1-6).

2) **Claro que se pueden hacer comunitariamente. Pero conviene tener presente que hay momentos que son eminentemente personales,** salvo que el grupo esté muy acostumbrado a orar comunitariamente. El paso de la oración es para orar, no para reflexionar comunitariamente ni para seguir dialogando. Lo dice muy claramente el Papa Benedicto: «Se llega al momento de la oración (oratio), que supone la pregunta: ¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra? La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia (*Verbum Domini*, 87)». Y, conviene que nuestra oración no sea pobre y llegue hasta el «arrebato del corazón». San Juan Pablo II nos pidió en su programa pastoral para toda la Iglesia: «nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser *auténticas escuelas de oración*, donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda, sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el *arrebato del corazón*» (*Novo Millennio Ineunte*, 33).

3) **Las «Lectio» son demasiado largas para trabajarlas en una sola sesión.** Y, por supuesto, **no se trata de contestar a todas las preguntas,** sino de centrarse en la que realmente nos mueve a un cambio interior. De todos modos, de poco aprovechará una hora dedicada a estos textos, si no se han orado personalmente con anterioridad y no se siguen trabajando después. La dinámica de la palabra de Dios es la de la lluvia, la nieve y la semilla (Is 55,10-11; Mc 4,2-20). No fructifican enseguida, necesitan tiempo, cuidado, mimo, para fructificar y desarrollar la fuerza interior que tienen en sí.

4) La «Lectio» **no es un conjunto de pasos independientes entre sí que hay que seguir mecánicamente. La «Lectio» es un movimiento interior del espíritu humano que ora movido por el Espíritu de Dios.** Aunque hay diversos modos de hacerla, nosotros hemos seguido el modo propuesto por el Papa Benedicto XVI en *Verbum Domini*, 87. Estas son sus palabras:

«Quisiera recordar aquí brevemente cuáles son los pasos fundamentales:

1° **Se comienza con la lectura (*lectio*) del texto**, que suscita la cuestión sobre el conocimiento de su contenido auténtico: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo? Sin este momento, se corre el riesgo de que el texto se convierta sólo en un pretexto para no salir nunca de nuestros pensamientos.

2° Sigue después **la meditación (*meditatio*)** en la que la cuestión es: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros? Aquí, cada uno personalmente, pero también comunitariamente, debe dejarse interpelar y examinar, pues no se trata ya de considerar palabras pronunciadas en el pasado, sino en el presente.

3° Se llega sucesivamente al **tercer momento de la oración (*oratio*)**, que supone la pregunta: ¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra? La oración como petición, intercesión, agradecimiento y alabanza, es el primer modo con el que la Palabra nos cambia.

4° Por último, la *lectio divina* **concluye con la contemplación (*contemplatio*)**, durante la cual aceptamos como don de Dios su propia mirada al juzgar la realidad, y nos preguntamos: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor? (...) Conviene recordar, además que la *lectio divina* no termina su proceso hasta que no se llega a la acción.

5° **acción (*actio*)**, que mueve la vida del creyente a **convertirse en don para los demás por la caridad»** (*Verbum Domini*, 87).

· Pasos de la leccio divina



LECTURA

• ¿Qué dice el texto?

Comienza a leer despacio, muy despacio. Después trata de recomponer el pasaje sin necesidad del libro. Ahora vuelve a leer: ¿qué dice el texto?

• ¿Qué nos quiere decir el autor?

Capta con una mirada global lo que dice el texto. Enmárcalo en su contexto. Fíjate en los verbos, las acciones, los símbolos, los sujetos, los sentimientos expresados o la palabra clave. Qué circunstancias de lugar y tiempo aparecen en él; cuál es la acción fundamental.



MEDITACIÓN

• ¿Qué me dice a mí?

¿Qué mensaje, referido al aquí y ahora, propone este pasaje? Trata de escuchar esa Palabra que Dios te quiere comunicar:

1. FE

- ¿Qué VERDAD me descubre o me recuerda Dios en este texto que estoy leyendo?
- ¿Qué tentaciones encuentro en mi vida?
- ¿Escucho la Palabra de Dios y sigo sus indicaciones, o voy por otros caminos?

2. ESPERANZA

- ¿Qué PROMESA se me hace en este texto?
- ¿Descubro la presencia y ayuda de Dios en mi vida, en los momentos fáciles y en los difíciles?
- ¿Cómo la Palabra y la oración alimentan mi vida?

3. AMOR

- ¿A qué me COMPROMETE en concreto esta Palabra?
- ¿Necesito hacer alguna opción radical?
 - ¿Qué destellos encuentro en mi vida del amor de Dios y cómo respondo a Él?



CONTEMPLACIÓN-ORACIÓN

La contemplación es «intimidad» con el Señor, adoración, alabanza, acción de gracias, silencio y abandono ante Aquel que habla a través de cada página de la Biblia: Jesús, Hijo del Padre, dador del Espíritu, Palabra de Dios

5 Nociones sobre el proyecto personal de vida

Introducción

I. VOCACIÓN UNIVERSAL A LA SANTIDAD

En el segundo relato de la creación, el del paraíso⁷, se narra la creación del ser humano, varón y mujer⁸, su posterior caída y su expulsión del paraíso⁹. Es, en definitiva, una descripción de la pérdida del estado de felicidad y armonía original del ser humano, creado a imagen y semejanza de Dios, que queda rota o dañada por el pecado original.

«El primer hombre fue no solamente creado bueno, sino también constituido en la amistad con su creador y en armonía consigo mismo y con la creación en torno a él; amistad y armonía tales que no serán superadas más que por la gloria de la nueva creación en Cristo»¹⁰.

Pero la historia de comunión entre Dios y el hombre no concluirá en un fracaso, sino que a partir de ahora se llamará salvación: historia de salvación. «Si el pecado aleja al hombre de Dios, no aleja a Dios del hombre, y Dios creador deviene Dios-Redentor»¹¹.

Tras la caída, el hombre no fue abandonado por Dios. Al contrario, Dios lo llama y le anuncia de modo misterioso la victoria sobre el mal y el levantamiento de su caída.

Descubrimos en el pasaje de la creación el sentido último de nuestra vida: llamados a vivir en comunión con Dios. Dios en su amor, que es intimidad, se desborda para establecer una comunión con nosotros e introducirnos en la vida divina.

El pueblo de Israel se sabía llamado a la santidad, porque Dios es santo¹². Sin embargo, solo después de siglos se abriría el gran camino, con la venida del Mesías y la encarnación del Señor. «¿Cuál es el camino?, preguntó el apóstol Tomás. «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida -le respondió Jesús-; nadie va al Padre si no es a través de mí»¹³.

7 Gn 2, 4b ss.

8 Gn 2.

9 Gn 3.

10 CEC 374.

11 A. COMASTRI, *L'annunciazione. Il «sì» di Maria*, Milano 2013, p. 10.

12 Cfr. Lv 19, 2.

13 Jn 14, 6.

«Pero, al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que se hallaban bajo la ley, y para que recibiéramos la filiación adoptiva»¹⁴. He aquí «la Buena Nueva de Jesucristo, Hijo de Dios»¹⁵: Dios ha visitado a su pueblo¹⁶, ha cumplido las promesas hechas a Abraham y a su descendencia¹⁷; lo ha hecho más allá de toda expectativa: Él ha enviado a su «Hijo amado»¹⁸.

«Después del pecado de Adán y Eva, Dios no quiso dejar la humanidad en soledad y a merced del mal. Por esto pensó y quiso a María santa e inmaculada en el amor¹⁹, para que fuese la Madre del Redentor del hombre. Ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón. La misericordia siempre será más grande que cualquier pecado y nadie podrá poner un límite al amor de Dios que perdona»²⁰.

II. INSERTADOS EN EL PROYECTO DE DIOS

Por el bautismo, todo cristiano está llamado a la santidad y al apostolado incorporándose a la vida de Cristo: cada uno y todos los cristianos de todas las épocas. La llamada universal a la santidad, afirmación que es central en el Evangelio, ilumina toda la vida con una luz decisiva. El Concilio Vaticano II la proclamó solemnemente: «Todos los fieles, de cualquier estado o condición, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, que es una forma de santidad que promueve, aun en la sociedad terrena, un nivel de vida más humano. Para alcanzar esa perfección, los fieles, según la diversa medida de los dones recibidos de Cristo, siguiendo sus huellas y amoldándose a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, deberán esforzarse para entregarse totalmente a la gloria de Dios y al servicio del prójimo»²¹.

14 Ga 4, 4-5.

15 Mc 1,1.

16 Cfr. Lc 1, 68.

17 Cfr. Lc 1, 55.

18 Mc 1, 11.

19 Cfr. Ef 1, 4.

20 FRANCISCO, *Misericordiae vultus*, 3.

21 LG 40.

El llamamiento del Señor Jesús «Id también vosotros a mi viña»²² no cesa de resonar en el curso de la historia desde aquel lejano día: se dirige a cada hombre que viene a este mundo²³.

En nuestro tiempo, en la renovada efusión del Espíritu de Pentecostés que tuvo lugar con el Concilio Vaticano II, la Iglesia ha madurado una conciencia más viva de su naturaleza misionera y ha escuchado de nuevo la voz de su Señor que la envía al mundo como «sacramento universal de salvación»²⁴.

La llamada se extiende a todos: también los fieles laicos son llamados personalmente por el Señor, de quien reciben una misión en favor de la Iglesia y del mundo. Lo recuerda San Gregorio Magno quien, predicando a su pueblo, comenta de este modo la parábola de los obreros de la viña: «Fijaos en vuestro modo de vivir, queridísimos hermanos, y comprobad si ya sois obreros del Señor. Examine cada uno lo que hace y considere si trabaja en la viña del Señor»²⁵.

III. EL PROYECTO PERSONAL DE VIDA

La invitación a la santidad, dirigida por Jesucristo a todos los hombres sin excepción, requiere de cada uno que cultive la vida interior, que se ejercite diariamente en las virtudes cristianas. La recomendación, presente en toda la literatura cristiana, remite a la invitación paulina «ejercítate en la piedad»²⁶ y consiste en poner medios concretos y constantes para impregnar de caridad con Dios cada momento de la jornada.

Por eso, al mismo tiempo que cultiva las virtudes sobrenaturales, un cristiano que busca la santidad procurará alcanzar los hábitos, modos de hacer y de pensar que caracterizan a alguien como maduro y equilibrado. Se moverá no por un simple afán de perfección, sino para reflejar la vida de Cristo. Si bien hemos de robustecer y pulir la propia personalidad para que se ajuste a un estilo cristiano, no podemos pensar que el ideal sería convertirse en una especie de *superhombre*. En realidad, el modelo es siempre Jesucristo.

22 Mt 20, 3-4.

23 Cfr. JUAN PABLO II, *Christifideles Laici*, 2.

24 LG 48.

25 SAN GREGORIO MAGNO, *Hom. in Evang.* I. XIX, 2: PL 76, 1155.

26 1 Tim 4, 7.

El proyecto personal de vida tiende a unificar todos los aspectos de la existencia cristiana porque ayuda a convertir cada uno en encuentro y diálogo personal con Dios gracias a los medios y actividades que nos proporciona. Los objetivos irán siempre en consonancia con el «sentir con la Iglesia»²⁷.

El cristiano no es un bautizado que recibe el bautismo y luego va adelante por su camino. El primer fruto del bautismo es hacerte pertenecer a la Iglesia, al pueblo de Dios. No se entiende a un cristiano sin Iglesia. Y por esto el gran Pablo VI decía que es una dicotomía absurda amar a Cristo sin la Iglesia; escuchar a Cristo pero no a la Iglesia: estar con Cristo al margen de la Iglesia. No se puede. Es una dicotomía absurda. Nosotros recibimos el mensaje evangélico en la Iglesia y hacemos nuestra santidad en la Iglesia, nuestro camino en la Iglesia. Lo demás es una fantasía o, como él decía, una dicotomía absurda²⁸. «Dios quiso santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente»²⁹. Se trata de trascender más allá de nuestros propios intereses para insertarnos dentro del *proyecto de Dios*.

«¿Qué es la trascendencia? –se preguntaba el Beato Óscar Romero-. Yo creo que hasta repito demasiado esta idea, pero no me cansaré de hacerlo. Porque corremos mucho el peligro de querer salir de las situaciones inmediatas y nos olvidamos que los inmediatismos pueden ser parches, pero no soluciones verdaderas. La solución verdadera tiene que encajar en el proyecto definitivo de Dios»³⁰.

La nueva vida que hemos recibido en el bautismo está llamada a crecer «hasta que lleguemos todos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de la plenitud de Cristo»³¹. Todo proyecto personal de vida forma parte de esta voluntad salvífica universal de Dios y de su obra de redención, de la que nosotros somos colaboradores. ¿Cómo? Creo que la famosa Epístola a Diogneto nos puede dar mucha luz ante esta pregunta: «Los cristianos no se distinguen del resto de la humanidad ni en la localidad, ni en el habla, ni en las costumbres. (..) Viven en ciudades de griegos y bárbaros, según les cupo en suerte, siguen las costumbres nativas tanto en el vestir como en todo su estilo de vida y, sin embargo, dan muestras de un tenor de vida admira-

27 SAN IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios espirituales*, nn. 352-370.

28 Cfr. FRANCISCO, *Homilía Santa Marta*, 30 de enero de 2014.

29 LG 9.

30 BEATO OSCAR ROMERO, *Homilía 23 de marzo de 1980*, VIII p. 367.

31 Ef4, 13.

ble y, a juicio de todos increíble (...). Se casan como todos los demás hombres y engendran hijos; pero no se deshacen de los hijos que conciben. Tienen la mesa en común, pero no el lecho. Viven en la carne, pero no según la carne. Viven en la tierra, pero su ciudadanía está en el cielo. Obedecen las leyes establecidas, y con su modo de vivir superan estas leyes. Aman a todos, y todos los persiguen. Se les condena sin conocerlos. (...) Son pobres, y enriquecen a muchos; carecen de todo, y abundan en todo. (...) Son escarnecidos, y ellos bendicen (...). Hacen el bien, y son castigados como malhechores; y, al ser castigados a muerte, se alegran como si se les diera la vida. Los judíos los combaten como a extraños, y los gentiles los persiguen, y, pese a todo, los mismos que los aborrecen no saben explicar el motivo de enemistad. En una palabra, lo que el alma es en un cuerpo, esto son los cristianos en el mundo»³². Éste es nuestro proyecto personal de vida.

Y es que en esta empresa contamos siempre con la ayuda del Señor y los cuidados maternos de santa María: «la Virgen hace precisamente esto con nosotros, nos ayuda a crecer humanamente y en la fe, a ser fuertes y a no ceder a la tentación de ser hombres y cristianos de una manera superficial, sino a vivir con responsabilidad, a tender cada vez más hacia lo alto»³³.

IV. ¿CÓMO ELABORARLO?

1. Teniendo en cuenta nuestras cualidades

Dios cuenta con nuestra personalidad para llevarnos por caminos de santidad. El modo de ser de cada uno es como una tierra fértil que se ha de cultivar: basta quitar con paciencia y alegría las piedras y malas hierbas que impiden la acción de la gracia, y comenzará a dar fruto, una parte el ciento, otra el sesenta y otra el treinta³⁴. La palabra *madurez* significa estar en sazón, a punto, y por extensión hace referencia a la plenitud del ser. Implica también el cumplimiento de la propia tarea. Por eso, su mejor paradigma lo podemos encontrar en la vida del Señor. Contemplarla en los Evangelios y ver cómo Cristo trata a las personas, su fortaleza ante el sufrimiento, la decisión con que acometió

32 Epístola a Diogneto V-VI, 1, en D. RUIZ, *Padres Apostólicos y apologistas griegos (s. II)*, Madrid 2002, pp. 656s.

33 FRANCISCO, *Homilía ante la imagen de Sancta Maria Salus Populi Romani*, 6 de mayo de 2013.

34 Mt 13, 8.

la misión recibida del Padre, todo esto nos da el criterio para elaborar el proyecto personal de vida.

2. Sabiendo que es un proceso

El Catecismo³⁵ enseña que «El camino de la perfección pasa por la cruz. No hay santidad sin renuncia y sin combate espiritual³⁶. El progreso espiritual implica la ascesis y la mortificación que conducen gradualmente a vivir en la paz y el gozo de las bienaventuranzas: «El que asciende no cesa nunca de ir de comienzo en comienzo mediante comienzos que no tienen fin. Jamás el que asciende deja de desear lo que ya conoce»³⁷ (S. Gregorio de Nisa, *hom. In Cant.* 8)».

La persona madura es capaz de desarrollar un proyecto elevado, claro y armónico en su vida, y que posee las disposiciones positivas necesarias para realizarlo con facilidad. En cualquier caso, la madurez viene como un proceso que requiere tiempo, que pasa por distintos momentos y etapas. En este camino hacia la madurez, la fuerza transformadora de la gracia se hace presente.

3. Sabiéndonos partícipes del oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo³⁸

Dirigiéndose a los bautizados como a «niños recién nacidos», el apóstol Pedro escribe: «Acercándoos a Él, piedra viva, desechada por los hombres, pero elegida y preciosa ante Dios, también vosotros, cual piedras vivas, sois utilizados en la construcción de un edificio espiritual, para un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptos a Dios por mediación de Jesucristo (...). Pero vosotros sois el linaje elegido, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo que Dios se ha adquirido para que proclame los prodigios de Aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz (...)»³⁹.

He aquí un nuevo aspecto de la gracia y de la dignidad bautismal: los fieles laicos participan, según el modo que les es propio, en el triple oficio –sacerdotal, profético y real– de Jesucristo. «Aquel que ha nacido de la virgen María, el Hijo del carpintero –como se le consideraba–, el Hijo de Dios vivo –como ha confesado Pedro– ha venido para hacer de todos nosotros «un reino de sacerdotes». El Concilio Vaticano II nos ha recordado el mis-

35 CEC, 2015.

36 Cfr. 2 Tm 4.

37 SAN GREGORIO DE NISA, *Hom. in Cant.*, 8.

38 Cfr. JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 14.

39 1 Ped 2, 4-5. 9.

terio de esta potestad y el hecho de que la misión de Cristo –Sacerdote, Profeta-maestro, Rey- continúa en la Iglesia. Todos, todo el Pueblo de Dios es partícipe de esta triple misión»⁴⁰.

4. Preparación del Proyecto

- Leer atentamente el documento. Aclarar las palabras o expresiones que no se entiendan o se ignore su significado en el contexto.
- Acomodar las expresiones y las cuestiones para que sean comprensibles a quienes lo van a recibir.
- Establecer una pedagogía de oferta, explicación y seguimiento del Proyecto personal.
- Tener en cuenta algunos principios:
 - Sólo se debe proponer el Proyecto personal si hay garantía de ser realizado de forma adecuada.
 - Comentarlos de manera breve a los destinatarios. Normalmente se hará de forma directa o aprovechando otra actividad (Convivencias, Ejercicios, alguna entrevista personal, ...)
 - Conviene que se haga por escrito y que sea un documento que se corrija, acomoda, enmienda,... con una cierta frecuencia.
 - Al final del Proyecto, hay que concretar en «objetivos», esto es, en dos o tres compromisos concretos que canalicen lo deseado de forma concreta.
 - Clarificar al acompañado todo lo que no entienda.

5. Concretarlo en tres puntos

Concretaremos el proyecto personal de vida en tres puntos u objetivos. Cada uno de ellos ayudará a tomar conciencia sobre cómo participar de un modo más pleno en el oficio sacerdotal, profético y real de Jesucristo. Para ello, a la luz de *Christifideles laici*⁴¹, veamos cómo un laico participa de este oficio de Cristo. Cada uno deberá concretarlo de forma muy sencilla en tres objetivos que sean claros, realizables y evaluables. A su vez, buscará los medios y actividades necesarias para poder llevarlo a cabo. Plasmar el Proyecto en una sencilla redacción escrita, de la forma más clara y concreta posible. No sólo porque lo necesitaremos para hacer la evaluación, sino porque también al expre-

40 JUAN PABLO II, *Homilía al inicio del ministerio de Supremo Pastor de la Iglesia*, 22 de octubre de 1978.

41 JUAN PABLO II, *Christifideles laici*, 14

sarnos por escrito precisamos mejor las ideas y afinamos mejor con los objetivos y con los medios.

5.1. Participación en el oficio sacerdotal de Cristo

«Los fieles laicos participan en el *oficio sacerdotal*, por el que Jesús se ha ofrecido a sí mismo en la Cruz y se ofrece continuamente en la celebración eucarística por la salvación de la humanidad para gloria del Padre. Incorporados a Jesucristo, los bautizados están unidos a Él y a su sacrificio en el ofrecimiento de sí mismos y de todas sus actividades⁴². Dice el Concilio hablando de los fieles laicos: «Todas sus obras, sus oraciones e iniciativas apostólicas, la vida conyugal y familiar, el trabajo cotidiano, el descanso espiritual y corporal, si son hechos en el Espíritu, e incluso las mismas pruebas de la vida si se sobrellevan pacientemente, se convierten en sacrificios espirituales aceptables a Dios por Jesucristo⁴³, que en la celebración de la Eucaristía se ofrecen piadosísimamente al Padre junto con la oblación del Cuerpo del Señor. De este modo también los laicos, como adoradores que en todo lugar actúan santamente, consagran a Dios el mundo mismo⁴⁴».

5.2. Participación en el oficio profético de Cristo

«La participación en el *oficio profético* de Cristo, «que proclamó el Reino del Padre con el testimonio de la vida y con el poder de la palabra»⁴⁵, habilita y compromete a los fieles laicos a acoger con fe el Evangelio y a anunciarlo con la palabra y con las obras, sin vacilar en denunciar el mal con valentía. Unidos a Cristo, el «gran Profeta»⁴⁶, y constituidos en el Espíritu «testigos» de Cristo Resucitado, los fieles laicos son hechos partícipes tanto del sobrenatural sentido de fe de la Iglesia, que «no puede equivocarse cuando cree»⁴⁷, cuanto de la gracia de la palabra⁴⁸. Son igualmente llamados a hacer que resplandezca la novedad y la fuerza del Evangelio en su vida cotidiana, familiar y social, como a expresar, con paciencia y valentía, en medio de las contradicciones de la época presente, su esperanza en la gloria «también a través de las estructuras de la vida secular»⁴⁹».

42 Cfr. Rm 12, 1-2.

43 Cfr. 1 Ped 2, 5.

44 LG 34.

45 LG 35.

46 Lc 7, 16.

47 LG 12.

48 Cfr. Hch 2, 17-18; Ap 19, 10.

49 LG 35.

5.3. *Pertenencia a Cristo, Señor y Rey del universo*

«Por su pertenencia a Cristo, Señor y Rey del universo, los fieles laicos participan en su oficio real y son llamados por Él para servir al Reino de Dios y difundirlo en la historia. Viven la realeza cristiana, antes que nada, mediante la lucha espiritual para vencer en sí mismos el reino del pecado⁵⁰; y después en la propia entrega para servir, en la justicia y en la caridad, al mismo Jesús presente en todos sus hermanos, especialmente en los más pequeños⁵¹».

6. *Evaluarlo*

La evaluación es una parte esencial del proyecto. Todo proyecto que no se evalúa, se devalúa. Conviene señalar tiempos adecuados para la evaluación. Para ello, necesitamos siempre un guía, un diálogo. No podemos hacerlos solamente con nuestras reflexiones. Y este es también el sentido de la eclesialidad de nuestra fe, de encontrar este guía⁵².

Conclusión

En este camino no vamos solos. Caminamos con toda la Iglesia. No se trata de buscar solo nuestra felicidad, sino la de todos los que nos acompañan en este camino. Benedicto XVI, en su carta encíclica «Spe Salvi», nos dejó esta fantástica cita: «Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: «¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano».

«Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un *pueblo* y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este *nosotros*. Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio *yo*,

50 Cfr. Rm 6, 12.

51 Cfr. Mt 25, 40.

52 Cfr. BENEDICTO XVI, *Discurso*, Audiencia general, 16 de septiembre de 2009.

porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios»⁵³.

53 BENEDICTO XVI, *Spe Salvi*, 14.



· PRIMERA PARTE:

Encuentro

(Itinerario Formativo)

A) Ver

Análisis de la realidad

1. **Primera Lectio Divina:** «Y se marchó a un país lejano» (Lc 15, 13)
Crisis del amor de Dios

B) Juzgar

2. **Segunda Lectio Divina:**
«Su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas» (Lc 15,20)

3. **Tercera Lectio Divina:** «Celebremos un banquete» Lc 15, 23)

4. **Cuarta Lectio Divina:** «Ha vuelto tu hermano» (Lc 15, 27)

5. **Quinta Lectio Divina:** «Tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo» (Lc, 15, 31)



Primera parte: encuentro

Itinerario Formativo

- El **Itinerario** formativo se va a realizar con el método de la **Lectio Divina**, con su estructura de: lectura, meditación, oración- contemplación y acción.
- La **Palabra de Dios** nos proporciona dos acciones importantes del método pastoral sancionado por la GS el **ver** y el **juzgar**.
- El **VER** nos permite acercarnos a la realidad y descubrir **la crisis del amor de Dios** «Emigró a un país lejano»
- **JUZGAR**: «la misericordia se muestra como la fuerza que todo lo vence, que llena de amor y que consuela con el perdón» (MV 9).

Durante este curso pastoral 2015-2016 vamos a contemplar el misterio de la misericordia divina para que se haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes (cf. Francisco, *Misericordiae Vultus*, 3).

Para ello vamos a meditar, durante todo el curso, la parábola llamada del «Hijo Pródigo» que se halla en el evangelio de San Lucas (15,11-32). Como bien sabemos el evangelio de san Lucas es el «evangelio de la misericordia» (san Juan Pablo II) y el mismo Lucas es denominado «el evangelista de la ternura de Dios» (F. R. Darder).

San Lucas, es el autor que con más delicadeza nos presenta las entrañas de Dios: Dios es misericordia. En estas páginas, comentaremos la parábola para dibujar mejor los contornos del rostro tierno y misericordioso de Dios.

Lucas, en su evangelio, nos presenta la vida de Jesús como un camino, como una subida, a Jerusalén, a la que los discípulos están llamados a incorporarse y seguirle. Sin embargo, como sabemos muy bien, los proyectos humanos tienen el peligro de ser ilusionantes al principio, pero después de una larga travesía, pueden dar lugar a mediocridades o estrecheces de miras. Jesús sabe que sus seguidores muchas veces estarán envueltos en la misma fragilidad, que tienen el peligro de considerar el seguimiento evangélico solamente como una empresa humana, y que, por ese motivo, pueden fracasar y apartarse del camino.

También nosotros, seguidores de Jesús en el camino de la vida, nos podemos confundir y alejarnos del camino propuesto por Jesús. Es necesario entonces que Jesús nos muestre —tal como lo hace el evangelista Lucas al introducir en este contexto esta parábola— la intimidad de Dios, como perdón incondicional y misericordia extrema. Contemplando su intimidad, todo discípulo de Jesús puede aprender que, condición para el camino, es vivir dentro del perdón y la ternura de Dios para poder caminar y seguir a Jesús con esperanza, a pesar de las caídas y de los extravíos de la senda propuesta.

Esta es la lección crucial de la narración: Dios -igual que el padre de la parábola- siempre permanecerá a la espera del retorno de sus hijos y, sin que ellos lo sepan, velará la senda del regreso.

VER

A) Análisis de la realidad



Primera lectio divina

«*Juntao todo lo suyo, se marchó a un país lejano*»
(Lc 15, 13)

Crisis del amor de Dios

OBJETIVO

Discernir la crisis profunda que azota el corazón del hombre alejado del amor de Dios y necesitado, por ello, de la misericordia divina.

ORACION INICIAL

Antes de comenzar, pedimos la gracia de Dios para que sostenga toda nuestra oración:

Que tu gracia, Señor, inspire, sostenga y acompañe todas nuestras obras, para que todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestras acciones, broten de ti, como de su fuente, y tiendan siempre a ti, como a su fin. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

María, trono de la Sabiduría. Ruega por nosotros.

María, Madre de la Iglesia. Ruega por nosotros.

TEXTO. (Lc 15, 11-19)

También les dijo: «Un hombre tenía dos hijos; el menor de ellos dijo a su padre: «Padre, dame la parte que me toca de la fortuna». El padre les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo menor, juntando todo lo suyo, se marchó a un país lejano, y allí derrochó su fortuna viviendo perdidamente. Cuando lo había gastado todo, vino por aquella tierra un hambre terrible, y empezó él a pasar necesidad. Fue entonces y se contrató con uno de los ciudadanos de aquel país que lo mandó a sus campos a apacentar cerdos. Deseaba saciarse de las algarrobas que comían los cerdos, pero nadie le daba nada. Recapacitando entonces, se dijo: «Cuántos jornaleros de mi padre tienen abundancia de pan, mientras yo aquí me muero de hambre. Me levantaré, me pondré en camino adonde está mi padre, y le diré: Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.

LECTURA ¿Qué dice el texto en sí mismo?

Comencemos en esta primera *lectio divina* a situar el episodio evangélico dentro del conjunto del evangelio de Lucas y describir brevemente algunas características de la parábola; para, seguidamente, centrarnos en el inicio de la parábola, en los versículos del 11 al 19. En ellos se describe el viaje *de ida* del hijo menor de la casa paterna.

Intuimos fácilmente que este viaje *exterior* no es más que el resultado de otro viaje mucho más profundo, una auténtica *peregrinación interior*, vivida en el corazón del hijo, que va desde su decisión de reunir la herencia paterna para irse del hogar, hasta la otra decisión de regresar a la casa, y, más allá aún, al mismo regazo del Padre, para confesarle arrepentido su pecado: *Padre, he pecado contra el cielo y contra ti.*

A través de este viaje del hijo menor la parábola nos puede ayudar a discernir la crisis profunda que azota el corazón del hombre alejado del amor de Dios y necesitado, por ello, de la misericordia divina. El

estado de lejanía del padre y de la casa y la situación de miseria en la que se encuentra el hijo menor, al perder y malgastar la fortuna de la herencia recibida, serán elementos decisivos que nos ayudarán a describir la situación en la que hoy viven muchos hombres y mujeres.

Sólo desde un auténtico y sincero análisis de nuestra realidad podremos descubrir los caminos a recorrer para encontrar y abrazar la misericordia que Dios, como el padre de la parábola, nos ofrece a todos, como lo hizo con aquel hijo *pródigo*.

La «parábola del hijo pródigo» ha recibido a lo largo del tiempo muchas denominaciones. Su denominación se remota al título con el que la versión latina de la Biblia, llamada *Vulgata*, describió este relato en su correspondiente nota marginal: *De filio prodigo*. Otros la han llamado «parábola de los dos hijos» (Pierre Grelot), puesto que habla de los dos, o «parábola del hijo mayor», porque representa a escribas y fariseos, que critican el comportamiento de Jesús y provocan precisamente la parábola. El título dado en la tradición alemana, *Der verlorene Sohn* (= «El hijo perdido»), expresa con más exactitud su relación con las dos parábolas precedentes. Finalmente, algunos la denominan «parábola del padre bueno» (Joachim Jeremias), porque, realmente, el protagonista es el Padre misericordioso, que se manifiesta con una bondad que sobrepasa todos los cálculos humanos y quiere que todos sus hijos estén en su casa.

La parábola es una de las piezas claves del genio de Jesús. Una parábola es un fragmento del texto en que se confrontan elementos muy desiguales: en la parábola del grano de mostaza (Lc 13,18-19) se compara, por ejemplo, la pequeñez de la semilla con la magnitud del arbusto; en la de la levadura (Lc 13,20-21) se parangona la nimiedad de la levadura con la gran cantidad de harina que hace fermentar. Esta parábola confronta la actitud tierna y misericordiosa del padre, con la actitud mezquina del hijo mayor y la traición del hijo menor. Pero una parábola no se limita a confrontar elementos diversos. Obliga a quien la escucha, a darse cuenta de la enorme diferencia que hay entre las situaciones confrontadas, e inclinarse en favor de la mejor.

En esta parábola Jesús nos ayuda a discernir mejor la profundidad de la mirada de Dios (ternura y misericordia) frente a la actitud de los dos hijos (mezquindad y traición). La misericordia de Dios es infinitamente más poderosa que la fuerza del pecado y la estrechez de los hombres.

Además, ésta concretamente, se ha considerado como «la obra maestra de todas las parábolas de Jesús» (J. E. Compton). Muestra de ello, es el gran influjo que ha tenido en la literatura cristiana (Tertuliano, Clemente de Alejandría, Ambrosio, Jerónimo, Agustín) y en las diversas facetas de la cultura universal: pintura (el famoso cuadro de Rembrandt), músicos, dramaturgos,... Siempre se ha reconocido como una pieza original y auténtica del mismo Jesús, quien, a través de esta narración bellísima, comenta una de las situaciones humanas que nos resultan más familiares: la ingratitud ante la generosidad.

Esta parábola está precedida de otras dos que nos permiten contemplar a Dios como el Padre que siempre espera y perdona. La introducción justifica el motivo de estas narraciones (Lc 15,1-2). Los fariseos y escribas critican el comportamiento de Jesús: *ese*, en sentido peyorativo (cf. Lc 5,29-31) come con pecadores. Con estas tres parábolas Jesús quiere justificar su conducta de comensalidad con los pecadores y publicanos, hablando en ellas del perdón y la alegría ante la conversión del pecador.

Así, la parábola de la *oveja perdida* (15,1-7) nos presenta al Dios de la ternura yendo en busca de aquel discípulo que se ha salido del camino. La comparación utilizada entre las ovejas, 1 de 100, pone de relieve tanto la responsabilidad del dueño, como el interés, estima y ansiedad por la pérdida. Cuando la encuentra, la carga sobre su hombro como gesto de cariño. Y, ya en casa, lo celebra con los amigos en un contexto de alegría. Esta alegría se aplica a Dios cuando e convierte un pecador, alegría que es mayor porque se trata de la salvación de una persona. Por eso, el pecador no debe temer regresar a Dios, el Dios de la misericordia que invita a compartir la alegría.

Por su parte, la *moneda perdida* (15,8-10) nos recuerda la preferencia del Dios de la misericordia por los pequeños y por todos aquellos que se «pierden». La parábola destaca el interés con el que la mujer busca la moneda (de escaso valor) perdida: *enciende* una lámpara para que haya claridad y *ver mejor, barre, busca* con cuidado. Cuando la encuentra, lo celebra con alegría con sus vecinas. Como en la narración anterior, de nuevo la alegría de Dios por la conversión del pecador.

Con la tercera parábola, Jesús explica directamente el motivo de su comportamiento misericordioso con los pecadores. Éste se inspira en el del Dios, presentado en esta parábola como un padre bueno, que siempre espera la respuesta filial de los hijos. El objetivo de esta narra-

ción es hacernos descubrir la más íntima naturaleza del Dios de quien somos hijos: «Dios, rico en misericordia» (Ef 2,4). De esa manera, esta parábola nos enseña y nos educa a mantener nuestra esperanza en el camino ofrecido por Jesús, tal y como lo muestra el contexto elegido por Lucas dentro del conjunto de su evangelio.

MEDITACIÓN: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?

En la parábola aparecen tres protagonistas, cuyos diálogos determinan la estructura de la misma: el hermano menor, el padre y el hermano mayor. La aparición del hermano menor, a su vez, está condicionada por dos momentos de relación con el padre: uno, de desapego y de lejanía de la casa paterna (como si se tratara de un viaje de ida); y otro, de conversión y de vuelta al hogar paterno (el viaje de vuelta). Entre ese viaje de ida y vuelta se desarrolla el drama vivido por el hijo pródigo en su interior; un drama que medita san Juan Pablo II, en su carta encíclica sobre la misericordia *Dives in Misericordia* (1980), a lo largo del capítulo cuarto, y que revela la esencia de la misericordia divina.

Según el Papa, este drama consiste en la analogía que la parábola establece entre dos extremos: la generosidad y bondad incondicional del padre y la ingratitud del hijo menor; un abismo que revela la misericordia. Se trata de una «analogía que permite comprender más plenamente el misterio mismo de la misericordia en cuanto drama profundo, que se desarrolla entre el amor del padre y la prodigalidad y el pecado del hijo». Siguiendo el misterio de esta *analogía*, prosigue Juan Pablo II explicando el proceso de lejanía y de conversión del hijo menor de la parábola, como imagen y reflejo de lo que sucede en el interior de cada hombre y de todo hombre: «Aquel hijo, que recibe del padre la parte del patrimonio que le corresponde y abandona la casa para malgastarla en un país lejano, «viviendo disolutamente», es en cierto sentido el hombre de todos los tiempos (...). La analogía en este punto es muy amplia. La parábola toca indirectamente toda clase de rupturas de la alianza de amor, toda pérdida de la gracia, todo pecado».

La marcha de la casa paterna por parte del hijo menor se describe como una progresiva privación y despilfarro de los bienes materiales recibidos con la herencia familiar que el hijo reclama al padre: «Dame la parte de la fortuna que me corresponde». No se limita a «pedir», sino que «exige». La palabra «dame» figura en imperativo. No se diri-

ge a su padre mediante una súplica o una petición: lo hace exigiendo un derecho. Esta petición lleva inserta como una especie de defunción adelantada del padre y, con ello, una orfandad prematura del hijo: se pide por adelantado la herencia, es decir, lo que sólo con la muerte del progenitor puede ser derecho del heredero.

Es entonces cuando el Papa comenta la enseñanza más central de la parábola: «la analogía se desplaza claramente hacia el interior del hombre». Más importante que los bienes materiales recibidos y malgastados, era «su dignidad de hijo en la casa paterna». «La situación en la que llegó a encontrarse cuando ya había perdido los bienes materiales, le debía hacer consciente, por necesidad, de la pérdida de esa dignidad. Él no había pensado en ello anteriormente, cuando pidió a su padre que le diese la parte de patrimonio que le correspondía, con el fin de marcharse. Y parece que tampoco sea consciente ahora, cuando se dice a sí mismo: ¡»Cuántos asalariados en casa de mi padre tiene pan en abundancia y yo aquí me muero de hambre!»». Él se mide a sí mismo con el metro de los bienes que había perdido y que ya «no posee», mientras que los asalariados en casa de su padre los «poseen». Estas palabras se refieren ante todo a una relación con los bienes materiales. No obstante, bajo estas palabras se esconde el drama de la dignidad pedida, la conciencia de la filiación echada a perder».

Esta misma conciencia aflora también cuando, desde la cima de su miseria y de su distancia de la casa paterna, el hijo, volviendo sobre sí mismo, reflexiona para tomar la siguiente decisión: «Me levantaré e iré a mi padre y le diré: Padre, he pecado, contra el cielo y contra ti, ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Trátame como a uno de tus jornaleros». Como reconoce el Papa: «Palabras éstas, que revelan más a fondo el problema central. A través de la compleja situación material, en que el hijo pródigo había llegado a encontrarse debido a su ligereza, a causa del pecado, había ido madurando el sentido de la dignidad perdida. Cuando él decide volver a la casa paterna y pedir a su padre que lo acoja –no ya en virtud del derecho de hijo, sino en condiciones de mercenario- parece externamente que obra por razones del hambre y de la miseria en la que ha caído; pero este motivo está impregnado por la conciencia de la una pérdida más profunda: *ser un jornalero en la casa del propio padre.* (...) Precisamente este razonamiento demuestra que, en el centro de la conciencia del hijo pródigo, emerge el sentido de la dignidad perdida, de aquella dignidad que brota de la relación

del hijo con el padre. Con ésta decisión emprende el camino». Un camino que le llevará de vuelta a su casa. Pero, más allá, le devolverá una dignidad propia nunca perdida ante los ojos del padre. En efecto, a pesar de que el hijo pretenda comportarse como siervo a su regreso al hogar del padre, sin embargo, ante su padre «se trataba del propio hijo y tal relación, no podía ser alienada, ni destruida por ningún comportamiento. El hijo pródigo era consciente de ello y es precisamente tal conciencia lo que le muestra con claridad la dignidad perdida y lo que le hace valorar con rectitud el puesto que podía corresponderle aún en casa de su padre».

Con ello, el Papa llega al centro de la enseñanza de la parábola sobre la misericordia divina: «Esta imagen concreta del estado de ánimo del hijo pródigo nos permite comprender con exactitud en que consiste la misericordia divina». Ésta es, por parte del padre de la parábola, una fidelidad a su propia paternidad, único vínculo inescindible del que pende toda la dignidad del hijo pródigo. «Se puede decir por tanto que el amor hacia el hijo, el amor que brota de la esencia misma de la paternidad, obliga en cierto sentido al padre por tener solicitud por la dignidad del hijo». «La misericordia —tal como Cristo nos la presentó en la parábola del hijo pródigo— *tiene la forma interior del amor* (...). Tal amor es capaz de inclinarse ante todo hijo pródigo, toda miseria humana y singularmente hacia toda miseria moral o pecado. Cuando esto ocurre, el que es objeto de misericordia no se siente humillado, sino como hallado de nuevo y «revalorizado»».

CONTEMPLACIÓN: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Al final de esta meditación sobre la parábola, hecha al hilo del comentario de Juan Pablo II en *Dives in Misericordia*, podemos extraer dos consideraciones, conexas entre sí, para contemplar de qué manera la comprensión que nos ofrece tal comentario acerca de la esencia de la misericordia puede salvar y superar la crisis del amor de Dios inscrita en la conciencia del hombre de hoy.

En primer lugar, esta concepción de la misericordia —que la parábola nos ofrece— ayuda a superar ciertos prejuicios sobre la relación existente entre misericordia divina y dignidad humana, tan ajenos a la intención misma de la revelación divina. En efecto, como valora Juan

Pablo II: «Lo que ha ocurrido en la relación entre el padre y el hijo, en la parábola de Cristo, no se puede valorar «desde fuera». Nuestros prejuicios en torno al tema de la misericordia son a lo más el resultado de una valoración exterior. Ocurre a veces que, siguiendo tal sistema de valoración, *percibimos principalmente en la misericordia una relación de desigualdad* entre quine la ofrece y el que la recibe. Consiguientemente estamos dispuestos a deducir que la misericordia difama a quien la recibe y ofende la dignidad del hombre.

La parábola del hijo pródigo demuestra cuán *diversa es* la realidad: la relación de la misericordia se funda en la común experiencia de aquel bien que es el hombre, sobre la común experiencia de la dignidad que le es propia. Esa experiencia común hace que el hijo pródigo comience a verse a sí mismo y a sus acciones con toda verdad (semejante visión en la verdad es auténtica humildad); en cambio para el padre, y precisamente por esto, el hijo se convierte en un bien particular; el padre ve el bien que se ha realizado con una claridad tan límpida, gracias a una irradiación misteriosa de la verdad y del amor, que parece olvidarse de todo el mal que el hijo había cometido».

De esa manera, sólo ese modo de entender la misericordia, puede revelar lo que significa *la realidad de la conversión*. Ésta es la expresión más concreta de la obra del amor y de la presencia de la misericordia en el mundo humano. «El significado verdadero y propio de la misericordia en el mundo no consiste únicamente en la mirada, aunque sea la más penetrante y compasiva, dirigida la mal moral, físico o material: la misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal existentes* en el mundo y en el hombre». Entendida de esa manera, como mirada que no se fija sólo en el mal, sino en el bien que es posible extraer y rescatar, es decir, el bien que está presente en el mal, la misericordia es una prueba magnífica de Dios, de su existencia y de su bondad. Una prueba singularmente creadora del amor que no se deja «vencer por el mal», sino que, antes bien, «vence con el bien al mal» (cf. Rm 12,21).

En segundo lugar, este rostro genuino de la misericordia, al que es necesario convertirnos, descubrir y mostrar a un mundo descreído, en ocasiones, de la fuerza del perdón de Dios, puede también ayudar a manifestar la *cercanía* del amor de Dios al hombre, cualquiera sea su situación; y de esa manera responder también a la desazón y angustia de muchos hombres y mujeres que, sumergidos hoy en día en la oscu-

ridad de su sufrimiento, se pregunta si aún son dignos, no ya del amor de Dios, sino incluso de cualquier forma de amor. Esta es una verdad muy querida para la Iglesia, como ha puesto de manifiesto el concilio Vaticano II y el Papa Juan Pablo II. Cristo —como dice el Concilio— revela al hombre, no sólo la verdad del propio hombre, sino sobre todo la verdad de Dios «Padre de misericordia» (2Co 1,3): es más, es sobre todo con esta revelación, cómo revela al hombre su propia identidad (cf. GS 22). Pero no lo hace de un modo abstracto, de un modo sólo intencional. Cristo, con su encarnación, ha recorrido la vía del hombre, haciendo de ese modo *visible* para el hombre la misericordia de Dios. Cristo no sólo habla de ella y la explica usando parábolas y semejanzas, «sino que además, y ante todo, **él mismo la encarna y la personifica. Él mismo es, en cierto sentido, la misericordia**» (DM, 2).

Esta cercanía del amor de Dios en Cristo puede responder de lleno a la mentalidad contemporánea que —como ya explicaba *Dives in Misericordia*— «puede oponerse al Dios de la misericordia y tiende además a orillar de la vida y arrancar del corazón humano la misma idea de la misericordia. La palabra y el concepto de «misericordia» parece producir una cierta desazón en el hombre, quien, gracias a los adelantos tan enormes de la ciencia y de la técnica (...) se ha hecho dueño y ha dominado la tierra mucho más que el pasado (cf. Gn 1,28). Tal dominio sobre la tierra, entendido tal vez unilateral y superficialmente, parece no dejar espacio para la misericordia» (DM 2). La verdad de Dios, como Padre misericordioso, revelada sólo en Cristo, nos permite «verlo», de esa manera, cercano al hombre, a cada hombre.

Es por ello que el mensaje evangélico de Jesús sobre la misericordia nunca antepone ni el hombre ante Dios, ni Dios ante el hombre. El evangelio de Jesucristo nunca sacrifica ni al hombre por Dios, ni a Dios por el hombre. La misericordia, de la que Jesucristo es su rostro y su centro, representa la máxima cercanía de Dios para el hombre, pero también a la inversa: del hombre para Dios. De esa manera, la misericordia divina no se opone a un real progreso humano, a una plena y consciente autonomía humana.

La misericordia no significa que el hombre es carente de alguna cosa, o es un ser deficitario. La misericordia no define al hombre por una carestía o una imperfección —como pudiera imaginar cualquier impropia ideología del progreso—. Al contrario, el hombre, agraciado por la misericordia divina, camina hacia una plenitud integral y total.

De esa manera, la misericordia, lejos de imaginarla como una carencia, comporta para el hombre una ganancia destinada para su propia plenitud. La misericordia no humilla, sino que promueve.

ACCIÓN: *Algunas preguntas pueden ayudarnos para nuestra reflexión de grupo*

- ¿Cómo convertirnos en don para los demás por la caridad?
- ¿Cuáles son los «países lejanos» o «periferias existenciales» donde se refugia la gente de mi entorno, huyendo de Dios?
- ¿Qué imagen de Dios tienen aquellos que rechazan la compañía de la fe? Un dios justiciero, un dios silencioso, un dios injusto...
- ¿Cómo se imaginan la Iglesia aquellos que la rechazan?
 - ¿Cómo un hogar acogedor,
 - como una madrastra exigente...?

JUZGAR

La Palabra. El anuncio salvífico del Evangelio de la misericordia. Corresponde a la tarea de Educación en la fe. «El misterio de la fe cristiana parece encontrar su síntesis en la palabra misericordia» (MV 1) «Lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos»

La Liturgia. La misericordia de Dios vivida y celebrada en los ritos y signos sacramentales. «Celebremos un banquete».

Testimonio de la comunidad. La misericordia vivida en la fraternidad y en la comunidad. «Es que ha venido tu hermano». La comunidad testimonia el amor de Dios y se alegra.

La Caridad. La misericordia realizada en el amor y en el servicio fraterno. «Ese hijo tuyo». Aprendamos a decir hermano.



Segunda lectio divina

«Su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas»
(Lc 15, 13)

**El misterio de la fe cristiana parece encontrar su
síntesis en la palabra MISERICORDIA (MV, 1)**

OBJETIVO

Descubrir en las parábolas de la misericordia el núcleo del Evangelio y de nuestra fe (MV 9,12), a través del estudio, la meditación y la oración, y traducirlo en gestos de misericordia y del perdón.

ORACION INICIAL

Antes de comenzar, pedimos la gracia de Dios para que sostenga toda nuestra oración:

Que tu gracia, Señor, inspire, sostenga y acompañe todas nuestras obras, para que todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestras acciones, broten de ti, como de su fuente, y tiendan siempre a ti, como a su fin. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

María, trono de la Sabiduría. Ruega por nosotros.

María, Madre de la Iglesia. Ruega por nosotros.

TEXTO. (Lc 15, 20 - 21)

Se levantó y vino a donde estaba su padre; cuando todavía estaba lejos, su padre lo vio y se le conmovieron las entrañas; y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Su hijo le dijo: «Padre, he pecado contra el cielo y contra ti; ya no merezco llamarme hijo tuyo»

LECTURA: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?

A fin de comprender mejor este pasaje, tenemos que recordar qué sucedió para que Jesús contara esta parábola y las otras que reciben el nombre de «parábolas de la misericordia». San Lucas nos cuenta que los fariseos se escandalizaban de Jesús porque andaba con pecadores y comía con ellos (cf. *Lc 15,2*). Y en otro lugar, que «*algunos se tenían por justos y despreciaban a los demás*» (*Lc 18,2*). Jesús habla sobre la misericordia de Dios porque algunos, que se creen mejores que otros, ponen límites a la misericordia y el perdón divinos. De paso, Jesús recuerda que, si hablamos de pecadores, todos hemos de incluirnos en ese grupo.

La parábola del «hijo pródigo» ilustra bien tanto la realidad del pecado del hombre como la hondura de la misericordia divina. Nos cuenta la historia de un hijo menor que huyó «*hacia un país lejano*». La distancia física no hacía sino expresar la distancia interior que le separaba de su padre y su familia desde tiempo atrás. Había dejado de sentirse a gusto en su casa. Ahora se dirigía a su padre, pidiéndole «*la parte de la herencia*» que le corresponde. Cualquier padre conoce los peligros que trae repartir una herencia en vida: lo dicta el sentido común, esa sabiduría popular que viene de la propia experiencia, y que también es también sabiduría divina expuesta por la Biblia (cf. *Eclo 33,19-23*). Aún así, el padre accede a repartir la herencia entre sus dos hijos: «*les repartió los bienes*» (*Lc 15,12*). Resulta interesante leer este versículo en el original griego. Si hacemos una traducción literal, obtenemos que el padre «*les dividió su vida* [ton bión]». Se trata – por supuesto – de sus medios de vida, de aquello que el padre tenía para alimentar su propia vida y la de sus hijos, y aquello que los hijos heredarían sólo cuando el padre muriera. Pero no se nos oculta que el padre ha dado a sus hijos algo más que propiedades o fortuna. Les ha repartido su propia vida. Y el hijo menor decide arrancar a su padre ese trozo de vida que le ha dado («*juntándolo todo*», dice Lucas). Su objetivo no es, sin embargo, iniciar una vida adulta, responsable e independiente. El joven desparrama su vida y la de su padre.

Su estancia en el país lejano no acabó bien. Se le acabó el dinero, vino una hambruna y tuvo que buscar algún modo para subsistir. Tan sólo encontró empleo cuidando los cerdos de otro. La *Torah* dice claramente que el cerdo es un animal impuro (cf. *Lv 11,7; Dt 14,8*) y el Talmud de Babilonia llega a maldecir a quien cuida ganado porcino. La situación

del joven es dramática: ha caído muy bajo. «*Un joven judío y, además, de buena familia, obligado a hacer de porquerizo*»⁵⁴. El hambre que siente y la incapacidad de calmarla siquiera con algarrobas le hace recordar aquello que perdió, o mejor, aquello que abandonó: la casa de su padre. «¡Cuántos jornaleros en casa de mi padre tienen abundancia de pan, y yo aquí perezco de hambre!» (v. 17). El hijo pródigo ha tocado fondo.

Y precisamente desde el oscuro fondo del pozo, comienza a intuir una tenue luz de salvación. Si los jornaleros de su padre tienen para comer, él podrá ser como uno de ellos. Ya no se atreve a ser hijo, pero al menos será más que un porquerizo famélico. «*Entonces se levantó y fue a su padre*». Por el camino, repetía una y otra vez aquella frase que había acuñado en su delirio hambriento, cuando estaba rodeado de cerdos y de suciedad: «*Padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Ya no soy digno de ser llamado tu hijo; hazme como a uno de tus jornaleros*» (vv. 18-19). Aquella frase que pronunciaría ante su padre en cuanto le tuviera enfrente.

Desde este momento, Lucas otorga el protagonismo al padre, indicándonos que éste reconoció a su hijo «*cuando aún estaba lejos*». Sería difícil decir cuántas veces se habría asomado al camino para esperar al hijo perdido. Casi imposible determinar qué clase de esperanza le guiaba para creer que aún estaba vivo. A pesar de la distancia, la distancia física y la distancia afectiva que el hijo había creado, el padre lo vio. Y reconoció a su hijo, el hijo que había perdido. ¿Cuáles serían sus sentimientos ahora?

Lucas elige una expresión para decírnoslo: «*se le conmovieron las entrañas*» (v. 20). Cualquier otra traducción, como «*fue movido a misericordia*» o «*se conmovió*», suavizaría demasiado el texto original, ocultando su poderosa fuerza. Lucas habla del amor de un Dios con entrañas. El equivalente hebreo de nuestra palabra «*misericordia*» es «*rahamim*», que designa precisamente las entrañas, o más en concreto, el seno de una madre⁵⁵. Una madre ama a sus hijos porque los ha llevado en las entrañas: por eso el amor materno es «*entrañable*». La tercera parte del libro de Isaías pone en boca de Dios estas palabras: «¿Acaso olvida una mujer a su niño de pecho, sin compadecerse del Hijo de sus entrañas? Pues aunque esas llegasen a olvidar, yo no te olvido» (*Is 63,13*).

54 J. A. FITZMYER, *El evangelio según san Lucas 3*, Cristiandad, Madrid 1987, 680.

55 Para quien quiera profundizar en el vocabulario de la misericordia, será de gran ayuda leer la detallada explicación de san JUAN PABLO II, *Dives in misericordia* n. 4, nota 52.

El padre del hijo pródigo tiene entrañas maternas. Nada que ver, por tanto, con la imagen de un varón autoritario, despótico o vengativo. Pero esto no significa que la justicia quede en el olvido: no hay duda de que el padre conoce perfectamente la gravedad de la traición de su hijo. La ha sufrido en primera persona. Lo realmente llamativo es que perdone la afrenta y haga sanar la herida, de modo que la justicia deje paso a la misericordia. «Las entrañas del padre» (un padre que tiene mucho de madre) han dado un vuelco. A entender este «vuelco» nos ayuda un texto del profeta Oseas, que parece estar tras la expresión utilizada por san Lucas: « *¿cómo voy a dejarte, Efraím, cómo entregarte, Israel? ... Me da un vuelco el corazón, se conmueven a la vez mis entrañas. No dejaré que prenda el ardor de mi cólera... porque yo soy Dios, y no un varón; soy el Santo en medio de ti y no voy a llegar con mi ira* » (Os 11,8-9). Podemos pensar, entonces, que en el relato del hijo pródigo no se menciona a la madre, porque el padre tiene rasgos maternos.

Al conmoverse las entrañas del padre, la acción transcurre muy deprisa. Tres verbos seguidos, que apenas nos dejan descansar en la lectura. Es como si Lucas quisiera transmitirnos la emoción del momento: «*corrió y se echó sobre su cuello y lo besó*». Los tres verbos hacen ver que es el padre quien salva la pequeña distancia que aún lo alejaba del hijo que se marchó. Corriendo, supera la separación física. Abrazándolo parece fundirse con él, como una sola persona, y los besos recuerdan que el padre nunca ha dejado de quererlo, ni aquella casa dejó de ser suya.

Una vez en presencia de su padre, el hijo quiere pronunciar el discurso que había preparado... pero el padre no le deja terminar. El padre acepta su confesión («*he pecado contra el cielo y contra ti*»), pero no permite que llegue a decir la segunda frase: pese a que no se sienta digno, nunca podrá ser un trabajador ni un siervo de su padre. Siempre será el hijo.

MEDITACIÓN: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?

Un país lejano

Cuando aplicamos la parábola a nuestra vida, una convicción se va haciendo fuerte desde los primeros versículos: el hijo menor somos cada uno de nosotros. Resulta fácil reconocer algunas actitudes nuestras en la figura de ese hijo ingrato. Más de una vez, también nosotros

hemos reunido las capacidades regaladas por Dios, nuestro Padre, y las hemos guardado celosamente. También nosotros hemos experimentado ciertos celos ante nuestra fe en Dios, que parecía asfixiar o recortar nuestra libertad. Leyendo las primeras líneas de la parábola, no podemos evitar pensar en nuestro propio pecado, tal y como aparece en la historia contada por Jesús. Lo expresa bellamente el sacerdote ortodoxo Anthony Bloom, «¿No es esto la verdadera esencia del pecado? ¿No le hablamos también nosotros a Dios tan claramente como el hijo menor del Evangelio, pero con la misma ingenua crueldad, reclamando de Dios todo lo que puede darnos: salud, fuerza corporal, inspiración, brillantez intelectual, todo lo que podemos ser y todo lo que podemos tener, para irnos lejos de él y disiparlo, dejándole completamente olvidado y desamparado?»⁵⁶.

Hablar del «pecado» resulta incómodo. Podría decirse que a muchos cristianos les produce una sensación similar a la urticaria. Muchos lo reducen a la culpa, lo identifican con una especie de «mancha», o con la transgresión de una regla. Pero el pecado no es sólo eso. En la parábola se expone de forma cruda y sencilla en qué consiste la realidad del pecado: nuestro Padre Dios ha puesto todo en nuestras manos (la vida, nuestras capacidades, la fe, su propio Hijo Jesucristo...) y nosotros hemos preferido vivir de espaldas a Él. Somos hijos, pero elegimos vivir como esclavos.

En la misma herida del pecado se abre la posibilidad de la salvación. El hijo pródigo necesitó marcharse de la casa de su padre para valorar aquello que tenía: para el hijo pródigo, fueron el hambre, la soledad y la humillación del trabajo más ingrato, quienes le recordaron que había nacido para una vida mejor. Ahí encuentra la esperanza para cambiar, expresada por el texto bíblico en tres verbos: «*me levantaré*», «*iré*» y «*diré*» (Lc 15,18). Al «*levantarse*», el hijo abandona aquello que le ataba. «*Yendo*», el hijo deshace el camino que le separó de su padre cuando lo abandonó. Y hablando, convierte su arrepentimiento en confesión, en petición exterior de perdón. El hijo reconoce que ha «*pecado contra el cielo y contra*» su padre, porque sabe que la ofensa a los hombres ofende también a Dios, y viceversa.

Los tres verbos describen un proceso muy similar al que sigue el sacramento de la reconciliación. La Iglesia habla de tres «acciones» del penitente: el dolor por el mal cometido («*contrición*»); la *confesión* a

56 Cf. A. BLOOM, *Meditaciones sobre un tema: peregrinación espiritual a través del evangelio*, Herder, Barcelona 1977.

Dios por la mediación ministerial de la Iglesia; la reparación del daño cometido (cuyo nombre técnico es «satisfacción») [puede leerse el *Catecismo* nn. 1451-1460]. La gracia del perdón caería en saco roto sin estas acciones. Se hace necesario un reconocimiento honesto y profundo de la propia miseria y alejamiento de Dios, así como una colaboración madura con la obra reconciliadora de Dios en Jesucristo. Sin nuestro consentimiento y respuesta, seríamos incapaces de experimentar la profundidad de la misericordia divina.

El derroche de la misericordia

Ahora bien: una vez reconocida la seriedad de esa lejanía de Dios que llamamos «pecado», la mirada del cristiano debe apartarse de sí mismo para centrarse en Dios. Para dejarse sorprender por su misericordia. Imaginemos el absurdo de un hijo pródigo que rechazara el perdón y exigiera de su padre que respetara sus propias condiciones: «*trátame como a uno de tus jornaleros*». Pero no fue así. El hijo se vio sorprendido por la misericordia paterna. San Pablo decía que «*ni ojo vio, ni oído oyó, ni pasó por el corazón del hombre, las cosas que preparó Dios para los que le aman*» (1Co 2,9). Y en otro lugar describe la salvación traída por Jesucristo como un «*derroche de gracia*» (Ef 1,8). Dios es como el Padre del Hijo pródigo: excede siempre nuestras expectativas. El hijo pródigo esperaba castigo y obtiene una fiesta. Quería ser siervo pero es reconocido como hijo.

Podría parecernos que el padre no actuó con justicia. De hecho, ese será el reproche que le dirige su hijo mayor: «*en tantos años como te sirvo [...] a mí nunca me has dado un cabrito [...] y cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado*» (Lc 15,29-30). Pero el padre se comporta con la mayor justicia. Ha dado a cada uno de sus hijos aquello que necesita: tanto al mayor («*todo lo mío es tuyo*»), como al menor («*estaba muerto y ha vuelto a la vida*»). San Juan Pablo II recordaba que sólo la misericordia consigue la verdadera justicia e igualdad entre los hombres, puesto que sólo el amor «*paciente y benigno*» trata a cada uno como necesita. Sólo el amor es capaz de «*restituir el hombre a sí mismo*»⁵⁷.

Así es el corazón paterno de Dios: capaz de amar perdonando. Capaz de sanar las heridas de cada corazón. Capaz de hacer fiesta por cada hombre o mujer que vuelve hacia Él. San Juan dice en su primera

57 JUAN PABLO II, *Dives in misericordia*, 14.

carta que «*Dios es amor*» (1Jn 4,8). La parábola nos ayuda a entender qué clase de amor: un amor que perdona y devuelve la dignidad perdida. Un amor que saca del fango y la desesperación. Un amor que llega hasta el punto de que «*siendo nosotros todavía pecadores, Cristo murió por nosotros*» (Rm 5,8).

Por eso dice el papa Francisco, que la palabra bíblica «*misericordia*» es el mejor resumen del «*actuar de Dios hacia nosotros*» (MV 9). Las palabras de Jesús, sus gestos y actitudes no hacen sino hacer visible el eterno amor del Padre, del Hijo y el Espíritu Santo. Un «*gran río de misericordia*» cuya «*fuentes nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen*» (MV 25). Esta convicción es como una roca firme, un suelo inamovible que nos proporciona seguridad en los momentos de duda. Haremos bien en aplicarnos lo que decía san Benito a sus monjes: «*jamás desespere de la misericordia de Dios*»⁵⁸.

No es casual que Jesús elija la historia de un padre y un hijo para explicar qué es la misericordia. Y que no aparezca sólo un hermano, sino dos. El pecado del hijo contra el padre es la ingratitud. El pecado de un hermano contra el otro es la envidia, una envidia que le hace decir «ese hijo tuyo» en lugar de «mi hermano». Sólo es «hijo» quien es a la vez «hermano», como afirma el papa Francisco: «*la misericordia [...] se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente los verdaderos hijos [del Padre]*» (MV 9). Un hombre o mujer que ha experimentado la misericordia de Dios en primera persona, que se ha sentido aceptado y perdonado por la ternura de Dios, ha responder con la misma generosidad perdonando a los demás. Y ese es precisamente el horizonte del cristiano y de toda la Iglesia: «*sed misericordiosos como vuestro padre celestial es misericordioso*» (Mt 5,48).

CONTEMPLACIÓN: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Es el momento de personalizar la parábola en un rato de oración personal. Proponemos identificarse sucesivamente con los tres personajes, tratando de ver qué tienen que ver conmigo.

58 BENITO DE NURSIA, *Regla IV*, 74.

El hijo menor

- Puesto delante del Señor, recuerdo aquellos momentos en que me aparté de Él para marchar «a un país lejano». Doy gracias por haber descubierto mi necesidad de reconciliación.

- Recuerdo agradecido aquellos momentos en que he experimentado la misericordia de Dios, cuando Él me ha regalado un traje nuevo y ha matado el ternero cebado por mí. Pongo nombre a esos regalos de Dios en mi vida.

El hijo mayor

- En más de una ocasión, me he sentido superior a los demás: por mi formación, por mi trayectoria, por mis capacidades, porque no he cometido los mismos errores que ellos... Es el momento de pedir perdón.

- Como el hijo mayor, a veces he juzgado (y condenado) a quienes no pensaban como yo. Especialmente, a quienes no compartían mi fe o estaban alejados de la Iglesia. Quizá mi testimonio ha contribuido a que se distancien aún más...

- De vez en cuando, experimento los límites de mi propia misericordia. Me cuesta perdonar a quienes me hacen daño. Me cuesta entender cómo Dios perdona a quienes (en mi opinión) no merecen ser perdonados.

El padre

- El sacerdote holandés H.J. Nouwen escribió estas palabras: «*mi vocación última es la de ser como el Padre y vivir su divina compasión en mi vida cotidiana. Aunque sea el hijo menor y el hijo mayor, no estoy llamado a continuar siéndolo, sino a convertirme en el padre [...] Es un paso muy duro y solitario de dar [...] pero a la vez es un paso esencial para el cumplimiento del viaje espiritual*»⁵⁹.

- ¿Me siento llamado a practicar con otros la misericordia que he recibido de Dios?

59 H. J. NOUWEN, *El regreso del Hijo Pródigo. Meditaciones ante un cuadro de Rembrandt*, PPC, Madrid 1999, 132.

ORACIÓN: ¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?

PADRE JUSTO Y MISERICORDIOSO, tú nunca te cansas de llamar a todos a la conversión, para que tus hijos gusten del gozo de la comunión contigo.

Un día te dije: «*dame la parte de la herencia que me corresponde*» y te di la espalda para marchar a un país lejano. Sólo entonces me di cuenta de lo feliz que era viviendo contigo. Quise volver a casa, pero no supe.

SEÑOR JESÚS, Hijo eterno del Padre. Tú has venido en socorro del hijo pródigo que somos cada uno de nosotros. Por nosotros, y por nuestra salvación, viniste a nuestro lado, lejos de la casa de tu Padre. Tu corazón siempre ha estado rebosante de nostalgia y amor: tus palabras hacen que ardan de deseo nuestros corazones, porque en ti encontramos a un hermano; en ti descubrimos lo que significa hacerse solidario con los pobres, con los miserables, con los privados de todo, incluso de la esperanza. Nuestros pecados nos avergüenzan. Tú, que no tienes pecado, te has vestido con nuestros jirones y has llamado el primero a la puerta. Contigo, detrás de ti, hemos entrado nosotros, y nos ha sorprendido el amor.

ESPÍRITU SANTO, fuego de amor, inflama mi corazón consumiendo toda la escoria de temor, mezquindad y dureza. Luz santísima, haz que experimente la medida ilimitada de la misericordia de Dios, la profundidad insondable de su sabiduría. Líbrame de la frialdad de mi endurecimiento, de la ceguera de mi lógica humana. Dame un corazón nuevo.

AMÉN⁶⁰.

ACCIÓN: ¿Cómo convertirnos en don para los demás por la caridad?

Llegamos al último momento de nuestra *lectio*. Hemos tomado entre las manos la parábola del hijo pródigo (o del padre misericordioso). La hemos leído, meditado, contemplado y hemos orado con ella. Nos habíamos propuesto como objetivo: «*Descubrir en las parábolas de la misericordia el núcleo del Evangelio y de nuestra fe (MV 9,12), a través del*

60 Elaboración propia a partir de diversos textos, tomados de G. ZEVINI-P. GIORDANO CABRA (ed.), *Lectio Divina para cada día del año*, 3: *Tiempo de cuaresma y Triduo pascual*, Estella 2002.

estudio, la meditación y la oración». Ahora nos toca la última parte del objetivo: traducir lo contemplado «*en gestos de misericordia y de perdón*».

-La vivencia de la Misericordia-

- El papa Francisco dice que «*la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia*» (MV 10). ¿Qué falta en mi grupo, en mi parroquia, en nuestra diócesis... para que seamos espejo de la misericordia inagotable de Dios?

- El mundo en el que vivimos padece una obsesión con la eficacia y los resultados. Donde prima lo económico, y los medios de comunicación nos hablan de grandes cifras. Mientras, muchos hombres y mujeres quedan desatendidos, olvidados, aparcados... ¿Qué caminos hemos de tomar para hacerles partícipes de la misericordia inagotable de Dios?

Cristo ha escogido a los que permanecen en pie. Por tanto, levántate, acude presuroso a la Iglesia; en ella está el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Aquél, que se da perfecta cuenta de cómo tratas de convertirte en lo más íntimo de tu alma, corre a tu encuentro.

Y, cuando estás todavía lejos, te ve y se dirige rápido hacia ti. Él ve dentro de tu corazón y sale a tu encuentro para que nadie se le ponga de obstáculo y, tan pronto ha llegado a ti, te abraza. En ese salir a tu encuentro se muestra su presciencia; en el abrazo, su clemencia y la demostración de su amor paternal. Se te arroja al cuello para levantarte porque estás caído, y para hacerte volver hacia el cielo, con el fin de que allí tú, que estás cargado de pecados e inclinado hacia todo lo terreno, busques a tu Creador.

Cristo se lanza a tu cuello para quitar de él el yugo de la esclavitud y poner sobre él su yugo suave

(Ambrosio de Milán)



Tercera lectio divina

«Celebremos un banquete» (Lc 15,23)

«Porque es eterna su misericordia»

OBJETIVO

Acoger y celebrar la misericordia de Dios, especialmente en los sacramentos de la Penitencia, la Unión de Enfermos y la Eucaristía

ORACIÓN INICIAL

Antes de comenzar, pedimos la gracia de Dios para que sostenga toda nuestra oración:

Que tu gracia, Señor, inspire, sostenga y acompañe todas nuestras obras, para que todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestras acciones, broten de ti, como de su fuente, y tiendan siempre a ti, como a su fin. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

María, trono de la Sabiduría. Ruega por nosotros.

María, Madre de la Iglesia. Ruega por nosotros.

TEXTO. (Lc 15, 22- 24)

Pero el padre dijo a sus criados: «Sacad enseguida la mejor túnica y vestídsela; ponéle un anillo en la mano y sandalias en los pies

LECTURA: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?

Este fragmento de la parábola parece transparente, totalmente claro, en una primera lectura. Pero no podemos pasar por alto algunos detalles que nos harán comprender mejor el texto con el que estamos orando.

La identidad del hijo menor nos la aclara san Lucas al principio del capítulo 15, antes de contarnos las otras dos parábolas de la misericordia: «Solían acercarse a Jesús todos los publicanos y los pecadores a escucharlo. Y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Éste acoge a los pecadores y come con ellos»» (Lc 15,1-2). El hijo menor no es una persona, son muchas personas: «todos los publicanos y los pecadores». Pero Jesús los ha reducido a un solo personaje. Es un modo sencillo y claro, pero esquemático de contar, la historia de todos los pecadores. Pero también es el modo de obrar de Dios. Dios le encarga a san José que salve a toda la humanidad, salvando a su hijo Jesús, y a su mujer María, de una muerte segura (Mt 1,18-25). Y, más tarde, le encarga salvar a todas las familias poniendo a salvo a su propia familia, lejos de Herodes (Mt 2,13-23). El propio Padre nos salvó a todos en la persona de Jesús, su Hijo (Jn 12,50; Ef 1,3-14). La identidad universal –no es uno solo, sino todos los pecadores– del hijo menor tiene consecuencias prácticas en la lectura orante de la parábola.

El banquete del que se habla en la parábola recuerda la acusación de los fariseos: «Este acoge a los pecadores y come con ellos» (Lc 15,2). ¡Qué buena definición de la Eucaristía! ¡Qué crítica tan elogiosa para Jesús y para cualquier comunidad cristiana!

La túnica con que el Padre manda revestir a su hijo evoca un pasaje del AT que no es de los más conocidos. Está en el libro del profeta Zacarías (3,1-7). La historia es muy sencilla y llena de significado. El pueblo de Dios llevaba desterrado, lejos de Dios y de la Tierra Santa, más de cuarenta años. El profeta Zacarías tiene una visión: el sumo sacerdote, Josué, está ante Dios con vestidos sucios y manchados –como el hijo pródigo ante el Padre–. A un lado, está Satán –el acusador–. Lo quiere denunciar por su pecado y el de su pueblo. Pero, a otro lado, hay un ángel de Dios, Malaquías, que lo defiende. Y ordena que se le quiten los vestidos sucios y se le pongan vestidos de honor y fiesta, los vestidos del sumo sacerdote. Así hicieron con él los ángeles. Revestido de honor y dignidad por los ángeles (Sal 8,6-7), Josué condujo al pueblo a la Tierra Santa, reconstruyó el Templo de Dios, y el pueblo volvió a ser fiel a su Señor.

Este pasaje expresa muy bien el doble significado que dio san Lucas a la túnica: es la túnica primera, la que tenía cuando vivía como hijo en Casa. El Padre manda sacarla de donde estaba guardada. Para ponérsela de nuevo. Es también la mejor túnica. Una túnica que manifiesta su honor y dignidad.

El anillo es símbolo de poder. El Faraón se quitó su anillo y se lo entregó a José como símbolo de que le entrega el poder sobre toda su casa (Gén 41,42). Ponerle sandalias en los pies para entrar en casa es también símbolo de que toma posesión de su casa de nuevo.

MEDITACIÓN: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?

Del sentido literal del texto pasamos a su sentido espiritual. ¿Qué nos está diciendo el Señor en este texto a cada uno de nosotros? Depende de cuál sea el lugar que ocupemos en esta historia.

El lugar del Padre sólo corresponde a Dios y a Jesús. Pero nosotros hemos sido llamados a ser como nuestro Padre: perfectos (Mt 5,48) y misericordiosos (Lc 6,36). En la misericordia hemos de encontrar nuestra perfección. Hemos sido llamados a imitar a nuestro Padre como hijos queridos (Ef 5,1). En el corazón del Padre, en el corazón de su Hijo Jesús, nuestro corazón aprenderá a mirar a cada pecador, a cada persona alejada de Dios, como alguien lleno de dignidad, que necesita nuestro abrazo, nuestros gestos y nuestras palabras –incluso pidiendo ayuda a otros–, para devolverle la dignidad que ya no cree poseer. Lo pedimos en la Misa: «Inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano solo y desamparado. Ayúdanos a mostrarnos disponibles frente a quien se siente explotado y deprimido». En el corazón del Padre, que es el de Jesús, aprenderemos a no recriminar nada a quien vuelve arrepentido –aunque su arrepentimiento no sea todo lo perfecto que sería de desear– sino a amarlo y colmarlo de los bienes que no esperaba. Con la mirada y el amor del Padre y de Jesús, descubriremos la auténtica realidad del pecador arrepentido, del alejado que vuelve a la Iglesia: es un hijo de Dios. Estuvo muerto, pero ahora vive de nuevo. Estuvo perdido. Pero ahora Dios lo ha encontrado. Y nosotros lo hemos encontrado de la mano de Dios.

A nosotros nos corresponde el lugar del Hijo pródigo. Esta lectura suscita en nosotros sentimientos de arrepentimiento. Hemos de

procurar que sea lo más sincero posible. Nuestro regreso al encuentro del Padre ha de estar motivado por el arrepentimiento del sufrimiento que hemos causado a su corazón con nuestro egoísmo –exigiendo una herencia que no nos correspondía—y del escándalo que hemos provocado en nuestros hermanos que han podido incluso alejarse de Dios a causa de nuestro pecado. También hemos de pedir la gracia de sentir el gozo del abrazo y los detalles inmerecidos del Padre con nosotros.

A nosotros nos corresponde como comunidad el lugar de los sirvientes. Como siervos de Dios, en la comunidad eclesial –parroquia, movimiento, congregación religiosa...–, hemos de escuchar sus palabras, que se pronuncian en imperativo. Son mandatos para nosotros. Dios no sólo tiene diez mandamientos para los que creen en Él, tiene numerosos mandatos que espera que llevemos a cabo. El retorno a casa de los alejados arrepentidos, de los pecadores convertidos –y en este Año de la Misericordia están siendo muchos y serán todavía más–, es una gracia no sólo para ellos, sino también para nosotros, las comunidades cristianas. Dios se vuelve a hablar con nosotros con ocasión de su regreso. Y no nos deja desorientados. Nos muestra, al detalle, cómo quiere que tratemos a cada uno de sus hijos que regresan a casa:

1) Revestirlos con la túnica primera, la mejor túnica: la gracia de Dios, la túnica del bautismo. Era su vestidura. Pero muchos la perdieron en el momento mismo de salir de la Iglesia del brazo de sus padres. No porque pecaran, sino porque marcharon a un «lugar lejano». Ya no volvieron a sentirse en casa del Padre. Rezaron poco o incluso no rezaron nada. No volvieron a pisar la Iglesia, aunque algunos lo hicieron ocasionalmente. Perdieron la rica herencia de la vida de la gracia. Se alimentaron con cosas que no sacian el alma. Es necesario que, a su regreso, toda la comunidad se ocupe de revestirlos de la gracia de Dios. ¿Cómo hacerlo? De aquí nace una oración: ¿Cómo podemos revestirlos con la gracia de Dios? Todo nace de la oración, pero culmina en el sacramento de la Reconciliación y de la Eucaristía. ¿Qué acciones hemos de realizar para cumplir este mandato del Padre?

2) Ponerle un anillo en la mano y sandalias en los pies: Devolverles la «carta de ciudadanía» en la comunidad eclesial. No son cristianos de segunda categoría. Son hijos, que vuelven a su condi-

ción original. San Pablo lo decía: «Me importa lo que son ahora... ¡qué fueran antes no me importa!» (Gál 2,6).

3) Celebrar un banquete con ellos: Celebrar la Eucaristía con ellos y en su honor, por la alegría que en el Padre suscitan. Ya el profeta Samuel advirtió a Jesé: «no nos sentaremos a comer hasta que venga el más pequeño» (1 Sam 16,11). Y Jesús en el evangelio de san Mateo, al responder a los que preguntan quién es el más importante en su comunidad, tras poner a un niño en el centro y declararlo el más importante, narra la parábola de la oveja perdida, concluyendo que hay más alegría en el cielo por uno de estos pequeños que vuelven que por el resto que ya estaba en casa (Mt 18,1-14).

ORACIÓN:

¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?

Estas palabras que el Señor nos dirige suscitan en nosotros una oración que se multiplica a cada palabra que devolvemos a Jesús. Dice el Papa Benedicto que «la oración es el primer modo con el que la Palabra nos cambia» (*Verbum Domini*, 87). Antes de hacer nada exterior, nosotros mismos somos hechos por la palabra de Dios. Así ocurre cuando respondemos: pidiendo, intercediendo, agradeciendo, alabando...

Este pasaje de la parábola del Hijo pródigo suscita en nosotros sentimientos de agradecimiento a Dios por la misericordia que ha tenido y tiene con nosotros. Una oración detenida, inspirada en este pasaje, nos llevaría a «escribir» nuestro propio «Hallel», nuestro propio salmo de alabanza –siguiendo el modelo del salmo 136 (135)– con el estribillo que se repite: Dios hizo todo esto conmigo, «porque es eterna su misericordia». Dios me creó, me hizo hijo suyo, me dio una familia cristiana, me libró de estos peligros, me concedió estos amigos, me incorporó en esta comunidad... «porque es eterna su misericordia». También nos mueve a orar con gratitud a Dios por tantas veces como ha perdonado nuestros pecados, nos ha rescatado de nuestros extravíos, nos ha devuelto la vida.

El evangelio con el que estamos orando nos conduce a interceder por todos los que aún se sienten lejos de Dios, o perdidos, o están dilapidando la rica herencia de la vida y de la gracia, recibida de Dios. Por los que tienen su alma muerta... Es una obra de misericordia que no podemos descuidar. Dirijamos nuestra intercesión al Padre por tantos

nombres concretos como Él quiere poner en nuestra oración: familiares, amigos, vecinos, personas que pertenecieron a la comunidad y se alejaron, sacerdotes que pasan por un momento difícil en su vida...

Las palabras que el Padre nos dirige para tratar a sus hijos que retornan en este año de la Misericordia son una invitación a pedirle luz y mociones para llevar a cabo del modo que Él quiere esta obra: ¿Cómo podemos hacer, Padre, todo esto que nos pides? Ilumínanos, muévenos Tú.

Nos sentimos movidos también a alabar la sabiduría de Dios y su bondad, que sabe marcar los tiempos de nuestra salvación, respetando nuestros propios procesos, tan largos y perezosos en ocasiones.

¿Hasta dónde puede ser arrebatado nuestro corazón por esta palabra de Dios si nos entregamos totalmente a Él?

CONTEMPLACIÓN: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Las dos «lectios» siguientes nos invitarán a redescubrir las obras de misericordia, corporales y espirituales, siguiendo la invitación del Papa Francisco. Nos detendremos en ellas. Pero ahora conviene reconocer *las Obras de Misericordia del Padre* con los dos hijos, que representan a la humanidad entera. Sus obras son más, pero están unidas en cinco acciones que dan lugar a las acciones de Dios en la Iglesia –los sacramentos–.

1 El Padre les repartió los bienes.

2 Cuando todavía estaba lejos, su padre vio al hijo menor, se le conmovieron las entrañas, y, echando a correr, se le echó al cuello y lo cubrió de besos.

3 El Padre habló a los criados y les hizo los encargos sobre el hijo y la fiesta que hemos meditado

4 El Padre salió a intentar persuadir al hijo mayor.

5 El Padre habló al hijo mayor: «Tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo».

Las obras de misericordia del Padre se dirigen a los dos hijos. Repartir la herencia es misericordia con los dos. Pero luego tienen su centro en cada uno: abrazar y besar al menor, intentar persuadir al mayor. Incluso hay una acción dirigida a toda la comunidad –los criados–. Pero,

si se mira bien, hay más acciones del Padre directamente dedicadas al hijo mayor que al hijo menor. Las obras de misericordia del Padre son corporales con el hijo menor –es lógico: su pecado había sido pecado de la carne, principalmente– y espirituales con el hijo mayor –su pecado es, sobre todo, pecado espiritual–.

Veamos, en un momento, las miserias –los pecados– de la carne y del espíritu. Y las misericordias de Dios –corporales y espirituales– con nosotros.

- Los pecados de la carne son feos y sucios. Pero resultan tan evidentes que, superada la debilidad inicial, en cuanto la gracia de Dios nos alcanza, hay un gran deseo de convertirse. Aunque las motivaciones sean imperfectas. Así se manifiesta en los pecados del hijo menor.

- En cambio, los pecados del espíritu son tan ocultos, que hace falta una gran luz para reconocerlos y mociones del Espíritu Santo muy fuertes para caminar hacia la conversión. Pecados del Espíritu son la codicia, la soberbia, la vanidad, el odio, el rencor, el juicio temerario, la arrogancia –el gran pecado– (Salmo 19,14)... y tantos otros. Que pueden llegar a no manifestarse ante los demás en toda nuestra vida... Pero que Dios ve. Por eso, es tan necesario orar con el salmista: «Absuélveme, Señor, de lo que se me oculta» (Salmo 19,13). Lo veremos al meditar el pasaje del diálogo del Padre con el hijo mayor. Pero ésta es su situación. Por eso, está tan necesitado del diálogo sincero con el Padre.

Hemos de hacernos esta pregunta con limpieza y sinceridad ante Dios. Él nos responderá. Pero hay una conversión de la mente que estamos llamados a realizar con toda seguridad. Necesitamos convertir nuestro modo de pensar sentir y vivir los sacramentos. No será suficiente una reunión de una hora para hacer esta conversión. Necesitaremos orar personalmente muchas veces. Y hablar en muchas ocasiones entre nosotros. Pero, si somos sinceros, limpios y fieles, el Señor nos mostrará el camino de esta conversión tan necesaria.

Jesús nos dejó los sacramentos como presencia de su persona y de su gracia. En ellos está recogida «toda la acción del Buen Pastor». No es que no haya más acciones. Es que todo puede ser remitido a una de estas siete acciones, como fuente o como meta, o ambas cosas a la vez.

El concilio Vaticano II lo expresó con una claridad que no deja dudas, y Juan Pablo II nos lo recordó en su programa pastoral para toda la Iglesia (*Novo Millennio Ineunte*, 35): «La liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza» (*Sacrosanctum Concilium*, 10).

La misericordia de Dios, manifestada en Jesús su Hijo, nos llega a través de los siete sacramentos. Para empezar esta «conversión de la mente, del corazón y de la vida» (*Verbum Domini*, 87), podemos señalar alguna de las infinitas misericordias de Dios que nos llegan en los sacramentos. El resto habrá de ir trabajándolo cada persona y cada comunidad con paciencia, pero con fidelidad. Para hacerlo es conveniente tener presentes algunas ideas:

1) Hay tres sacramentos, los que imprimen carácter –Bautismo, Confirmación y Orden Sacerdotal– que, como sólo se reciben una vez en la vida, parece que son una acción puntual, incluso ocasional en nuestra vida. Algo parecido ocurre con el sacramento del Matrimonio. Sin embargo, estos cuatro sacramentos son la fuente de nuestra espiritualidad, de nuestra oración, de nuestro trabajo, de nuestra pastoral. El Buen Pastor nos conduce a las fuentes de la vida y renueva nuestras fuerzas (Salmo 23,2-3). Hemos de dejarle que haga esto con nosotros, con cada persona y con cada comunidad.

Eso lo realizará en la oración personal, en la adoración eucarística, en la predicación de los sacerdotes, en la catequesis. Hay un gran espacio de crecimiento personal y comunitario en este camino hacia las fuentes sacramentales de nuestra vida espiritual, comunitaria, pastoral y social. De los gestos, los símbolos, las oraciones, la teología y la espiritualidad de cada uno de estos sacramentos, nacerá una fuente cada vez mayor, como la que vio el profeta Ezequiel que salía del Templo de Dios (Ez 47,1-12), que lo renovará todo, incluso lo que nos parece muerto o definitivamente perdido. Es la gracia de la misericordia divina.

Con frecuencia, pensamos cada uno de estos sacramentos como algo que pasó en nuestras vidas –más o menos conscientemente–, pero que ya no actúa en nosotros. Es la gran «miseria» espiritual que necesita ser redimida por el don de la misericordia divina. Hemos de pedirlo y trabajar por ello cada día. Una referencia al Sacramento de la Eucaristía nos ayudará a comprender cómo podemos crecer, recibiendo la

misericordia divina, en la vivencia de estos cuatro sacramentos.

En la Eucaristía, con frecuencia, nos conformamos con «ir a Misa», los domingos... y en el mejor de los casos a diario. Dentro de la Eucaristía, pasa algo parecido con la Comunión. Con suerte, hablamos con Jesús después de haber comulgado. Y quizá demos gracias al terminar la Misa. Pero el resto del día o de la semana está muy lejos de ser un día o una semana marcados por la Eucaristía. ¿Cómo podemos ser más fieles a Dios en esto? Con la Adoración Eucarística, ya lo señaló el Papa Benedicto (*Sacramentum Caritatis*, 66).

En ella, somos conscientes de que la Eucaristía no es un acto puntual y aislado que no tiene consecuencias. El pan que tomamos de la sacristía ya no vuelve a la sacristía, ni siquiera permanece encerrado en el sagrario –por sagrado que sea el tabernáculo–. El Pan ahora es Jesús mismo. Por eso, es expuesto, manifestado, a la mirada, la adoración, el diálogo, el amor... de cada cristiano, de cada persona, que quiera reconocer en él la presencia de Jesús. El sacramento no es sólo la media hora de la Misa, no es sólo la celebración del rito eucarístico. El pan no ha «recibido» un sacramento, se ha convertido en sacramento. Del mismo modo, el bautizado, el confirmado, los casados, el sacerdote, no han «recibido» un sacramento –claro que lo han recibido–, sobre todo, se han convertido en sacramento, presencia de Jesús, en medio del mundo –bautizados y confirmados–, presencia de Jesús en medio de la comunidad, para servicio suyo –sacerdotes–, sacramento de la Iglesia en cada casa –casados–. De ahí nace una espiritualidad, un modo de ser, de sentir, de vivir, de obrar, que lo impregna todo. Hasta que lleguemos a vivir esta condición tenemos un largo camino que recorrer. Sólo podremos hacerlo pidiéndolo, orando unos por otros y ayudándonos mutuamente.

2) De los otros tres –Eucaristía, Penitencia y Unción de enfermos–, uno, la Unción de enfermos lo hemos dejado arrinconado en el olvido... lo hemos llegado a convertir en sólo «extremaunción», privando a los enfermos –de cuerpo y de alma, que el alma tiene hoy numerosas enfermedades, mentales y psicosomáticas– de la misericordia, de la gracia y la fuerza que Jesús nos entregó como Iglesia para bien de todos los hombres. Tampoco está muy presente el sacramento de la reconciliación. Constatarlo no es pesimismo, sino una llamada a trabajar por devolverlo al centro de la vida de cada cristiano (*Novo Millennio*

Ineunte, 37). Estos pueden ser algunos caminos concretos. Seguro que en la oración personal y en el diálogo comunitario encontramos otros muchos modos que nos ayudarán a ofrecer esta misericordia divina con frecuencia a cada persona que la necesita.

- Cada sacerdote ha de dejar que su alma se inspire en los gestos de Jesús, en su modo de mirar, amar y hablar a los enfermos. Para que cuando imponga las manos a los enfermos –como pide el rito– sea un momento de gracia y de renovación interior para quien recibe este sencillo, pero conmovedor, gesto, inspirado en el propio Jesús y en los apóstoles. Del mismo modo, ha de ungir la frente y las manos de los enfermos, lleno él de unción del Espíritu Santo, para comunicar la presencia de quien sana los corazones afligidos. Y sus palabras han de estar llenas de amor y convicción para disponer el alma de quien va a recibir la medicina que Jesús dejó a su Iglesia para que curen las enfermedades del cuerpo y del alma, si es voluntad de Dios.

- En cuanto al sacramento de la Reconciliación, el Papa Francisco hace recomendaciones muy concretas que no podemos pasar por alto si queremos comunicar la medicina de la misericordia con el don de este sacramento: «El sacramento de la Reconciliación (...) nos permite experimentar en carne propia la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior. Nunca me cansaré de insistir en que los confesores sean un verdadero signo de la misericordia del Padre. (...) No se improvisa. Se llega a serlo cuando nos hacemos nosotros penitentes en busca de perdón. Nunca olvidemos que ser confesores significa participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y que salva. Cada uno de nosotros ha recibido el don del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, de esto somos responsables. Ninguno de nosotros es dueño del Sacramento, sino fiel servidor del perdón de Dios. Cada confesor deberá acoger a los fieles como el Padre de la Parábola del hijo pródigo (...). Los confesores están llamados a abrazar a ese hijo arrepentido que vuelve a casa y a manifestar la alegría por haberlo encontrado. No se cansarán de salir al encuentro también del otro hijo que se quedó afuera, incapaz de alegrarse, para explicarle que su juicio severo es injusto y no tiene ningún sentido delante de la misericordia del Padre que no conoce confines. No harán preguntas impertinentes,

sino como el padre de la parábola interrumpirán el discurso preparado por el hijo pródigo, porque serán capaces de percibir en el corazón de cada penitente la invocación de ayuda y la súplica de perdón. En fin, los confesores están llamados a ser siempre, en todas partes, en cada situación y a pesar de todo, el signo del primado de la misericordia» (*Misericordiae Vultus*, 17)

- La Eucaristía es el gran espacio para experimentar diariamente la misericordia de Dios. En la reconciliación inicial de los pecados, en la petición de sanación antes de comulgar, tocando a Jesús con la necesidad y la fe de la hemorroísa, en cada comunión, en las plegarias de la reconciliación, en la petición de entrañas de misericordia de la plegaria eucarística... Estos son algunos caminos concretos. Pero el Señor nos mostrará muchos más si lo pedimos con auténtico deseo.

- Para ofrecer estos tres sacramentos como medicina de nuestras «miserias» humanas y espirituales, gracias a la misericordia divina, es preciso que cada pastor y cada comunidad recorran completo el camino que el joven rico dejó sin realizar (Lc 18,18-30). Aplicando las palabras de Jesús a estos tres sacramentos, podemos escuchar su llamada: «Los mandamientos ya los cumples, da tus sacramentos a los pobres, tendrás un tesoro en el cielo, y, entonces, ven y sígueme».

ACCIÓN: ¿Cómo convertirnos en don para los demás por la caridad?

En esta ocasión, la pregunta del Papa Benedicto se concreta de modo claro: ¿Cómo podemos ofrecer a cada persona la medicina de los sacramentos para que puedan sanar de sus «miserias» con el don de la misericordia divina?

1) En el caso de los sacramentos que imprimen carácter y en el del matrimonio, hemos de facilitar la meditación de la condición sacramental que nace en nuestra vida a partir de estos sacramentos: retiros parroquiales, meditaciones semanales, catequesis, charlas cuaresmales sobre este tema serán una buena ayuda para vivir la espiritualidad de los sacramentos y su condición medicinal.

2) En el caso de la Reconciliación, fomentando en los confesores las actitudes que el Papa pide. Pero también orando y ofreciendo a Dios sacrificios y ayunos por la conversión de los pecadores. Para que en su alma se den las disposiciones interiores para recibir la misericordia de Dios. Estas disposiciones del alma del penitente se trabajan en los tres primeros pasos que presenta el catecismo: examinar la conciencia con sinceridad ante Dios, sentir dolor de haberse apartado de Dios y del prójimo y de la propia verdad y bondad, deseo de no volver a dejarse encadenar por el pecado. Estas disposiciones del alma son fruto de la gracia de Dios. Nadie que no sea Dios puede provocar esta misericordia interior en el alma de la persona pecadora. Pero todos podemos contribuir a que Dios le conceda esta gracia con nuestra oración y sacrificio. Sería un inicio que daría mucho fruto que cada parroquia dedicase a la semana, al menos, una hora de adoración eucarística para pedir junto a su párroco, la misericordia de Dios sobre el pueblo a ellos encomendado... tal como pide el Obispo a cada sacerdote cuando lo ordena: «¿Estás dispuesto a invocar la misericordia divina conmigo, en favor del pueblo que te sea encomendado, perseverando en el mandato de orar sin desfallecer?» (*Pontifical Romano*, 124). Sería una gesto que agradecería al Señor y le conmovería para derramar la gracia de muchas conversiones que todos los sacerdotes de una Iglesia local se uniesen un día en adoración eucarística para invocar junto a su Obispo la misericordia de Dios sobre el pueblo a ellos encomendado.

3) En el caso de la Unción de los enfermos. Hay una acción muy sencilla que puede derramar muchas gracias de misericordia sobre muchas personas. Dedicar cada semana una Eucaristía a orar por los enfermos. El día puede ser preferentemente el viernes –día de la Cruz del Señor, a quien están asociados todos los enfermos, y en cuyas llagas hemos sido curados–. En esa Eucaristía podría darse la unción a los enfermos que asistan –avisándolo a lo largo de la semana y preparándolos para recibirla con la disposición debida–. También sería un cauce de misericordia una hora de adoración eucarística pidiendo por los enfermos –de cuerpo y alma–, concluyendo con la bendición personalizada. Sentir cerca a Jesús, su presencia, su mirada, es el inicio de la curación interior y –si es voluntad de Dios– también del cuerpo.

4) En el caso de la Eucaristía, la unción, la piedad del sacerdote y las «moniciones» del sacerdote para ayudar en cada momento

a los que celebran para que reciban conscientemente los inagotables dones que, en ese momento, ofrece Dios por su Hijo Jesús, pueden ser el inicio de un camino que acabe dando muchos frutos de misericordia.

5) Partiendo de estas sencillas propuestas, ¿qué acciones concretas nos sentimos llamados a realizar para convertirnos en don de misericordia para los demás?

Podemos concluir este rato de lectura comunitaria de la Palabra de Dios con esta oración:

*Padre Bueno, Tú sanas nuestras almas
y nuestros cuerpos con la medicina de la misericordia
que llega a nosotros a través de los Sacramentos
que tu Hijo entregó a su Iglesia.
Haznos generosos para dar los sacramentos a los pobres
y seguir a tu Hijo Jesús.
Que ninguna de las personas que sufren
la pobreza de la enfermedad, en su cuerpo o en su alma,
se quede sin el consuelo de la Unción de los Enfermos.
Que ninguna de las personas
que sufren la pobreza del pecado
se quede sin el consuelo y la medicina del Perdón
que Tú otorgas en el sacramento de la Reconciliación.
Que todos podamos comer del pan de la Eucaristía
para recorrer el camino superior a nuestras fuerzas
que conduce a la pertenencia plena a la Iglesia,
Monte de Dios, donde Tú te manifiestas a cada hombre
que regresa arrepentido de haber perdido la herencia
de gracia y bondad que generosamente le diste en la vida.
Padre Bueno, que aprendamos a abrazar
a cada hijo tuyo que regresa a tu Casa,
para encontrarse contigo.
Que lo revistamos del mejor traje de gracia,
que le devolvamos su lugar con el anillo
de una nueva alianza
y las sandalias que le permitan abrir nuevos caminos.
Te lo pedimos a Ti, Padre misericordioso,*

*por intercesión de tu Hijo Jesús,
movidos por su Espíritu de bondad y misericordia,
por intercesión de la Madre de Misericordia,
por quien llenaste de gracia a la humanidad encerrada en el pecado.
Escúchanos, Tú, Padre bueno, cuya misericordia
alcanza a todo hombre, de generación en generación. Amén.*



Cuarta lectio divina

«*Ha vuelto tu hermano*» (Lc 15,27)

La comunidad testimonia el amor de Dios y se alegra

OBJETIVO

Testimoniar el amor y la misericordia de Dios disponiendo a la comunidad a redescubrir y vivir las obras corporales de misericordia.

ORACIÓN INICIAL

Antes de comenzar, pedimos la gracia de Dios para que sostenga toda nuestra oración:

Que tu gracia, Señor, inspire, sostenga y acompañe todas nuestras obras, para que todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestras acciones, broten de ti, como de su fuente, y tiendan siempre a ti, como a su fin. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

María, trono de la Sabiduría. Ruega por nosotros.

María, Madre de la Iglesia. Ruega por nosotros.

TEXTO. (Lc 15, 25-27)

Su hijo mayor estaba en el campo. Cuando al volver se acercaba a la casa, oyó la música y la danza, y llamando a uno de los criados, le preguntó qué era aquello. Este le contestó: Ha vuelto tu hermano; y tu padre ha sacrificado el ternero cebado, porque lo ha recobrado con salud».

LECTURA: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?

También este fragmento de la parábola parece transparente, totalmente claro, en una primera lectura. Es bueno recordar aquí también la identidad del hijo mayor para poder orar mejor con este texto: El hijo mayor tampoco es una persona individual, es una personalidad colectiva, son muchas personas: «Los fariseos y los escribas». De nuevo, Jesús los ha reducido a un solo personaje. Esquematiza así las diversas reacciones negativas a la misericordia de Dios con los pecadores.

Este fragmento habla de la noticia que tiene el hijo mayor del regreso de su hermano menor. En una primera impresión, parece que el Padre comete con él algún error. No avisarle del regreso de su hermano... para que se alegre con Él. Y no esperarlo para celebrar con él el banquete.

El diálogo posterior nos aclarará que el Padre hizo bien en no avisar y en no retrasar el banquete para esperar al hijo mayor. Quizá hubiese tenido que posponerlo mucho. Una «lectura» de «lo que falta en el texto» nos hace comprender la situación: el Padre conocía el rechazo de su hijo mayor hacia el menor y su falta de perdón hacia él. También nos sorprende su actitud. No entra en la casa a ver él mismo el motivo de la fiesta y de la música. Espera fuera y pregunta fuera... a un criado. Es calculador y frío. Estas actitudes le mantienen lejos del Padre... estando tan cerca de Él y fuera de la casa, habiendo llegado de nuevo a los umbrales y no habiéndose alejado nunca de ella.

MEDITACIÓN: ¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?

Del sentido literal del texto pasamos a su «sentido espiritual». ¿Qué nos está diciendo el Señor en este texto a cada uno de nosotros? Depende de cuál sea el lugar que ocupemos en esta historia. Sólo podemos ocupar dos lugares en este evangelio: el del hermano mayor y el del criado.

Para muchos de nosotros es fácil identificarnos con el hijo mayor. Pero eso nos lleva a reconocer algunas situaciones que se dan en nuestra vida personal y comunitaria y a examinar otras con fidelidad a Dios. No hemos de tener miedo a hacerlo, es el único modo de poder acoger sinceramente su misericordia.

Como el hijo mayor, nosotros estamos en el campo. Hemos trabajado o trabajamos aún en catequesis, en Cáritas, en la preparación de

la liturgia, en los consejos, en la economía de la parroquia... Y, con frecuencia, nos ocurre que en ella se producen cambios que no nos han sido comunicados. Como a él, nos sorprenden músicas nuevas y movimientos nuevos dentro de la parroquia que nosotros no controlamos, que se han producido sin que nosotros los hayamos conocido con antelación. ¿Cómo reaccionamos ante estas situaciones nuevas que se provocan con la llegada de personas nuevas a la parroquia? ¿Acusamos al sacerdote de clericalismo, de autoritarismo, porque hace cambios sin contar con nosotros? Lo mismo ocurre en nuestra vida. Dios trae a personas nuevas –o quizá hace regresar a personas que se fueron– y provoca cambios en nuestras relaciones, en la comodidad de nuestras rutinas, nos quita espacio que habíamos ganado con su ausencia. ¿Cómo reaccionamos ante Dios? ¿Le reprochamos su modo de actuar? ¿Nos quedamos al margen? ¿Actuamos con cálculo y frialdad?

Como el hijo mayor, nosotros recibimos noticias sobre nuestros hermanos, que regresan, de boca de otros siervos o hijos que nos informan –quizá ellos también con frialdad–: «Ha vuelto tu hermano... tu Padre hace fiesta porque lo ha recobrado con salud». ¿Cómo recibimos la noticia del regreso de nuestros hermanos? ¿Qué sentimientos se despiertan en nuestro interior: alegría, rechazo, envidia...?

Tampoco nos resultará difícil identificarnos con el criado. Este personaje es el hombre fiel que cuenta las cosas como son... pero tampoco participa en exceso de la alegría del Padre. Ha participado del trabajo... quizá también de la fiesta. Pero no se identifica en exceso con las motivaciones de su Señor.

Como el criado, nosotros también relatamos con exactitud las cosas que Dios hace. Pero ¿lo hacemos de modo frío, como extraños en esta historia –que es la historia de salvación– o nos dejamos conmovir con los mismos sentimientos de misericordia y alegría de Dios?

Como el criado nosotros comunicamos las cosas de Dios a otros –su palabra, sus bienes, sus sacramentos...–. ¿Lo hacemos como meros informadores o nuestro modo de comunicar los bienes de Dios les lleva a sentirse conmovidos con el amor de Dios?

Tanto el modo frío y calculador de actuar del hijo mayor, como el modo desapasionado de comunicar del criado contrastan con la visión de la misericordia de Dios en toda la Escritura y en la vida de Jesús, que el Papa expone con estas palabras: «Vale decir que se trata de un

«amor visceral». Proviene de lo más íntimo como un sentimiento profundo, natural, hecho de ternura y compasión, indulgencia y perdón» (*Misericordiae Vultus*, 6).

ORACIÓN: ¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?

En nuestra alma, este pasaje suscita, sobre todo, oraciones de petición de perdón. Es necesario que pidamos perdón a Dios, Padre bueno, por las veces que hemos calculado para no acercarnos a nuestros hermanos alejados, por las veces que hemos sentido envidia del amor que Dios tiene con los pecadores que se arrepienten. Nuestra oración tras meditar este pasaje del evangelio ha de pedir perdón a Dios por las veces que nuestras entrañas no se han conmovido como las suyas ni con la misericordia ni con la alegría por nuestros hermanos. Antes que otro afecto del alma, nuestro espíritu ha de experimentar el arrepentimiento por las veces que, como el criado, hemos «informado» o incluso, «formado» la fe de nuestros hermanos, pero lo hemos hecho sin conmovernos por el amor de Dios y por el amor que les tenemos a ellos. También hemos de pedir la conversión por las veces que hemos entregado «cosas» a nuestros hermanos sin hacerlo con amor.

Después de este primer movimiento de arrepentimiento, conversión y petición de perdón, nuestra oración también debe dar gracias a Dios. Por dos motivos: lo hayamos valorado nosotros o no, «ha vuelto nuestro hermano» y ha recibido su «salud», su «salvación». Hemos de dar gracias a Dios porque reúne a la familia, porque a nosotros nos sigue queriendo como hijos, porque nos aprecia en nuestro servicio, como en el caso del criado.

También debe haber petición en nuestra oración: Hemos de pedir que nuestro trabajo en el campo del Señor no nos aleje de nuestro Padre ni de nuestros hermanos. Que las cosas de Dios nunca sean la excusa para apartarnos afectivamente de Él ni de nuestros hermanos. Por sorprendente que parezca, esto ocurre con más frecuencia de lo que imaginamos.

CONTEMPLACIÓN: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Algunos de los aspectos de la conversión que se nos pide en este fragmento de la parábola ya han sido sugeridos más arriba. Pero, ahora, conviene que nos centremos en las obras de misericordia corporales. La gran conversión de la mente, del corazón y de la vida que necesitamos hace referencia a estas obras. Necesitamos redescubrir su valor y descubrir que son muchas más que las que imaginamos.

El Papa Francisco nos muestra el riesgo que hemos de evitar y que tan bien ha descrito la parábola tanto en la actitud del hermano mayor como en la del criado: «No caigamos en la indiferencia que humilla, en la habitualidad que anestesia el ánimo e impide descubrir la novedad, en el cinismo que destruye. Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio» (*Misericordiae Vultus*, 15).

Él mismo nos propone la solución: «Es mi vivo deseo que el pueblo cristiano reflexione durante el Jubileo sobre las obras de misericordia corporales y espirituales. Será un modo de despertar la conciencia, muchas veces aletargada, ante el drama de la pobreza, y de entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina. La predicación de Jesús nos presenta estas obras de misericordia para que podamos darnos cuenta de si vivimos o no como discípulos suyos» (*Misericordiae Vultus*, 15).

El Papa insiste: «Redescubramos las obras de misericordia corporales: dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir a los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos» (*Misericordiae Vultus*, 15).

Nuestra conversión de la mente, a la luz de este evangelio y de estas palabras del papa, ha de ser múltiple:

- **Necesitamos despertar la conciencia... mediante la reflexión.**

No basta un día, ni una reunión. Es preciso meditar mucho personalmente, en clima de oración, dialogar comunitariamente, predicar muchos días sobre las obras de misericordia... Hasta que despierten nuestras conciencias. Y vivan muy hondamente la necesitan de realizar las obras de misericordia.

· **Necesitamos redescubrir también las obras de misericordia.** No sólo volver a conocer las que siempre han sido para la Iglesia obras de misericordia, y que nosotros hemos olvidado, sino también descubrir nuevos modos de obrar la misericordia. Las obras que el papa cita y que el catecismo de la Iglesia expone, están inspiradas en el famoso capítulo 25 de san Mateo. Pero Jesús, allí, más que un elenco de obras –que por supuesto se da– nos ofrece dos criterios que hemos de interiorizar hasta que se conviertan nuestra mente, nuestro corazón y nuestras acciones:

- **La misericordia es concreta:** «La misericordia de Dios no es una idea abstracta, sino una realidad concreta, con la cual Él revela su amor, que es como el de un padre o una madre que se conmueven en lo más profundo de sus entrañas por el propio hijo» (*Misericordiae Vultus*, 6).

- **Los modos concretos en que Dios nos reclama obras de misericordia son inagotables:** tantos como personas necesitadas de nuestro amor misericordioso encontramos. Tantos como momentos y modalidades presentan las personas que Dios pone ante nuestra mirada y nuestra acción.

- **La misericordia nos hace prójimos, nos aproxima a cada persona.** Así lo recoge san Lucas en la respuesta que dio el fariseo a la pregunta de Jesús tras narrar la parábola del Buen Samaritano: «¿Cuál te parece que ha sido prójimo del que cayó en manos de los bandidos?» Él dijo: «El que practicó la misericordia con él» (Lc 10,36-37). Así cuando vivimos las obras de misericordia –las del Buen Samaritano eran principalmente corporales– hacemos del extraño alguien próximo, lo convertimos en prójimo nuestro. Pero también nos ayuda vivir las obras de misericordia con los más próximos... para que no se conviertan en extraños. Si somos sinceros con nosotros mismos, descubrimos en nuestras propias familias –las humanas y las eclesiales– el mismo riesgo y quizá el mismo pecado que en el hijo mayor: que quien fue muy próximo a nosotros, nuestro prójimo más cercano –padres, hermanos...– se convierte en alguien lejano afectiva y efectivamente. Frente a ese pecado, esa «miseria» que destruye la familia, el

Señor nos ofrece caminos de misericordia. Los concretaremos en las acciones.

- **La misericordia no se obra de fuera adentro, sino de dentro afuera: de la conmoción de la entrañas a la acción.** De otro modo, no hay realmente misericordia... aunque lo parezca. San Pablo lo dejó claro en ese pasaje tan conocido que tantas veces nos cuesta entender: «Si repartiera todos mis bienes entre los necesitados (...), pero no tengo amor, de nada me serviría» (1 Cor 13,3). Con frecuencia, nos preguntamos, al escuchar estas palabras, pero ¿es posible entregar todos nuestros bienes a los necesitados sin amor? Basta un examen de conciencia sincero y humilde ante Dios –ante quien no se oculta ninguna de las motivaciones de nuestro corazón– para descubrir que podemos mejorar mucho en las motivaciones de nuestra caridad y de nuestra misericordia.

· **Necesitamos también limpiar nuestros afectos de todo juicio ante el hermano para vivir la caridad y la misericordia con él: también la pobreza culpable es digna de misericordia y la está necesitando.** Una comparación de dos parábolas de Jesús nos hará caer en la cuenta de este riesgo que puede aletargar nuestra conciencia ante las necesidades de algunos hermanos nuestros. A todos nos conmueve la pobreza de Lázaro, tirado a las puertas del rico Epulón, cubierto de llagas (Lc 16,19-31). En cambio, no es aventurado afirmar que no sentimos lo mismo hacia el Hijo pródigo, porque, en el fondo, tiene merecida su pobreza, a causa de su pecado. Esto puede hacer que nuestra misericordia no tenga la misma intensidad ante el que sufre a causa de sus pecados o sus errores, como ante el que sufre sin culpa propia –que ciertamente ha de ser el predilecto de nuestro corazón–.

ACCIÓN:

¿Cómo convertirnos en don para los demás por la caridad?

Para convertirnos en don para los demás redescubriendo y viviendo las obras de misericordia corporales, podemos concretar algunas tareas personales o comunitarias y formularnos algunas preguntas que nos guiarán en la búsqueda de «nuevas» obras de misericordia corporales: la mayoría de las obras de misericordia corporales parece que

sólo pueden hacerlas instituciones –Cáritas, Manos Unidas, algunas organizaciones ligadas a órdenes religiosas o movimientos eclesiales–. Pero Jesús hablaba de la acción de personas concretas en el evangelio de san Mateo (25). ¿Qué personas concretas están necesitando las obras de misericordia que Jesús pide en este evangelio? ¿Cómo podemos compartir con ellas nuestros bienes materiales?

- ¿Qué «miserias» materiales –corporales– «nuevas» concretas descubro en las personas con las que me relaciono? ¿Qué obras de misericordia me pide el Señor que haga en favor suyo? Puede parecer que se trata de una pregunta meramente teórica. Pero la soledad, el aislamiento, la falta de ser escuchado, los miedos, la adiciones –las mal vistas socialmente, pero también las toleradas e incluso respetadas socialmente– son necesidades que afectan tanto al cuerpo como al espíritu.

- ¿Cómo puedo vivir la misericordia con los más próximos a mi vida? ¿Cómo puedo aproximar a los alejados viviendo con ellos la misericordia? Si oramos con deseo de escuchar a Dios, descubriremos muchos más, pero hay, al menos, tres modos de hacerlo.

1) «Comer y beber en familia... con misericordia». Reconstruir la vida familiar desde la piedra angular que es la mesa. Allí se rompieron muchas familias. Muchas familias pueden ser reconstruidas si superamos las dificultades de horario que hace que las familias ya no coman juntas. Reunirse en torno a la mesa no es sólo la acción material de compartir juntos el pan –y el resto de la comida–, es también fuente de diálogo, de encuentro... Es una misericordia que los padres han de tener con los hijos, los hijos con los padres y los esposos entre sí... para evitar que los que están más próximos acaben convirtiéndose en extraños.

2) «Visitar como visita Dios»: Dios visitó a Abraham y suscitó en él y en Sara felicidad y futuro (Gén 18,1-15). «Visitar como visita María»: María visitó a Isabel –a Juan– y a Zacarías y les trajo, además de su propia presencia, su diálogo y su ayuda, la presencia de Jesús y del Espíritu de Dios, el don de la profecía, el don de la oración... Un diálogo y encuentro maravilloso que aunó dos generaciones de mujeres, dos sensibilidades religiosas, dos tierras, dos

tradiciones culturales e históricas... María es, por gracia de Dios, la mejor inspiración para redescubrir la visita como gran obra de misericordia.

3) «Dar techo, hogar, posada, a quien la necesita». Aquí se juntan dos obras de misericordia: acoger al de lejos –sin techo, inmigrantes con dificultades–, también al de cerca –ancianos de la propia familia, enfermos...– y abrigar sus soledades. ¿Cómo podemos realizar estas obras de misericordia de modo concreto?

Podemos concluir este rato de lectura comunitaria de la Palabra de Dios con el rezo del Magníficat:

*Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios mi salvador,
porque ha mirado la humillación de su esclava.
Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí.
Su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.
Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.
Auxilia a Israel su siervo,
acordándose de la misericordia
–como lo había prometido a nuestros padres–
en favor de Abraham y su descendencia por siempre.
Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre.
Por los siglos de los siglos. Amén.*



Quinta lectio divina

«Tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo» (Lc 15,31)

Aprendamos a decir hermano. Signos vivos del amor del Padre

OBJETIVO

Manifestar un modo nuevo de amar y de servir al hermano redescubriendo y cumpliendo las obras espirituales de misericordia.

ORACION INICIAL

Antes de comenzar, pedimos la gracia de Dios para que sostenga toda nuestra oración:

Que tu gracia, Señor, inspire, sostenga y acompañe todas nuestras obras, para que todos nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras palabras y nuestras acciones, broten de ti, como de su fuente, y tiendan siempre a ti, como a su fin. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

María, trono de la Sabiduría. Ruega por nosotros.

María, Madre de la Iglesia. Ruega por nosotros.

TEXTO: (Lc 15, 28-31)

«Él se indignó y no quería entrar, pero su padre salió e intentaba persuadirlo. Entonces él respondió a su padre: «Mira: en tantos años como te sirvo, sin desobedecer nunca una orden tuya, a mí nunca me has dado un cabrito para tener un banquete con mis amigos. En cambio, cuando ha venido ese hijo tuyo que se ha comido tus bienes con malas mujeres, le matas el ternero cebado». Él le dijo: «Hijo tú estás siempre conmigo, y todo lo mío es tuyo, pero era preciso celebrar un banquete y alegrarse, porque este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado»»

LECTURA: ¿Qué dice el texto bíblico en sí mismo?

Tampoco presenta ninguna dificultad la comprensión de este texto. Pero hay detalles que nos adentrarán en la comprensión de lo que Jesús y san Lucas quisieron expresar.

1. Su Padre salió e intentaba persuadirlo. Esta imagen recuerda a un texto del profeta Oseas, que habla de la necesidad de conversión del pueblo de Dios: «Yo la persuado, la llevo al desierto, le hablo al corazón» (Os 2,16). Y también a otro pasaje del profeta Isaías, que anuncia el regreso desde el Exilio de Babilonia: «Consolad, consolad a mi pueblo –dice vuestro Dios–; hablad al corazón de Jerusalén» (Is 40,1-2).

2. El hijo mayor también se piensa a sí mismo como siervo del Padre: «En tantos años como te sirvo». Pero no lo hace cordialmente. También esperaba recibir los bienes materiales del Padre, aunque menos sincero que el hijo menor. Es sólo un resentimiento oculto que tiene con el Padre: «Nunca me has dado un cabrito para hacer una fiesta con mis amigos». Como al hijo menor, tampoco le importa el Padre, sino sus cosas... para «gastarlas» en «fiestas»... no en un país lejano, pero sí con personas que no son el Padre. Todo muy legítimo, muy legal. El hijo mayor, no lo olvidemos es «fariseo». Pero todo vacío y falto de verdad y sentido. Recuerda al joven rico: «Maestro bueno, ¿qué he de hacer para heredar la vida eterna?» (Lc 18,18). Y, en cierto modo, a aquel que se quejaba a Jesús, diciéndole: «Maestro dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia» (Lc 12,13). El hijo mayor no es tan distinto del menor. El Padre lo sabe: «Él modeló cada corazón y conoce todas sus acciones» (Salmo 33,15), «Él conoce nuestra masa, se acuerda de que somos barro» (Salmo 103,14). Por eso, el Padre no deja de salir a persuadirlo. Es una última llamada de Jesús a los fariseos y escribas, que, creyendo estar en la casa, están fuera. Jesús había intentado persuadir a alguno de ellos: Simón el leproso, al que recordó que mucho amor trae mucho perdón y mucho perdón conduce a mucho amor (Lc 7,36-50). A otros les recriminó su dureza de corazón. Ahora, hace un último llamamiento a su conversión.

Este tramo final de la parábola da un vuelco completo a la historia que Jesús narra. Todo se muestra en su auténtica realidad, que es bien distinta de lo que parece al principio. En nuestra memoria, siempre

está este evangelio ligado a la conversión y a la Cuaresma. Y siempre centramos nuestras reflexiones en el hijo menor, el hijo pródigo. Pero, en realidad, Jesús no contó esta historia para que los pecadores se convirtieran, los pecadores ya se estaban convirtiendo. El salió, al principio de su ministerio, a predicar la conversión (Mc 1,14-15), luego envió a los apóstoles a hacer lo mismo (Mc 6,7-13). Y los pecadores y los publicanos –pecadores también– se convertían... y «solían acercarse a Jesús a escucharlo» (Lc 15,1) y Jesús «los acogía y comía con ellos» (Lc 15,2). No es por ellos por quienes cuenta esta historia. Ellos ya no necesitaban ser invitados a la conversión. Ellos ya estaban en casa, de vuelta, ya habían sido abrazos en su pecado, aunque sus motivos de conversión no fuesen los más limpios siempre. Lo que limpia realmente es el abrazo del Padre. De hecho, en la parábola no se habla de baño. Sólo de ser revestidos de nuevo. Y ellos también han sido revestidos de nuevo con la dignidad y el poder –anillo y sandalias– de los hijos de Dios.

Jesús contó esta historia por los fariseos y escribas. Como respuesta a su crítica, a su indignación. Pero, esta vez, en lugar de la mirada airada que les echó cuando criticaban algunas curaciones (Lc 6,6-11), lo hace como una invitación a su conversión... Porque los auténticos pecadores ahora son ellos. Ellos son los que se han quedado fuera de la casa. En realidad, lo hicieron al principio de la vida pública, cuando se negaron a comer con Jesús si éste comía con pecadores (Lc 5,27-35). El hijo modélico ahora queda reducido, por sus propias palabras, a mero siervo, cuando el hijo perdido, ya de vuelta a casa, esperando ser sólo un asalariado más, ha sido restituido en su condición filial.

El Padre, después de salir al encuentro e intentar persuadirlo, revela la verdadera condición del hijo mayor, alejado voluntariamente del Padre, aun en las proximidades de su Casa. Luego meditaremos la hondura de las palabras que le dirige: «Hijo, tú estás siempre conmigo y todo lo mío es tuyo». Por eso, «mi hijo menor» es también «tu hermano» y mi alegría por su regreso es también la tuya... aunque tú no estés dispuesto a reconocer esta verdad.

MEDITACIÓN:

¿Qué nos dice el texto bíblico a nosotros?

Nuestro lugar en este evangelio puede ser doble: el del hijo mayor y el del Padre. Vamos a meditar este diálogo entre ambos, desde los dos

puntos de vista posibles, para dejar que el Señor nos hable al corazón –nos persuada– y nos muestre su voluntad acerca de nosotros y de nuestra relación con los demás.

En la persona del hijo mayor, podemos tener el gozo de sentir cómo el Padre, pasando por alto nuestras indignaciones y nuestras indignidades, se acerca a nosotros para hablarnos al corazón y persuadirnos. Conviene hacer un largo tiempo de silencio en la oración personal para escucharlo. De muchas cosas nos hablará, pero, al menos nos manifestará tres verdades que debemos ir interiorizando cada día hasta verlo todo como Él lo ve y sentirlo como Él lo siente.

- En su diálogo dirigido a nuestro corazón, **el Padre nos mostrará nuestra propia verdad**: «Hijo, tú estás siempre conmigo». Como el hijo mayor, no siempre somos conscientes. O mejor, muy pocas veces somos conscientes de esta verdad. Por eso, nuestra meditación y nuestra oración ha de pedir vivir según la verdad de nuestra vida. No sólo que Dios está siempre con nosotros, sino que nosotros estamos siempre con Dios.

- «Todo lo mío es tuyo». ¡Cómo hemos de pedir interiorizar estas palabras del Padre... hasta que resuenen como un estribillo en cada momento de nuestra vida! Todo lo de Dios es nuestro: nuestro su Espíritu, nuestro su Hijo Jesús, nuestra la Madre de Dios, nuestra la gracia de Dios, nuestra la creación, y cada hombre, nuestra la Iglesia... todo lo de Dios es nuestro. San Lucas llega todavía más lejos que san Pablo, que sorprende con su afirmación: «Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios» (1 Cor 3,23). Llega, en cierto modo, incluso más lejos que san Juan, que pone en boca de Jesús aquellas consoladoras palabras: «Todo lo que pidáis al Padre en mi nombre... el Padre os lo dará» (Jn 14,13). El Padre llega mucho más lejos de lo que podemos pedir los hombres: «Dame la parte de la herencia que me corresponde», había pedido el hijo menor. «A mí nunca me has dado un cabrito», se quejaba el hijo mayor. «Hijo, todo lo mío es tuyo». ¡Cómo necesitamos escuchar estas palabras de Jesús una y otra vez, en cada ocasión en que estemos tentados de reprochar a Dios que no escucha nuestra oración, que no nos concede lo que pedimos, que se ha olvidado de nosotros! No, hijo mío, nada de eso es verdad. La verdad de tu vida es que no carecéis

de ningún don (1 Cor 1,7), porque, en la persona de Cristo, Dios os ha bendecido con toda clase de bienes celestiales y espirituales (Ef 1,3).

• El Padre nos mostrará también la verdad propia, mostrándonos la verdad de nuestro hermano: «Este hermano tuyo estaba muerto y ha revivido, estaba perdido y lo hemos encontrado». Dios nos muestra con mucha claridad que en la vida de nuestro hermano hay un pasado y un presente... muy distintos. No podemos quedarnos en su pasado si queremos reconocer la grandeza, la belleza y la bondad de su presente. A Jesús mismo le pasó: quienes se quedaron en su pasado –su condición de carpintero, el de José, el de Nazaret–, no fueron capaces de reconocer su presente: ¡Qué son esas palabras de su boca y esos milagros de sus manos! Es normal: los milagros no eran del hijo de José, eran del Hijo de Dios (Mc 6,1-6). Lo mismo nosotros, si nos quedamos en que nuestro hermano estuvo muerto, no podremos reconocer la vida de Dios que hay ahora en él. Si nos quedamos en que estuvo perdido, seremos nosotros los que no podremos encontrarlo. Precisamente la misericordia hace esto. Lo explicaba con gran lucidez San Juan Pablo II al principio de su ministerio petrino: «La misericordia se manifiesta en su aspecto verdadero y propio, cuando revalida, promueve y *extrae el bien de todas las formas de mal* existentes en el mundo y en el hombre» (*Dives in Misericordia*, 6).

• Al mostrarnos la verdad propia y la del hermano, nos manifestará la verdad de Dios y la de la Iglesia: «Era preciso celebrar un banquete y alegrarse». La conversión del hijo pródigo es también conversión de la Iglesia, que pasa de la tristeza al gozo, como el propio Padre, como el propio Jesús: «¡Alegraos conmigo!, porque he encontrado lo que estaba perdido» (Lc 15,6.9).

ORACIÓN: ¿Qué decimos nosotros al Señor como respuesta a su Palabra?

Ante la presencia sobrecogedora del Padre y su magnanimidad –estar siempre con Él y saber nuestro todo lo suyo–. No cabe más oración que la acción de gracias. Pero también por la bondad misericordiosa de Dios de salir a nuestro encuentro en nuestros extravíos, en nuestra indignación, en nuestra soberbia –disimulada o indisimulada–. ¡Gracias, Padre, por tu bondadosa misericordia!

Ante el deseo del Padre de persuadirnos, nuestra respuesta ha de ser la de Samuel: «Habla, Señor, que tu siervo escucha» (1 Sam 3,9.10).

Al reconocer que hemos negado la condición de hermanos nuestros a tantos hijos amados de Dios y al saber que hemos encerrado en el pasado sus vidas sin «permitirles» redención alguna en el presente, hemos de pedir perdón sinceramente y comprometernos a reparar el daño hecho con nuestra soberbia, mediante la penitencia personal y comunitaria. Algunas oraciones bíblicas nos ayudarán (Salmo 51). También algunas de la liturgia («Danos entrañas de misericordia ante toda miseria humana, inspíranos el gesto y la palabra oportuna frente al hermano sólo y desamparado, ayúdanos a mostrarnos disponibles ante quien se siente explotado y deprimido. Que tu Iglesia, Señor, sea un recinto de verdad y de amor, de libertad, de justicia, de paz, para que todos encuentren en ella un motivo para seguir esperando»).

CONTEMPLACIÓN: ¿Qué conversión de la mente, del corazón y de la vida nos pide el Señor?

Los pecados del hijo mayor son «pecados del espíritu»: codicia, soberbia, autocomplacencia, vanidad, indiferencia ante el sufrimiento y la alegría ajenos –del Padre y del hermano–, juicio temerario e inclemente, hipocresía, fingimiento y ocultamiento del propio pecado, indignación... podríamos seguir hasta completar una lista mucho más larga. ¡Y éste era el bueno, el justo! Algunos de estos pecados ni siquiera eran conocidos y reconocidos por él mismo. Algunos sólo salen a la luz con la llegada del hijo menor y *las obras de misericordia del Padre con su otro hijo*. Ocultos –«¿Quién conoce sus faltas?» (Salmo 19,13)–, pero reales, los pecados del hijo mayor son más graves que los del hijo menor... porque dañan el espíritu, alejan de Dios y de los hermanos más que muchos pecados de la carne, incapacitan el alma para la conversión y necesitan un acción de Dios mucho más intensa para provocar su conversión. Hasta el punto de que de estos pecados surge una ceguera espiritual que no ve nuestra propia maldad y, sin embargo, hace que consideremos pecador sin posibilidad de perdón a nuestro hermano... y de que hagamos a Dios mismo «pecador», culpable de acciones injustas. Esta tentación también se puede dar partiendo de una misericordia mal entendida, cuando hacemos a Dios culpable de los males de este mundo, sobre todo, de las desgracias naturales. Pero aún es menos comprensible y más imperdonable cuando pensamos a Dios pecador y

culpable porque trata con misericordia a nuestros hermanos.

Nosotros hemos de estar muy atentos a este tipo de «miserias espirituales» para alcanzar la misericordia divina. Además de orar a Dios con las palabras inspiradas por Él mismo: «Señor, absuélveme de lo que se me oculta» (Salmo 19,13), hemos de pedir a alguien de confianza –que pueda actuar con amor y con libertad– que esté muy vigilante en los movimientos que descubre en nuestra alma que no vienen de Dios y lo desagradan. Será una gran ayuda. Por supuesto que es de mucha utilidad el diálogo con el confesor o con el director o acompañante espiritual. Pero también nos ayudará mucho tener personas de confianza que nos ayuden a caminar en la conversión constante, hasta desenmascarar estos pecados tan ocultos que tanto nos alejan de Dios y de los hermanos, como se pone en evidencia en la figura del hijo mayor. Con frecuencia, estos pecados conviven con los otros. Pero se hacen más fuertes en la medida en que vamos superando los pecados «externos y visibles». Orar a María –la humilde que venció al Soberbio– nos ayudará muchísimo en la lucha contra estos «enemigos» interiores que nos impiden servir al Señor con santidad y justicia.

Nuestra conversión de la mente principal nos la señala el Papa al pedirnos que redescubramos las obras de misericordia espirituales: «dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia los defectos del prójimo, rogar a Dios por los vivos y difuntos» (*Misericordiae Vultus*, 15). Una primera consideración nos viene a la mente en su trabajo por convertirse viendo las cosas como Dios las ve: son todas obras que no ven los hombres... Sólo Dios. Algunas no las verán ni siquiera los destinatarios de nuestras obras de misericordia. Aquellos por los que oramos serán confortados por nuestra oración, pero no sabrán nunca que lo hicimos si no se lo decimos. Lo mismo, aquellos cuyos defectos o pecados sufrimos con paciencia. Jesús nos animó en el Sermón del Monte a hacer obras que sólo conoce nuestro Padre que ve en lo escondido, con la firme promesa de que Él nos recompensará (Mt 6,1-18). La segunda consideración que nos viene a la mente necesitada de conversión es el poder impresionante de la palabra en las cosas de Dios: Prácticamente todas las obras de misericordia espirituales se realizan mediante la palabra... sólo con la palabra. No necesitan nada material. Es normal. Aunque devaluada en nuestra sociedad, la palabra –junto con la mirada– es, posiblemente, la realidad más «espi-

ritual» del hombre. Pero además es la universalidad del don de Dios. Jesús nos invitó a vivir así: «Dad limosna de lo de dentro y lo tendréis limpio todo» (Lc 11,41). San Pablo lo decía a los Corintios: «Siempre seréis ricos para ser generosos» (2 Cor 9,11). No hace falta dinero, ni bienes materiales, ni gran preparación para consolar, acompañar, sufrir con paciencia los defectos ajenos, corregir al que se desvía... La tercera consideración que nos viene a la mente, necesitada de conversión, es que las obras de misericordia espirituales no dan una solución parcial a la persona a la que amamos, sino que dan la solución total: «Si, cuando lo corriges, tu hermano te hace caso, habrás salvado a tu hermano» (Mt 18,15).

ACCIÓN: ¿Cómo convertirnos en don para los demás por la caridad?

La pregunta formulada por el Papa Benedicto en este quinto momento de la *lectio divina* la podemos concretar todavía más: ¿Cómo convertirnos en don para los demás por medio de las obras de misericordia espirituales?

Cada una de estas obras puede ser una llamada a la concreción en nuestras vidas personales y comunitarias. Podemos subrayar tres de las que recuerda el Papa Francisco:

1) Dar consejo al que lo necesita nos lleva a crecer en el compromiso del acompañamiento espiritual personal. Los sacerdotes podemos crecer en el compromiso de este acompañamiento –o dirección espiritual–. Pero también los padres con los hijos, las catequistas con los niños y sus familias, los maestros con sus alumnos. ¿A quién me pide el Señor que acompañe en este momento concreto de mi vida?

2) Enseñar al que no sabe. San José de Calasanz, San Felipe Neri, San Juan Bosco, son inspiración para cada comunidad que quiera emprender el camino de esta enseñanza. Sus oratorios abarcaban la totalidad de la persona: la formación humana, la formación religiosa, la formación social –incluida la lúdica y la festiva–. ¿Es posible iniciar en nuestra parroquia un oratorio para «enseñar a los niños, adolescentes y jóvenes que necesitan formación humana y religiosa»? ¿Cuál es el primer paso que vamos a dar? ¿A qué personas me pide Dios que enseñe en lo humano o en lo espiritual, en la fe o en la caridad?

3) Rogar a Dios por los vivos y difuntos. Hay un ministerio bastante olvidado en el ámbito parroquial y también en el de los movimientos y ciertas comunidades. Es, precisamente, este ministerio de la oración. Con frecuencia, se potencia el ministerio de la Caridad, el de la Educación en la fe, pero el ministerio de la oración se suele reducir a los equipos de liturgia. Hay un modo muy humilde de concretar este servicio a toda la comunidad. Mientras las catequistas enseñan la fe a los niños o jóvenes, mientras en Cáritas se atiende a los pobres, sería de gran fruto, que las personas que sienten la vocación de la oración por la parroquia, ejerciesen su ministerio, orando ante el Señor expuesto en la parroquia, por todos los que están trabajando en ese momento y por los que son atendidos. Es lo que hacen las personas de vida contemplativa –monjes y monjas– por toda la Iglesia. Es lo que hizo Moisés mientras batallaba Josué: de su oración dependía la marcha de aquella batalla (Éx 17,11). Es lo que hace en la actualidad el Papa Benedicto. Es lo que pedía a toda la Iglesia el Papa Juan Pablo II, al hablar de la primacía de la gracia y advertir: «Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar (...) La oración nos hace vivir precisamente en (...) la primacía de Cristo y, en relación con Él, la primacía de la vida interior y de la santidad. Cuando no se respeta este principio, ¿ha de sorprender que los proyectos pastorales lleven al fracaso y dejen en el alma un humillante sentido de frustración?» (*Novo Millennio Ineunte*, 38).

Un modo concreto de ejercer este ministerio de la oración es el rezo de la coronilla de la misericordia. Adentrarse en esta devoción que tanto difundió Juan Pablo II y que, desde el comienzo de su pontificado, ha recomendado el Papa Francisco, será una fuente de bendiciones de Dios para tantas personas necesitadas de misericordia divina.

4) También podríamos programar una jornada parroquial para invocar juntos la misericordia –orando sin desfallecer– sobre todo el pueblo que pertenece a nuestra parroquia. Podría ser una jornada de Adoración eucarística, con el rezo del rosario a la madre de la misericordia, o el de la coronilla de la misericordia...

5) **Es necesario que nos formulemos constantemente una pregunta:** ¿Qué «miserias espirituales» encuentro en mis hermanos, en cada persona concreta, en la comunidad en la que vivo? ¿Qué obras de misericordia son necesarias para «redimir» en nombre del Señor estas miserias concretas? Puede parecer algo poco concreto... pero no es así. Algunas miserias espirituales tienen nombre de enfermedad: depresión, anorexia, bulimia, baja estima, secuelas del acoso –escolar, familiar, laboral–... Además de la medicina de los sacramentos, como la Reconciliación, la Eucaristía y la Unción de los enfermos, ¿qué otras obras de misericordia puedo hacer por estas personas?

Para concluir podemos recitar juntos esta oración:

Padre Bueno, Tú conoces lo que a nosotros se nos oculta,

Tú miras con amor a cada hombre.

Enséñanos a verlos con tu propia mirada,

A amarlos con tus entrañas de misericordia.

A conmoernos por ellos,

Con las mociones interiores de tu propio Espíritu.

Que reconozcamos cada una de las necesidades espirituales

Que tienen... aunque ellos mismos las ignoren

Y respondamos, en tu nombre,

Para que sientan el consuelo que con Tú nos consuelas,

Y la gracia con que tú nos redimes. Amén.



• SEGUNDA PARTE:

Misión

(Itinerario pastoral)

C) Actuar

1. Proyecto Personal de Vida

2. Programación Comunitaria

(parroquia / delegación / sectores pastorales)

- Objetivos específicos
- Líneas de acción

3. Propuestas de acciones diocesanas

4. Calendario oficial de la Santa Sede



Segunda parte: misión

Itinerario Pastoral

ACTUAR

Nuestro Plan Diocesano de Pastoral, no queda encerrado en una dimensión formativa, por muy importante que esta sea, sino que se abre a una dimensión operativa y pastoral. El concepto «pastoral», que tanto utilizamos, significa «actuar la salvación». En la actuación pastoral de Jesucristo, Dios ha actuado la salvación en favor de los hombres, la ha servido u ofrecido para que el hombre libre y responsablemente la acoja y se adhiera a ella.

El itinerario pastoral que sugerimos en este Año de la Misericordia, está inspirado en la *Lectio divina* de la parábola del Hijo pródigo y en la Bula *Misericordiae Vultus*. Lo que ofrecemos no es un corsé o una plantilla que agobia, sino una sugerencia y una invitación para que cada realidad pastoral de la diócesis vaya concretando las líneas de acción según la preparación y las circunstancias particulares de las mismas. Lo que aquí se formula hay que darle vida desde el calor y el sabor de cada comunidad parroquial. Y no olvidar el criterio de la humildad, que quiere decir: es preferible avanzar en un punto concreto, por pequeño y modesto que este sea, a querer realizar todas las acciones y terminar agotados y agobiados.

El itinerario pastoral se va a trabajar desde las cuatro dimensiones o funciones de la vida cristiana: Educación de la fe, Liturgia, Comunidad, Cáritas. Todos los grupos parroquiales que están insertados en las distintas dimensiones, van a trabajar un objetivo con varias líneas

de acción. Lo importante es que al final del año de la Misericordia la parroquia, en su conjunto, haya crecido en el testimonio de la misericordia y del amor.

La naturaleza del objetivo General exige que se expliciten en objetivos más concretos, más específicos. No está todo recogido. Hay que hacer una opción. Cada uno de los objetivos específicos concreta el objetivo general y delimita qué se quiere alcanzar.

Proponemos tres niveles de acción incluyendo la información de las actividades para el Jubileo organizadas por la santa Sede:

1° El individual: Proyecto personal de Vida.

2° El comunitario: Programación (parroquias, delegaciones...)

3° El diocesano: Propuesta de acciones diocesanas.

4° Santa Sede: Calendario oficial.



1· Proyecto personal de vida

Ámbitos Objetivos Acciones

PALABRA (Educación en la Fe)	Formación personal permanente Catequesis de adultos Dirección Espiritual	Descubrir la importancia vital que tiene la palabra misericordia en el misterio de la fe cristiana y traducirlo en gestos concretos de mi vida diaria	Determinar acciones personales para el seguimiento y revisión de vida
LITURGIA (Sacramentos)	Oración personal Vida Sacramental Vida Litúrgica	Acoger y celebrar la misericordia de Dios, muy especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Unción y Eucaristía	Determinar acciones personales para el seguimiento y revisión de vida
TESTIMONIO (Comunidad)	Vocacional: Matrimonio, Familia. Profesional: Trabajo... Eclesial: Diócesis, Parroquia, Grupo, movimiento... Social: Compromiso político, vecindad, ocio, asociacionismo... Público: Medios de comunicación y redes sociales. Servicio: Obras de Misericordia Corporales.	Redescubrir y vivir las obras corporales de misericordia como servicio de la propia vocación personal	Determinar acciones personales para el seguimiento y revisión de vida
CARIDAD (Hermano)	Caridad (Obras Misericordia espirituales)	Redescubrir y practicar las obras espirituales de misericordia	Determinar acciones personales para el seguimiento y revisión de vida



2· Proyecto comunitario

Parroquia · Delegación · Sectores Pastorales

Objetivos específicos y líneas de acción

EDUCACIÓN EN LA FE

«Lo vio y se conmovió, y se le echó al cuello y lo besó»

- **Objetivo:** Descubrir la importancia vital que tiene la palabra misericordia en el misterio de la fe cristiana y traducirlo en gestos concretos.

- **Líneas de acción:**

1/Trabajar las parábolas de la misericordia Lc 15: la oveja perdida, la moneda extraviada, el hijo pródigo.

2/Traducir la enseñanza de cada parábola en gestos concretos que testimonien de forma fuerte y eficaz la misericordia: perdón, acogida, ternura, paciencia, tolerancia, búsqueda del otro, interés por el otro, fiesta.

LITURGIA

«Celebremos un banquete»

- **Objetivo:** Acoger y celebrar la misericordia de Dios, muy especialmente en los sacramentos de la Penitencia y de la Unción y Eucaristía.

- **Líneas de acción:**

1/En las semanas de Cuaresma meditar páginas de la Sagrada Escritura para redescubrir el rostro misericordioso del Padre (Miqueas, Isaías)

2/La invitación «24 para el Señor» momento especial para descubrir el sacramento de reconciliación.

3/Poner en el centro el sacramento de la penitencia para descubrir la grandeza el perdón del Señor.

4/Organizar «misión para el pueblo» y anunciar la alegría del perdón.

5/El anuncio de la conversión a las personas que se encuentran lejos

6/Redescubrir el sacramento de la Unción como momentos especial del encuentro con la misericordia de Dios

COMUNIDAD

«Es que ha venido tu hermano»

- **Objetivo:** *Redescubrir y vivir las obras corporales de misericordia..*

- **Líneas de acción:**

1/Dar de comer al hambriento, de beber al sediento, vestido al desnudo: potenciar la labor y participación de todos los miembros de la parroquia en caritas parroquial

2/Acoger al forastero: cuidar la acogida a emigrantes y extranjeros que vienen a vivir a nuestra parroquia. Ayudarles en sus necesidades.

3/Asistir a los enfermos: potenciar la visita y el cuidado a los enfermos de la parroquia. Continuar con la oración mensual por los que sufren.

4/Enterrar a los muertos: potenciar y cuidar la pastoral de exequias.

CARIDAD

«Ese hijo tuyo»

- **Objetivo:** *Redescubrir y practicar las obras espirituales de misericordia.*

- **Líneas de acción:**

1/Consolar al triste: Hacer el ejercicio de abrir los ojos y buscar a personas que viven en situaciones de tristeza y llevarles el consuelo y la esperanza.

2/Soportar con paciencia las personas molestas: proponer a la comunidad el ejercicio en este año jubilar de aceptarnos entre nosotros para crear un clima de tolerancia, de respeto y misericordia.

3/Rogar a Dios por los vivos y difuntos: tener presente en nuestras oraciones a los vivos con dificultad, en tribulación: cristianos perseguidos, asesinados. Orar por los difuntos por los que nadie ora.

4/Organizar una peregrinación profundizando en la vivencia de las etapas (MV 14).



3 · Propuestas de acciones diocesanas

1 · Presentación de la programación diocesana a los Arciprestes

El día 8 de octubre, en el encuentro de Arciprestes con el Sr. Obispo, se presentarán los materiales para éste curso pastoral del Año de la Misericordia.

- Meditaciones Sacerdotales para uso en los arciprestazgos.
- Programación diocesana de pastoral 205-2016.
- Cartel del Año de la Misericordia.
- Calendario Pastoral de la diócesis.

Serán los Arciprestes los que, juntamente con los Vicarios de Zona, presenten a los sacerdotes, comunidades parroquiales, consejos parroquiales, grupos, movimientos los objetivos y líneas de acción de la programación diocesana de pastoral para este Año Jubilar.

2 · Celebración previa a la apertura del Año de la Misericordia por Vicarías

6 de noviembre: Vicaría 1: Iglesia de la Salesas (Orihuela).

13 de noviembre: Vicaría 2: Parroquia de la Misericordia (Alicante).

20 de noviembre: Vicaría 3: Parroquia Sagrado Corazón de Jesús (Elche).

27 de noviembre: Vicaría 4: Parroquia Santa Ana (Elda).

04 de diciembre: Vicaría 5: Parroquia de la Almudena (Benidorm).

En las fechas y lugares indicados, el Sr Obispo presidirá una celebración litúrgica, previa a la apertura del Año de la Misericordia, en cada una de las Vicarías. Pediremos por el fruto espiritual del Año Jubilar. Tiempo propicio para la Iglesia

3. Apertura de lugares jubilaes

- **12 diciembre, sábado, Catedral de Orihuela:** Apertura de la puerta Santa, Año de la Misericordia en la Diócesis.

- **13 de diciembre, domingo III de Adviento, Concatedral de Alicante y Santa Faz:** Apertura de la puerta Santa, Año de la Misericordia en la Diócesis.

- **Capillas de Adoración Perpetua:** En cada Vicaría se programará una celebración Eucarística con los adoradores.

Cada Capilla de Adoración Perpetua, también será lugar jubilar. Allí se ofrecerán materiales de apoyo para la reflexión y oración en torno a las obras de misericordia.

4. Cátedra de Espiritualidad «San Juan de Ávila»

· **Conferencias teológicas para la formación permanente del clero**

- **Miércoles, 14 de octubre:** El Año Jubilar de la Misericordia: planteamiento y perspectivas, Vicente Botella Cubells (Profesores de la Facultad de teología de Valencia)

- **Miércoles, 21 de octubre:** La vida del sacerdote a la luz de la «Regla Pastoral» de san Gregorio Magno, Saturnino López Santidrián, (Profesor de la Facultad de Teología de Burgos)

· **Asignaturas del ciclo de licenciatura (Todos los martes de 10.00 a 13.00)**

- **Primer cuatrimestre** (de noviembre a enero) Psicología y vida

espiritual, Espiritualidad y pastoral de la misericordia.

- **Segundo cuatrimestre** (de febrero a mayo): Antropología teológica y espiritualidad, Espiritualidad Patrística.

· **Cursos de formación espiritual. (Tardes a determinar. Abierto a todos)**

- Noviembre- Diciembre: Teología y espiritualidad de la misericordia según el Plan Diocesano de Pastoral

- Febrero- marzo: Teología y espiritualidad de la vida cristiana

· **Oferta de conferencias para parroquias, arciprestazgos y vicarías, delegaciones.**

Quien esté interesado la Cátedra de Espiritualidad San Juan de Ávila, dispondrá de profesores para impartir, donde lo soliciten, conferencias o charlas en torno a estos temas:

- Reflexiones bíblicas sobre la Misericordia.

- Los sacramentos: Medicina de Misericordia.

- La Iglesia, Sacramento de la misericordia.

- Testimonios de misericordia:

· El Testimonio de María.

· El Testimonio de los santos.

· El Testimonio de la Iglesia.

· **Celebraciones comunitarias de la penitencia y Unción de Enfermos por arciprestazgos.**

Cada arciprestazgo o núcleo pastoral (Ciudad, pueblos, parroquias) podrá organizar celebraciones penitenciales comunitarias y la Unción de Enfermos en torno a los tiempos litúrgicos de Adviento y Cuaresma.

5 Encuentros diocesanos

- **28, noviembre**, sábado Encuentro Diocesano de Niños con el Obispo.

- **30 de enero**, sábado VIII Encuentro Interdiocesano de Cofradías y Hermandades en Elda.

- **6 de marzo**, domingo IV de Cuaresma. Jornada Diocesana de Catequistas.

- **2 de abril**, sábado Encuentro Diocesano de Jóvenes con el Obispo
La Peregrinación del Hijo Pródigo
- 1º. ¿Cómo estamos?: Análisis de la realidad. Salida
- 2º. Reflexión. Examen de conciencia
- 3º. Sacramento de la reconciliación
- 4º. Eucaristía
- 5º. Compromiso: signo de misericordia: Fin de la peregrinación

Se organizará una peregrinación con jóvenes de la diócesis haciendo un recorrido temático en torno a la parábola del hijo pródigo, que concluirá con el encuentro del Sr. Obispo con los jóvenes.

- **17 de abril**, domingo, Encuentro familias sacerdotes, misioneros, religiosos.

- **23 de abril**, sábado Congreso Diocesano sobre la Familia

- **24 de abril**, domingo V de Pascua. Encuentro Diocesano de Familias con el Obispo.

- **15 de mayo**, domingo, Encuentro de Oración y Convivencia de la Vida Consagrada Activa

- **25 de mayo**, miércoles VIII Encuentro de Vida Contemplativa

- **28 de mayo**, sábado, Encuentro Educadores Cristianos.

6. Ciclo de cine

La comisión Fe y Cultura, organiza un ciclo de cine sobre las Obras de Misericordia

7. 1 de diciembre en Alicante: Via Crucis por los cristianos perseguidos

8. 24 H con el Señor por parroquias o arciprestazgos

- 4 y 5 de marzo, viernes y sábado.



4 · Calendario oficial de la Santa Sede

Diciembre 2015

Martes 8 de diciembre de 2015

Solemnidad de la Inmaculada Concepción

Santa Misa de apertura de la Puerta Santa de la Basílica de San Pedro.

Domingo 13 de diciembre de 2015

III domingo de Adviento

Apertura de la Puerta Santa de las Basílicas de San Juan de Letrán, de San Pablo Extramuros y de las Catedrales del mundo.

Enero 2016

Viernes 1 de enero de 2016

Solemnidad de María Santísima, Madre de Dios

Jornada mundial por la paz.

Apertura de la Puerta Santa de la Basílica de Santa María la Mayor.

Martes 19 – jueves 21 de enero de 2016

Jubileo de cuantos organizan las peregrinaciones y sirven en los santuarios.

Lunes 25 de enero de 2016

Fiesta de la Conversión de San Pablo

Celebración ecuménica en la Basílica de San Pablo Extramuros.

**Signo «jubilar» del Santo Padre:
testimonio de las obras de misericordia**

Febrero 2016

Martes 2 de febrero de 2016

Fiesta de la Presentación del Señor y Jornada de la Vida Consagrada

Jubileo de la Vida Consagrada y Clausura del Año de la Vida Consagrada

Miércoles 10 de febrero de 2016

Miércoles de Ceniza

Envío de los Misioneros de la Misericordia en la Basílica de San Pedro.

Lunes 22 de febrero de 2016

Cátedra de San Pedro

Jubileo de la Curia Romana, del Governatorato y de las Instituciones que dependen de la Santa Sede.

**Signo «jubilar» del Santo Padre:
testimonio de las obras de misericordia**

Marzo 2016

Viernes 4 y sábado 5 de marzo de 2016

«24 horas para el Señor» con la celebración penitencial en San Pedro la tarde del viernes 4 de marzo.

Domingo 20 de marzo de 2016

Domingo de Ramos

En Roma, Jornada diocesana de los jóvenes

**Signo «jubilar» del Santo Padre:
testimonio de las obras de misericordia**

Abril 2016

Domingo 3 de abril de 2016

Domingo de la Divina Misericordia

Jubileo para los devotos de la espiritualidad de la Divina Misericordia.

Domingo 24 de abril de 2016

V Domingo de Pascua

Jubileo de los adolescentes (13 – 16 años)

Profesar la fe y construir una cultura de la misericordia.

**Signo «jubilar» del Santo Padre:
testimonio de las obras de misericordia**

Mayo 2016

Jueves 5 de mayo de 2016

Solemnidad de la Ascensión del Señor

Vigilia para todos los que tienen necesidad de consolación.

Viernes 27 - domingo 29 de mayo de 2016

Corpus Domini en Italia

Jubileo de los diáconos

Junio 2016

Viernes 3 de junio de 2016

Solemnidad del Sagrado Corazón de Jesús

Jubileo de los sacerdotes.

160 años de la introducción de la fiesta, hecha por Pío IX en 1856.

Domingo 12 de junio de 2016

XI Domingo del Tiempo Ordinario

Jubileo de los enfermos y de las personas con diversidad funcional.

**Signo «jubilar» del Santo Padre:
testimonio de las obras de misericordia**

Julio 2016

Martes 26 - domingo 31 de julio de 2016

Hasta el XVIII Domingo del Tiempo Ordinario

Jubileo de los jóvenes

Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia.

Septiembre 2016

Domingo 4 de septiembre de 2016

XXIII Domingo del Tiempo Ordinario

Memoria de la Beata Teresa de Calcuta - 5 de septiembre

Jubileo de los voluntarios y operarios de la misericordia

Domingo 25 de septiembre de 2016

XXVI Domingo del Tiempo Ordinario

Jubileo de los catequistas

Octubre 2016

Sábado 8 y domingo 9 de octubre de 2016

Sábado y domingo después de la fiesta de la Santísima Virgen María, Nuestra Señora del Rosario

Jubileo mariano

Noviembre 2016

Martes 1 de noviembre de 2016

Solemnidad de Todos los Santos

Santa Misa del Santo Padre.

Domingo 6 de noviembre de 2016

XXXII Domingo del Tiempo Ordinario

Jubileo de los reclusos en San Pedro.

Domingo 13 de noviembre de 2016

XXXIII Domingo del Tiempo Ordinario

Clausura de la Puerta Santa en las Basílicas de Roma y en las Diócesis.

Domingo 20 de noviembre de 2016

Solemnidad de Nuestro Señor Jesucristo, Rey del Universo

Clausura de la Puerta Santa en San Pedro y conclusión del Jubileo de la Misericordia.



Material complementario

1. Carta del papa Francisco
con las disposiciones sobre
el Jubileo de la Misericor-
dia

2. Presentación Bula
«Misericordiae Vultus»
del papa Francisco, por D.
Domingo García Guillén

3. Conclusiones del
Congreso de Laicos
(Noviembre de 2010)



Carta del papa Francisco con las disposiciones sobre el Jubileo de la Misericordia

Al venerado hermano Monseñor **Rino Fisichella** Presidente del Consejo pontificio para la promoción de la nueva evangelización

La cercanía del Jubileo extraordinario de la Misericordia me permite centrar la atención en algunos puntos sobre los que considero importante intervenir para facilitar que la celebración del Año Santo sea un auténtico momento de encuentro con la misericordia de Dios para todos los creyentes. Es mi deseo, en efecto, que el Jubileo sea experiencia viva de la cercanía del Padre, como si se quisiese tocar con la mano su ternura, para que se fortalezca la fe de cada creyente y, así, el testimonio sea cada vez más eficaz.

Mi pensamiento se dirige, en primer lugar, a todos los fieles que en cada diócesis, o como peregrinos en Roma, vivirán la gracia del Jubileo. Deseo que la indulgencia jubilar llegue a cada uno como genuina experiencia de la misericordia de Dios, la cual va al encuentro de todos con el rostro del Padre que acoge y perdona, olvidando completamente el pecado cometido. Para vivir y obtener la indulgencia los fieles están llamados a realizar una breve peregrinación hacia la Puerta Santa, abierta en cada catedral o en las iglesias establecidas por el obispo diocesano y en las cuatro basílicas papales en Roma, como signo del deseo profundo de auténtica conversión. Igualmente dispongo que se pueda ganar la indulgencia en los santuarios donde se abra la Puerta de la Misericordia y en las iglesias que tradicionalmente se identifican como Jubilares. Es importante que este momento esté unido, ante todo,

al Sacramento de la Reconciliación y a la celebración de la santa Eucaristía con un reflexión sobre la misericordia. Será necesario acompañar estas celebraciones con la profesión de fe y con la oración por mí y por las intenciones que llevo en el corazón para el bien de la Iglesia y de todo el mundo.

Pienso, además, en quienes por diversos motivos se verán imposibilitados de llegar a la Puerta Santa, en primer lugar los enfermos y las personas ancianas y solas, a menudo en condiciones de no poder salir de casa. Para ellos será de gran ayuda vivir la enfermedad y el sufrimiento como experiencia de cercanía al Señor que en el misterio de su pasión, muerte y resurrección indica la vía maestra para dar sentido al dolor y a la soledad. Vivir con fe y gozosa esperanza este momento de prueba, recibiendo la comunión o participando en la santa misa y en la oración comunitaria, también a través de los diversos medios de comunicación, será para ellos el modo de obtener la indulgencia jubilar. Mi pensamiento se dirige también a los presos, que experimentan la limitación de su libertad. El Jubileo siempre ha sido la ocasión de una gran amnistía, destinada a hacer partícipes a muchas personas que, incluso mereciendo una pena, sin embargo han tomado conciencia de la injusticia cometida y desean sinceramente integrarse de nuevo en la sociedad dando su contribución honesta. Que a todos ellos llegue realmente la misericordia del Padre que quiere estar cerca de quien más necesita de su perdón. En las capillas de las cárceles podrán ganar la indulgencia, y cada vez que atraviesen la puerta de su celda, dirigiendo su pensamiento y la oración al Padre, pueda este gesto ser para ellos el paso de la Puerta Santa, porque la misericordia de Dios, capaz de convertir los corazones, es también capaz de convertir las rejas en experiencia de libertad.

He pedido que la Iglesia redescubra en este tiempo jubilar la riqueza contenida en las obras de misericordia corporales y espirituales. La experiencia de la misericordia, en efecto, se hace visible en el testimonio de signos concretos como Jesús mismo nos enseñó. Cada vez que un fiel viva personalmente una o más de estas obras obtendrá ciertamente la indulgencia jubilar. De aquí el compromiso a vivir de la misericordia para obtener la gracia del perdón completo y total por el poder del amor del Padre que no excluye a nadie. Será, por lo tanto, una indulgencia jubilar plena, fruto del acontecimiento mismo que se celebra y se vive con fe, esperanza y caridad.

La indulgencia jubilar, por último, se puede ganar también para los difuntos. A ellos estamos unidos por el testimonio de fe y caridad que nos dejaron. De igual modo que los recordamos en la celebración eucarística, también podemos, en el gran misterio de la comunión de los santos, rezar por ellos para que el rostro misericordioso del Padre los libere de todo residuo de culpa y pueda abrazarlos en la bienaventuranza que no tiene fin.

Uno de los graves problemas de nuestro tiempo es, ciertamente, la modificación de la relación con la vida. Una mentalidad muy generalizada que ya ha provocado una pérdida de la debida sensibilidad personal y social hacia la acogida de una nueva vida. Algunos viven el drama del aborto con una consciencia superficial, casi sin darse cuenta del gravísimo mal que comporta un acto de ese tipo. Muchos otros, en cambio, incluso viviendo ese momento como una derrota, consideran no tener otro camino por donde ir. Pienso, de forma especial, en todas las mujeres que han recurrido al aborto. Conozco bien los condicionamientos que las condujeron a esa decisión. Sé que es un drama existencial y moral. He encontrado a muchas mujeres que llevaban en su corazón una cicatriz por esa elección sufrida y dolorosa. Lo sucedido es profundamente injusto; sin embargo, sólo el hecho de comprenderlo en su verdad puede consentir no perder la esperanza. El perdón de Dios no se puede negar a todo el que se haya arrepentido, sobre todo cuando con corazón sincero se acerca al Sacramento de la Confesión para obtener la reconciliación con el Padre. También por este motivo he decidido conceder a todos los sacerdotes para el Año jubilar, no obstante cualquier cuestión contraria, la facultad de absolver del pecado del aborto a quienes lo han practicado y arrepentidos de corazón piden por ello perdón. Los sacerdotes se deben preparar para esta gran tarea sabiendo conjugar palabras de genuina acogida con una reflexión que ayude a comprender el pecado cometido, e indicar un itinerario de conversión verdadera para llegar a acoger el auténtico y generoso perdón del Padre que todo lo renueva con su presencia.

Una última consideración se dirige a los fieles que por diversos motivos frecuentan las iglesias donde celebran los sacerdotes de la Fraternidad de San Pío X. Este Año jubilar de la Misericordia no excluye a nadie. Desde diversos lugares, algunos hermanos obispos me han hablado de su buena fe y práctica sacramental, unida, sin embargo, a la dificultad de vivir una condición pastoralmente difícil. Confío que

en el futuro próximo se puedan encontrar soluciones para recuperar la plena comunión con los sacerdotes y los superiores de la Fraternidad. Al mismo tiempo, movido por la exigencia de corresponder al bien de estos fieles, por una disposición mía establezco que quienes durante el Año Santo de la Misericordia se acerquen a los sacerdotes de la Fraternidad San Pío X para celebrar el Sacramento de la Reconciliación, recibirán válida y lícitamente la absolución de sus pecados.

Confiando en la intercesión de la Madre de la Misericordia, encomiendo a su protección la preparación de este Jubileo extraordinario.

Vaticano, 1 de septiembre de 2015

El Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización – el organismo al que el Papa Francisco ha confiado la organización del próximo Jubileo de la Misericordia – se complace en remitir la carta dirigida por el Santo Padre a Mons. Rino Fisichella con fecha 1 de septiembre de 2015. El texto recuerda, ante todo, que la celebración del Año Santo será «para todos los creyentes un auténtico momento de encuentro con la misericordia de Dios». Además, pone de relieve la gracia especial de la Indulgencia del Jubileo, que los fieles de todas las condiciones, en Roma y en las diócesis particulares, podrán beneficiarse con la debida preparación espiritual.

Para leer la carta haga clic aquí: <http://www.im.va/content/gdm/es/giubileo/lettera.html>

Confiado en su colaboración para difundir la enseñanza del Papa Francisco durante el próximo Jubileo, aprovechamos esta ocasión para enviarle nuestros saludos y los mejores deseos para un Año Santo lleno de gracia y misericordia.

Secretaría Organizativa del Jubileo de la Misericordia
Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva
Evangelización
info@im.va
www.im.va



Presentación Bula

«Misericordiae Vultus» del papa Francisco

El Rostro de la Misericordia

Domingo García Guillén
*Encuentro Diocesano de Pastoral
Alicante, 13 de junio de 2015*

Concluimos hoy el curso de discernimiento 2014-2015. Contemplamos con agradecimiento todo aquello que el Señor ha hecho en cada nosotros, en este año en que le hemos preguntado: ¿qué quieres de mí, de mi comunidad, de nuestra Iglesia diocesana? Hemos reflexionado con los materiales facilitados por la diócesis⁶¹, que nos han ayudado a concretar nuestras intuiciones y formular propuestas a nuestro obispo don Jesús. Los cuestionarios que hemos enviado tratan de reflejar tantos ratos de oración, tanto entusiasmo vivido en las reuniones... Y ahora nos toca cosechar los frutos. Como Iglesia diocesana, preparamos un nuevo plan de Pastoral, que continúa un camino que tiene una larga trayectoria en nuestra diócesis⁶².

En este momento tan significativo de nuestra historia diocesana, queremos sentir con toda la Iglesia universal acogiendo la propuesta del papa Francisco: «*He anunciado un Jubileo Extraordinario de la Misericordia como tiempo propicio para la Iglesia, para que haga más fuerte y eficaz el testimonio de los creyentes*» (MV 3). Para explicar su anuncio, el papa ha escrito un documento breve, una Bula. Se llama *Misericordiae Vultus*, el Rostro de la Misericordia.

Las páginas que siguen pretenden acompañar la lectura de la Bula. Acompañarla, pero en absoluto sustituirla. El papa habla claro y conviene leerlo personalmente y con calma, acogiendo aquello que me resulte más significativo y relejendo aquello que no comprendo.

61 Cf. DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE, «Salgamos, anunciemos la alegría del evangelio». Discernir en la Iglesia para evangelizar el Mundo. Curso 2014-2015 (Material de Uso interno), Alicante 2014.

62 Una excelente panorámica de los últimos siete años de vida pastoral diocesana puede leerse en L. ARNÁIZ, «La transformación misionera de la Iglesia diocesana. Memoria y perspectivas», en: DIÓCESIS DE ORIHUELA-ALICANTE, «Salgamos, anunciemos la alegría del evangelio», 125-141.

Comenzaré recordando que Jesucristo es ese «rostro de la misericordia» al que alude el título de la bula (1). A continuación, me fijaré en la Iglesia como «casa de misericordia», sostenida por el amor misericordioso de Dios Padre que se ha manifestado en Jesucristo y se derrama sobre nosotros por el Espíritu (2). Puesto que la Misericordia se vive en un espacio temporal determinado (el año jubilar), mostraré cuáles son los «tiempos» en que viviremos el Jubileo (3). A fin de experimentar con más fuerza la Misericordia, tendremos ante los ojos a algunos «iconos» del amor de Dios (4), y veremos cómo algunos son invitados a irradiar y experimentar de modo especial esa misericordia (5 y 6). Por último, presentaré los medios o «camino» de la Misericordia jubilar (7).

Jesucristo: el Rostro de la Misericordia

Las primeras palabras de la Bula del papa Francisco no dejan lugar a dudas sobre quién es el «Rostro de la Misericordia» al que se refiere el título: «*Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre*» (MV 1). Hablando así, Francisco se sitúa en la estela de los papas anteriores, que habían insistido muchas veces en la necesidad de contemplar el Rostro de Cristo.

Al inicio del Tercer Milenio, san Juan Pablo II hacía memoria agradecida del Gran Jubileo del año 2000, preguntándose si dejaría algún fruto una vez concluidas las celebraciones. El santo papa respondía convencido que la herencia del Jubileo sería «*la contemplación del rostro de Cristo*» (NMI 15). Por eso, proponía a la Iglesia del Tercer Milenio que siguiera contemplando el Rostro del Señor⁶³.

Benedicto XVI ha hablado muy a menudo del Rostro de Cristo⁶⁴. En su carta encíclica sobre la caridad señalaba que «*la verdadera originalidad del Nuevo Testamento no consiste en nuevas ideas, sino en la figura misma de Cristo, que da carne y sangre a los conceptos*» (DCE 12). Esta carta comenzaba señalando que aquello que nos hace cristianos no es una idea o un concepto, sino el encuentro con una Persona que nos cambia la vida (cf. DCE 1). De ahí que Benedicto XVI insistiera tantas veces en que el Dios cristiano «*tiene un rostro humano*» y «*nos ha mostrado su rostro en Cristo*» (SpS 31 y 4).

63 Cf. NMI 16-28 (Capítulo 2: «Un rostro para contemplar»). Cf. F. CONESA, «Contemplando el Santo Rostro con Juan Pablo II», *Facies Domini* 1 (2009), 91-110.

64 Me he ocupado anteriormente de este tema, cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «El Rostro de la Esperanza. Lectura cristológica de *Spe Salvì*», *Scriptorium Victoriense* 58 (2011), 151-221.

El Rostro indica la Persona

Los cristianos creemos que el Verbo de Dios se ha hecho carne (cf. *Jn* 1,14). El Dios eterno, que no tiene tiempo ni cuerpo, ha enviado a su Hijo para que sea uno de nosotros, para que viva nuestra vida y nos salve desde dentro. Dios tiene un rostro humano, como dice Benedicto XVI⁶⁵.

Algunos hombres y mujeres no comparten nuestra fe cristiana. Francisco ha expresado muchas veces su respeto hacia ellos y toma muy en serio a quienes buscan a Dios con sinceridad, invitando a los cristianos a acompañar esas búsquedas, evitando forzar los límites y los ritmos de quienes están todavía en camino. A esos buscadores los caracteriza con estas palabras tan bellas: «*buscan a Dios secretamente, movidos por la nostalgia de su rostro*» (EG 14). El rostro nos recuerda que no sirve cualquier forma de hablar de Dios. No basta con hablar de Él como una «energía» o una «fuerza» impersonal. En su exhortación *Evangelii Gaudium*, Francisco alaba las distintas formas de religiosidad popular, precisamente porque ponen un rostro en el centro de la vida del hombre. «*Las formas de religiosidad popular [...] incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros*» (EG 90).

Hablar del «rostro» es hablar de la persona, de la posibilidad del encuentro personal con alguien y no con algo. Por eso, decir «rostro de la misericordia» supone que podemos mirar a los ojos de esa misericordia. «*Misericordia*» – dice Francisco – «*es la ley fundamental que habita en el corazón de cada persona cuando mira con ojos sinceros al hermano que encuentra en el camino de la vida*» (MV 2).

«Jesús de Nazaret... revela la misericordia de Dios»

El rostro es expresión de toda la persona. A fin de explicar qué significa que Jesucristo es el Rostro de la Misericordia, podemos condensar las afirmaciones del papa Francisco en una frase que iremos explicando poco a poco: *Jesús es el amor misericordioso de Dios hecho carne, que revela un Amor más grande; un amor inagotable, que convierte el mundo en un hogar de misericordia.*

a) **Jesús es el amor misericordioso de Dios hecho carne.** Francisco recuerda que san Juan define a Dios como «amor» (*1Jn* 4,8.16), para in-

65 Lo que digo a continuación resume un escrito anterior, cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «Una Iglesia en salida. A propósito de *Evangelii Gaudium*», *Facies Domini* 6 (2014), 53-94.

sistir en que este amor «*se ha hecho ahora visible y tangible en toda la vida de Jesús. Su persona no es otra cosa sino amor*». Toda la vida de Jesús se puede leer desde la clave de la misericordia: sus gestos y signos «*hacia las personas pobres, excluidas, enfermas y sufrientes*», sus milagros y sus parábolas, su pasión, muerte y resurrección. «*En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falto de compasión*» (MV 8).

b) **Revela un Amor más grande.** La vida de Jesús apunta más allá de Él mismo. «Volver a Jesús» es un buen programa de seguimiento siempre que nuestra mirada vaya en la misma dirección en que Él miró, Aquel a quien san Pablo llamaba «*el Padre de nuestro Señor Jesucristo*» (Ef 1,3). La bula del Jubileo de la Misericordia empieza precisamente: «*Jesucristo es el rostro de la misericordia del Padre [...] Quien lo ve a Él ve al Padre* (cfr Jn 14,9). *Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona revela la misericordia de Dios*» (MV 1). De ahí que al hablar de la misericordia de Dios manifestada en Jesucristo tengamos que buscar las raíces en las páginas del Antiguo Testamento, que presenta a Dios con el binomio «*paciente y misericordioso*» (MV 6) y contempla toda la historia de la salvación como historia de la misericordia de Dios. Todo sucede «*porque es eterna su misericordia*» (Sal 136 en MV 7).

c) **Un amor inagotable.** Dios se nos ha revelado tal y como Él es, como eterno intercambio de amor entre el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Ese amor eterno se ha manifestado en la historia como amor misericordioso, amor que perdona, acoge y sostiene: con acierto señala Francisco que en la Biblia, «*la misericordia... es la palabra clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros*» (MV 9). Ese amor manifestado en la historia tiene su fuente en la eterna comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Por eso, Dios no se cansa de perdonar. Su misericordia es inagotable. «*Desde el corazón de la Trinidad, desde la intimidad más profunda del misterio de Dios, brota y corre sin parar el gran río de la misericordia. Esta fuente nunca podrá agotarse, sin importar cuántos sean los que a ella se acerquen*» (MV 25).

d) **Convierte el mundo en un hogar de misericordia.** El texto anterior presenta la misericordia como un río que fluye desde la fuente inagotable del amor del Padre y el Hijo y el Espíritu Santo. Este río está llamado a bañar e inundar cada corazón, cada familia, cada sociedad...

Francisco nos recuerda que la misma Trinidad de la que brota el amor, realiza este amor en nosotros: el Espíritu Santo actualiza en nosotros la obra de Jesucristo, que consiste hacer de cada hombre y mujer un «hijo de Dios», y de toda la humanidad el «pueblo de Dios»⁶⁶.

La Iglesia: casa de la Misericordia

Al hablar del «pueblo de Dios», Francisco nos recuerda que no basta con practicar la misericordia individualmente. La comunidad de los discípulos de Jesús, que se llama «la Iglesia», también está llamada a vivir y ofrecer misericordia. A ser la «casa de la Misericordia».

«La misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia»

La expresión «casa de la misericordia» no aparece como tal en la bula *Misericordiae Vultus*. Pero sí encontramos una frase que es muy similar: «*la misericordia es la viga maestra que sostiene la vida de la Iglesia*» (MV 10). Las vigas sostienen el tejado de una casa, y la viga maestra soporta las demás vigas. Si faltara la viga maestra, el techo se derrumbaría y quedaríamos a la intemperie, expuestos a la lluvia, el frío y la radiación solar. De modo similar, si faltara misericordia en la Iglesia, ésta dejaría de dar cobijo a quienes se sienten heridos por la vida. Conviene recordar que, para el actual papa, una de las tareas más urgentes que ha de asumir la Iglesia es ser como un «hospital de campaña» que cure a los heridos por las batallas cotidianas.

Francisco continúa diciendo que todo en la acción de la Iglesia «*debería estar revestido por la ternura con la que se dirige a los creyentes; nada en su anuncio y en su testimonio hacia el mundo puede carecer de misericordia*» (MV 10). Este texto recuerda mucho al que hemos leído unas líneas más arriba, aplicadas a la vida y la persona de Jesucristo. «*En Él todo habla de misericordia. Nada en Él es falta de compasión*» (MV 8). Si la Iglesia ha de reflejar a Jesús como la luna refleja la luz del sol, queda claro que cada palabra, gesto e institución de la Iglesia tiene que irradiar la misericordia que viene de Jesús, la misericordia que viene de Dios Padre. La comunidad cristiana sólo puede ser creíble mientras sea Casa de la Misericordia. «*Es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que viva y testimonie en primera persona la misericordia [...] Donde*

⁶⁶ «*El Espíritu Santo que conduce los pasos de los creyentes para que cooperen en la obra de salvación realizada por Cristo, sea guía y apoyo del Pueblo de Dios para ayudarlo a contemplar el rostro de la misericordia*» (MV 4).

la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre» (MV 12). Y para que nadie piense que el nombre de «Iglesia» no le incluye a él o ella, el papa concreta aún más: «en nuestras parroquias, en las comunidades, en las asociaciones y movimientos, en fin, dondequiera que haya cristianos, cualquiera debería poder encontrar un oasis de misericordia» (MV 12).

Conversión a la Misericordia

Francisco reconoce que no siempre ha sucedido así. Con la humildad de quien se siente responsable de toda la comunidad cristiana, apunta que «tal vez por mucho tiempo nos hemos olvidado de indicar y de andar por la vía de la misericordia» (MV 10). La convocatoria del Jubileo es una llamada a la conversión de toda la Iglesia.

Esta llamada a la conversión eclesial a la misericordia tiene un referente inmediato en el Concilio Vaticano II. San Juan XXIII manifestó en el discurso de inauguración del Concilio que la Iglesia prefiere usar la «medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad»⁶⁷. En la clausura, Pablo VI señaló que «la antigua historia del samaritano ha sido la pauta de la espiritualidad del Concilio»⁶⁸. Mirando el evento conciliar cincuenta años después de su clausura (1965-2015), podemos decir sin miedo que tuvo mucho de purificación eclesial. La Iglesia derrumbó las murallas que la habían recluso «en una ciudadela privilegiada»⁶⁹, a fin de que brillara con más intensidad su condición de «ser en el mundo un signo del amor del Padre» (MV 4).

El recuerdo del Concilio alienta a Francisco a reiterar la llamada a la conversión: «ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón» (MV 10). Si en el Concilio Vaticano II la Iglesia inició «un nuevo periodo de su historia [...] una nueva etapa en la evangelización de siempre» (MV 4), cabe desear que los efectos de este Jubileo duren muchos años: « ¡Cómo deseo que los años por venir estén im-

67 JUAN XXIII, Discurso *Gaudet Mater Ecclesia* 2-3, citado en MV 4. Este discurso refleja el proyecto del papa Juan para el Concilio Vaticano II, y su huella es perceptible en los documentos conciliares. Puede leerse el fino análisis de V. BOTELLA CUBELLS, *El Vaticano II ante el reto del tercer milenio. Hermenéutica y teología*, San Esteban-Edibesa, Salamanca-Madrid 1999.

68 PABLO VI, *Alocución en la última sesión pública del Concilio*, citada en MV 4.

69 La imagen de «derribar las murallas» delata la finura teológica del papa Francisco. Se inspira en el libro de Hans Urs von Balthasar «Schleifung der Bastionen» (*Abatir los bastiones*) (1952), donde el que el autor suizo expresaba su deseo de renovación eclesial con una metáfora tomada del urbanismo: derribar las murallas o bastiones que ocultan el centro histórico de las ciudades. Probablemente, Balthasar recordaba las obras acometidas en Viena durante sus años de estudiante, que cambiaron para siempre la fisonomía de la capital austriaca.

pregnados de misericordia para poder ir al encuentro de cada persona llevando la bondad y la ternura de Dios!» (MV 5).

El Tiempo de la Misericordia

El año de la misericordia ha de tener, por tanto, un significado especial en la historia de la Iglesia. Debe constituir un nuevo punto de partida, un nuevo estilo de vivir y relacionarnos en la Iglesia. Como el Concilio Vaticano II y como el Gran Jubileo del año 2000, el año de la Misericordia ha de marcar un antes y un después en la vida de la Iglesia católica. Ha llegado el tiempo de la misericordia.

El papa Francisco ha reflexionado mucho sobre la importancia del tiempo en la vida de la Iglesia. En la exhortación *Evangelii Gaudium*, que ofreció a la Iglesia como programa de su pontificado, Francisco recuerda la tensión que muchas veces experimentamos entre aquello que tenemos que alcanzar, y lo que vamos consiguiendo en cada instante. Por eso, nos propone un principio general para afrontar el camino histórico de la Iglesia: «el tiempo es superior al espacio»⁷⁰. Aplicado a la evangelización esto significa que hay que «*tener presente el horizonte, asumir los procesos posibles y el camino largo*» (EG 225).

El horizonte evangelizador del papa Francisco es que la Iglesia se convierta a la misericordia. La Iglesia tiene por delante un largo camino que no se detiene: para ella, siempre es tiempo de misericordia. El papa lo declara claramente al comenzar su exposición: «*siempre tenemos necesidad de contemplar el misterio de la misericordia*» (MV 2) y poco más adelante mostrará que la misericordia ha estado presente a lo largo de toda la historia de salvación: «*la misericordia hace de la historia de Dios con su pueblo una historia de salvación*» (MV 7). Para el creyente de hoy, que mira su propia vida con ojos de fe, también es posible reconocer la mano de Dios en su historia. También nosotros podemos confesar con la vida que es «*eterna su misericordia*» (Sal 136).

Pero dentro de este camino de misericordia, que hunde sus raíces en el misterio eterno de la misericordia de Dios y se proyecta en retorno a ese mismo abismo de amor, existen etapas que podemos considerar especiales. San Pablo habla de estos momentos especiales con una palabra específica: «*kairoi*», que podemos traducir como «*momentos propicios*» o «*momentos de salvación*»⁷¹. Francisco habla de estos «*kai-*

70 Cf. EG 222-225.

71 Cf. J. BAUMGARTEN, «*kairós*» en: H. BALZ – G. SCHNEIDER (ed.), *Diccionario exegetico del Nuevo Testamento I*, Sígueme, Salamanca 2005³, 2139-2148.

roi», señalando que «*hay momentos en los que de un modo mucho más intenso estamos llamados a tener la mirada fija en la misericordia para poder ser también nosotros mismos signo eficaz del obrar del Padre*» (MV 3). Este es el lugar del Jubileo en la vida de la Iglesia: ser un «*tiempo extraordinario de gracia*» (MV 5), un «*tiempo propicio para la Iglesia*» (MV 3)

El Jubileo como «*tiempo propicio*» necesita también sus tiempos, **los tiempos de la misericordia**. La Bula de convocatoria del Jubileo tiene mucho de programación pastoral y también ofrece las fechas en las que el año Jubilar se irá realizando. Todo comenzará en la Basílica vaticana de San Pedro el ocho de diciembre de este año 2015. Hay dos razones que explican que el Jubileo se inicie en esta fecha tan señalada: la primera es que se celebra la solemnidad de la Inmaculada Concepción. La fiesta nos recuerda, cada año, cuál es el estilo, el modo de obrar que Dios ha mostrado en la historia de la salvación: ante el pecado de Adán y Eva, Dios envía a Aquella que no tiene pecado para que sea la Madre del Redentor. En palabras del papa: «*ante la gravedad del pecado, Dios responde con la plenitud del perdón*» (MV 3). Hay una segunda razón, que convierte la celebración de la Inmaculada del año 2015 en una ocasión única para celebrar la misericordia: aquel día se cumplirán cincuenta años de la clausura del Concilio Vaticano II, en que la Iglesia renovó su compromiso de testimoniar la misericordia de Dios con los hombres y mujeres de nuestro tiempo⁷².

En el resto de Iglesias y Basílicas, la Puerta Santa se abrirá el domingo siguiente: 13 de diciembre 2015 (Domingo III Adviento). Francisco insiste en la necesidad de que en cada Iglesia particular exista al menos una puerta santa como signo evidente del Jubileo de la Misericordia⁷³.

La Cuaresma del año Jubilar se marca como un momento cumbre de Misericordia. Parece que en el pensamiento de Francisco este tiempo litúrgico es como el corazón y la quintaesencia del tiempo jubilar: «*¡Cuántas páginas de la Sagrada Escritura pueden ser meditadas en las semanas de Cuaresma para redescubrir el rostro misericordioso del Padre!*» (MV 17). Una vez más propone que el viernes y el sábado de la tercera semana de Cuaresma se celebre la iniciativa «*24 Horas para el Señor*».

El año de la Misericordia concluirá con la festividad de Cristo Rey del año 2016 (20 de noviembre). Será un día de acción de gracias por el jubileo: reconociendo el Señorío de Cristo sobre la humanidad y el cosmos, pondremos nuestra confianza en que «se difunda su misericordia

72 Cf. MV 4.

73 Cf. MV 3.

como el rocío de la mañana para una fecunda historia, todavía por construir con el compromiso de todos en el futuro próximo» (MV 5).

Iconos de la Misericordia

A fin de ayudarnos a vivir con más intensidad el año de la Misericordia, el papa Francisco nos proporciona el ejemplo de la vida de algunos santos. Son ejemplo porque han experimentado la misericordia de Dios, encarnándola en sus propias vidas, dando testimonio de misericordia en contextos difíciles. Al mirar a estos santos, podemos creer que la misericordia no es sólo un bonito ideal o una utopía deseable. Ellos son una «prueba» y garantía de la posibilidad de vivir la misericordia aquí y ahora⁷⁴. Además de animarnos con su testimonio, los santos interceden por nosotros para que seamos capaces de vivir en misericordia.

María, Madre de Misericordia

Las últimas páginas de *Misericordiae Vultus* se dedican a la Madre del Señor⁷⁵. María acompaña la vida de cada cristiano. Su presencia maternal se deja sentir en «la dulzura de su mirada», en esos «ojos misericordiosos» de los que habla la *Salve Regina*. Ella ha vivido el amor misericordioso de Dios como nadie: «toda su vida estuvo plasmada por la misericordia hecha carne». Cada instante de la vida de María está empapado de la divina misericordia. En particular, Francisco destaca tres misterios de la vida de María: el *primero*, que fue elegida para ser «Arca de la Alianza entre Dios y los hombres»; *segundo*, su visita a Isabel, cuando María canta a la misericordia que se extiende «de generación en generación»; y *tercero*, el misterio de la Cruz. Al pie del madero, María acompaña al discípulo amado y con él se convierte en «testigo de las palabras de perdón que salen de la boca de Jesús». En este momento supremo, en que el Hijo de Dios perdona a quienes lo han crucificado, «María atestigua que la misericordia del Hijo de Dios no conoce límites y alcanza a todos sin excluir a ninguno».

María estará muy presente durante el año de la Misericordia. Francisco nos recuerda que, cuando María cantaba en el *Magnificat* que la

74 Aplico aquí a la misericordia lo que Benedicto XVI afirmó sobre la esperanza: «para nosotros, que contemplamos estas figuras, su vida y su comportamiento son de hecho una “prueba” de que las realidades futuras, la promesa de Cristo, no es solamente una realidad esperada sino una verdadera presencia» (SpS 8).

75 Cf. MV 24.

misericordia de Dios se extiende «*de generación en generación*», todos estábamos incluidos en aquellas palabras proféticas. La Madre invita a los hijos a experimentar misericordia.

Santa Faustina Kowalska

Junto a María, el papa nos invita a recordar a otros santos y beatos «*que hicieron de la misericordia su misión de vida*» (MV 24). La expresión «misión de vida» hace pensar, una vez más, en las profundas lecturas teológicas de Francisco. El gran teólogo suizo Hans urs von Balthasar señalaba que algunos santos han recibido de Dios una «misión» concreta. La vida de estos santos ha recordado al pueblo cristiano un aspecto de la revelación que había quedado olvidado o silenciado a lo largo de la historia. Sus vidas tienen una «misión»⁷⁶.

Entre los santos «*que hicieron de la misericordia su misión de vida*», Francisco cita un nombre propio: santa Faustina Kowalska. Se refiere a ella como «*la gran apóstol de la misericordia... que fue llamada a entrar en las profundidades de la divina misericordia*» (MV 24).

San Juan Pablo II

Si los católicos de todo el mundo conocen la figura y la «misión» de santa Faustina, sin duda es porque la Iglesia católica estuvo gobernada durante más de veinticinco años por un papa que conocía bien la divina misericordia. El polaco Karol Wojtyła trajo de su país la devoción divulgada por Faustina y la propuso a toda la Iglesia universal. Él mismo canonizó a Kowalska el segundo domingo de pascua del Gran Jubileo (30 de abril de 2000) y dispuso que cada año se celebrara en esa misma fecha la fiesta de la Divina Misericordia. La vida de este gran papa estuvo tan marcada por la Misericordia Divina, que su muerte sucedió en vísperas de la fiesta que él mismo había establecido (2 de abril de 2005).

El papa Francisco declaró santo a su predecesor, y dedica un párrafo de la bula del Jubileo de la Misericordia al papa san Juan Pablo II⁷⁷. Particularmente, se refiere a la segunda encíclica del santo papa

76 Hans urs von Balthasar desarrolló esta teoría en un libro sobre Teresa de Lisieux. El mismo título de la obra reflejaba su convicción teológica: en lugar del título de la autobiografía espiritual de Teresita («Historia de un alma»), Balthasar hablaba de la «historia de una misión», cf. H. URS VON BALTHASAR, *Teresa de Lisieux. Historia de una misión*, Herder, Barcelona 1957 (reimpreso en 1999).

77 Cf. MV 11.

polaco: *Dives in Misericordia*, destacando el vendaval de aire fresco que supuso para la Iglesia: «en su momento llegó sin ser esperada y tomó a muchos por sorpresa a causa del tema que afrontaba». Los párrafos de *Dives in Misericordia* que cita Francisco revelan la actualidad de la encíclica de san Juan Pablo II: comienza fijándose en que la cultura actual ha olvidado la misericordia, que hoy es más necesaria que nunca como remedio a los anhelos más profundos del corazón humano; la misma Iglesia es fiel a su misión sólo cuando profesa, proclama y «acerca a los hombres a las fuentes de la misericordia del Salvador, de las que es depositaria y dispensadora»⁷⁸. El Jubileo de la Misericordia puede ser una buena ocasión para leer esta bella (y algo desconocida) encíclica de san Juan Pablo II.

Testigos de Misericordia

Hasta ahora hemos visto cómo el papa nos invitaba a contemplar la luz de misericordia que brilla en el Rostro de Jesucristo (1). Esta luz se refleja, como el sol en la luna, en la Iglesia cuya «viga maestra» es la Misericordia (2). La misericordia se vive en el tiempo de la Iglesia y de los hombres y mujeres que son destinatarios de su misión (3) y se ha realizado ya en la vida de los santos, que nos ofrecen una «prueba» concreta de que es posible vivir la misericordia en nuestro día a día (4).

La exposición quedaría incompleta sin una invitación del papa a cada cristiano a experimentar e irradiar la misericordia de Dios en su propia vida. Cada cristiano ha de poder decir con el apóstol Pablo: «he encontrado misericordia, para que yo fuera el primero en que Cristo Jesús mostrase toda su magnanimidad» (1Tm 1,16). Quien experimenta misericordia, quien se ha sentido amado, sostenido y perdonado en Jesucristo, recibe la invitación a convertirse en testigo y agente de esta misma misericordia. «Jesús pide [...] ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad» (MV 14).

Un cristiano que experimentara la misericordia de Dios pero no la practicara con sus semejantes sería como el «siervo despiadado» de la parábola que recoge san Mateo⁷⁹. Pedro le había preguntado a Jesús cuántas veces tenía que perdonar, y Jesús le contesta con la parábola, en la que se aprecia el contraste entre un empleado al que su rey le perdona una deuda millonaria, pero es incapaz de perdonar una can-

78 Respectivamente, cf. *DiM* 2, 15 y 13 citados en *MV* 11.

79 Cf. *Mt* 18,23-35 citado en *MV* 9.

tividad ínfima a uno de sus compañeros. El rey reacciona irritándose, exigiendo del siervo despiadado la misma actitud de misericordia que él practicó. Jesús concluye la parábola dirigiéndose a sus discípulos: *«lo mismo hará también mi Padre celestial con vosotros, si no perdonan de corazón a los hermanos»* (Mt 18,35).

Francisco aplica la enseñanza a la vida de los cristianos de hoy. Jesús cuenta la parábola no sólo para describir cómo es la misericordia de Dios. En ella hay también un elemento de juicio: *«la misericordia [...] se convierte en el criterio para saber quiénes son realmente sus verdaderos hijos»* (MV 9). En la Biblia, la palabra «misericordia» describe el modo en que Dios se comporta con nosotros. De ahí que todos estemos llamados a la misericordia. *«Como ama el Padre, así aman los hijos. Como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros»* (MV 9).

La llamada a la misericordia es universal: vale para todos los cristianos, puesto que todos (sin excepción) hemos experimentado misericordia. Sin embargo, el papa destaca que algunos están llamados a vivir la misericordia de modo especialísimo.

El papa Francisco

A pesar de la humildad del pontífice, que en ningún momento se pone como ejemplo, hay un pasaje de la Bula en la que nos ofrece una confesión personal. Al comentar los lugares evangélicos en que la misericordia aparece con más claridad, Francisco se fija en la vocación de Mateo (Mt 9,9-13), que *«también se coloca en el horizonte de la misericordia»* (MV 8). En este pasaje, tiene un gran protagonismo la mirada de Jesús, una mirada misericordiosa que se dirige a los ojos del publicano. Francisco tiene esta escena muy en el corazón, como él mismo declara: *«San Beda el Venerable, comentando esta escena del Evangelio, escribió que Jesús miró a Mateo con amor misericordioso y lo eligió: miserando atque eligendo. Siempre me ha cautivado esta expresión, tanto que quise hacerla mi propio lema»* (MV 8). La expresión de Beda no es sólo el lema episcopal de Francisco. En ella se recoge la experiencia de encuentro con Dios en la que Jorge Mario Bergoglio reconoce el origen de su propia vocación. Poseemos un testimonio extenso, recogido en una entrevista que concedió en sus años como cardenal arzobispo de Buenos Aires.

La vocación religiosa es una llamada de Dios ante un corazón que la está esperando consciente o inconscientemente. A mí siempre me im-

presionó una lectura del breviario que dice que Jesús lo miró a Mateo en una actitud que, traducida, sería algo así como «misericordiano y eligiendo». Ésa fue, precisamente, la manera en que yo sentí que Dios me miró [...] Y ésa es la manera con la que Él me pide que siempre mire a los demás: con mucha misericordia y como si estuviera eligiéndolos para Él; no excluyendo a nadie, porque todos son elegidos para el amor de Dios. «Misericordiándolo y eligiéndolo» fue el lema de mi consagración como obispo y es uno de los pivotes de mi experiencia religiosa: el servicio para la misericordia y la elección de las personas en base a una propuesta. Propuesta que podría sintetizarse coloquialmente así: «Mirá, a vos te quieren por tu nombre, a vos te eligieron y lo único que te piden es que te dejes querer». Ésa es la propuesta que yo recibí⁸⁰.

El ministerio del papa Francisco bebe de su trayectoria anterior y la continúa. La convocatoria del Jubileo de la Misericordia y la Bula *Misericordiae Vultus* son el testimonio más logrado, aunque no el único. En su primer discurso para el Ángelus dominical, pronunciado tan sólo cuatro días después de ser elegido papa, Francisco recordaba a los cristianos que «¡Dios nunca se cansa de perdonarnos, nunca!»; a la vez, agradecía al cardenal Walter Kasper su libro sobre la misericordia⁸¹. En otro discurso de Ángelus, pronunciado el 6 de abril de 2014, repitió cinco veces (e hizo repetir a los presentes) esta frase: « ¡no hay ningún límite a la misericordia divina ofrecida a todos!». Podemos decir, sin temor a equivocarnos, que la misericordia se encuentra en el centro de la experiencia religiosa del papa Francisco; que vivió su vocación como un acontecimiento de misericordia; y que ha puesto la misericordia en el centro de su actividad pastoral en todas las épocas de su vida: como sacerdote jesuita, como obispo de Buenos Aires y ahora como

80 S. RUBIN—F. AMBROGETTI, *El jesuita. Conversaciones con el cardenal Jorge Bergoglio*, Vergara, Buenos Aires 2010, 49.

81 «“Grande es la misericordia del Señor”, dice el salmo. En estos días, he podido leer un libro de un cardenal -el Cardenal Kasper, un teólogo inteligente, ¿eh?, un buen teólogo- sobre la misericordia. Y me ha hecho mucho bien, este libro, pero no crean que hago publicidad de los libros de mis cardenales, ¿eh? ¡No, no es así! Pero debo decir que me ha hecho mucho bien... El cardenal Kasper dice que sentir la misericordia, escuchar esta palabra hace cambiar todo. Es lo mejor que nosotros podemos sentir: cambia el mundo. Un poco de misericordia hace que el mundo sea menos frío y más justo. Tenemos necesidad de entender bien esta misericordia de Dios, este Padre misericordioso, que tiene tanta paciencia...». El libro al que se refiere Francisco el papa es W. KASPER, *La misericordia. Clave del evangelio y de la vida cristiana*, Sal Terrae (Presencia teológica, 193), Santander 2012.

papa. Quizá los años venideros lo conozcan como «el papa de la Misericordia».

Confesores

El sacramento de la reconciliación es un lugar privilegiado en el que experimentar la misericordia de Dios. Francisco dedica un largo párrafo a quienes han de celebrar el sacramento de la penitencia⁸². Lo primero que pide de los confesores es que ellos mismo experimenten la misericordia divina, para poder ser testigos en el sacramento que administran. El ministerio de la reconciliación les hace «participar de la misma misión de Jesús y ser signo concreto de la continuidad de un amor divino que perdona y salva». Precisamente porque es un ministerio (es decir: un servicio), y por haberlo recibido, los confesores no son dueños del sacramento, y están llamados a ser administradores fieles, al estilo del Buen Pastor. El encuentro sacramental de reconciliación que acontece en la confesión tiene un modelo bíblico muy concreto: la parábola del Hijo Pródigo, que Francisco nos invita a seguir punto por punto.

Misioneros de la Misericordia

A fin de que brille con más intensidad el carácter excepcional de este Jubileo de la Misericordia, Francisco propone una figura nueva: los «Misioneros de la Misericordia»⁸³. Su misión principal es la de celebrar el sacramento de la Reconciliación en toda su amplitud. Francisco asegura que serán «sacerdotes a los que daré la autorización de perdonar también los pecados que están reservados a la Sede apostólica». Francisco exhorta a los obispos a que inviten a estos misioneros a visitar sus diócesis, convirtiendo la Misión en «signo de la solicitud materna de la Iglesia por el pueblo de Dios». La novedad de la figura nos hace esperar que el papa Francisco y sus colaboradores en la Sede Apostólica vayan precisando más su actividad.

Más allá de los confines de la Iglesia

«La misericordia posee un valor que sobrepasa los confines de la Iglesia» (MV 23). Francisco nos invita a reconocer que la misericordia de Dios se vive en otras «nobles tradiciones religiosas», más allá de las fronteras de la Iglesia. En particular, Francisco destaca el judaísmo, con el que los cristianos compartimos el Antiguo Testamento, que testimonia

82 Cf. MV 17.

83 Cf. MV 18.

las obras misericordiosas de Dios. Tampoco se olvida del Islam, que invoca a Dios con el nombre del «Misericordioso y Clemente».

Esta invitación al diálogo interreligioso, particularmente con los musulmanes, aparecía ya en la exhortación *Evangelii Gaudium*⁸⁴. Hoy parece todavía más urgente reconocer que todos los creyentes vivimos la experiencia de estar sostenidos y acompañados por la misericordia divina, y a sacar las consecuencias de este mutuo reconocimiento⁸⁵.

Hijos predilectos de la Misericordia

Francisco invita a todos los cristianos a experimentar la misericordia, convirtiéndose también en reflejo e irradiación del amor recibido. Pero aunque la misericordia es universal y se dirige a todos sin límite alguno, Francisco nos recuerda que algunos están más necesitados de este amor, sea por su situación personal (quienes viven en las periferias existenciales y los pobres), sea por su conducta de vida (los miembros de bandas criminales y los corruptos).

Las periferias de la existencia

Francisco invita a los cristianos a que durante el año jubilar abran el corazón «a cuantos viven en las más contradictorias periferias existenciales, que con frecuencia el mundo moderno dramáticamente crea» (MV 15). La expresión «periferias existenciales» aparece a menudo en labios del papa argentino desde antes de su elección⁸⁶. Durante el cónclave tuvo una intervención ante los cardenales, reclamando de la Iglesia una mayor atención a estas periferias, entre las que nombraba las siguientes: «las del misterio del pecado, las del dolor, las de la injusticia, las de la ignorancia y prescindencia religiosa, las del pensamiento, las de toda miseria».

Nuestra sociedad ignora a menudo estas heridas, anestesiada por la indiferencia, habituada a contemplarlas sin hacer nada. El Jubileo de la Misericordia ha de ser ocasión para que los cristianos abran sus ojos a tanto sufrimiento y se comprometan a aliviarlo.

El discurso sobre las «periferias existenciales» se prolonga en un

84 Cf. EG 250-254.

85 « ¡Ruego, imploro humildemente a esos países que den libertad a los cristianos para poder celebrar su culto y vivir su fe, teniendo en cuenta la libertad que los creyentes del Islam gozan en los países occidentales! Frente a episodios de fundamentalismo violento que nos inquietan, el afecto hacia los verdaderos creyentes del Islam debe llevarnos a evitar odiosas generalizaciones, porque el verdadero Islam y una adecuada interpretación del Corán se oponen a toda violencia» (EG 253).

86 Cf. D. GARCÍA GUILLÉN, «Una Iglesia en salida», 84-86.

amplio recuerdo para los pobres⁸⁷. Ellos tienen un lugar preferente en la historia de la salvación, como el papa expresaba con rotundidad en su exhortación apostólica *Evangelii Gaudium*: «*todo el camino de nuestra redención está signado por los pobres*» (EG 197), hasta el punto de que olvidar a los pobres «*nos sitúa fuera de la voluntad del Padre [...] y la falta de solidaridad en sus necesidades afecta directamente a nuestra relación con Dios*» (EG 187).

Francisco nos recuerda el juicio final que describe el evangelio de Mateo (cf. Mt 25,31-45). Seremos «*juzgados en el amor*», como decía san Juan de la Cruz⁸⁸. Se nos preguntará si hemos sido capaces de amar a Jesús en aquellos a quienes él ama y en quienes él está presente de modo especial: el hambriento, el extranjero, el enfermo, el prisionero... La lista se prolonga con algunas situaciones actuales:

Igualmente se nos preguntará si ayudamos a superar la duda, que hace caer en el miedo y en ocasiones es fuente de soledad; si fuimos capaces de vencer la ignorancia en la que viven millones de personas, sobre todo los niños privados de la ayuda necesaria para ser rescatados de la pobreza; si fuimos capaces de ser cercanos a quien estaba solo y afligido; si perdonamos a quien nos ofendió y rechazamos cualquier forma de rencor o de odio que conduce a la violencia; si tuvimos paciencia siguiendo el ejemplo de Dios que es tan paciente con nosotros; finalmente, si encomendamos al Señor en la oración nuestros hermanos y hermanas (MV 15).

En la sinagoga de Nazaret, Jesús declaró que en su persona se habían cumplido las palabras del profeta Isaías: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungido para anunciar a los pobres la Buena Nueva, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor*» (Lc 4,18-19 citando Is 61,1-2). Cuando los cristianos convierten las preferencias del Maestro en las suyas propias, proclaman con su vida «un año de gracia del Señor». Un Jubileo de Misericordia.

Los alejados de la gracia de Dios

Junto a los que viven en las distintas periferias existenciales sin culpa por su parte, existen personas que «*se encuentran lejanas de la gracia de Dios debido a su conducta de vida*» (MV 19). El pecador marcha siempre a un «país lejano» (cf. Lc 15,13). Trata de alejarse de Dios y de los

87 Cf. MV 15-16.

88 Cf. JUAN DE LA CRUZ, *Palabras de luz y de amor*, 57 citado en MV 15.

hermanos. Pero en algunos hombres y mujeres, esta lejanía se vuelve más radical y evidente. Francisco cita dos ejemplos extremos, que indican que la misericordia divina se dirige a todos sin excepción⁸⁹.

El primer grupo son los miembros de grupos criminales. En ellos, el pecado se ha hecho estructura y forma de vida. Francisco les invita al cambio de vida y de valores: *«no caigáis en la terrible trampa de pensar que la vida depende del dinero y que ante él todo el resto se vuelve carente de valor y dignidad»*. El mal acaba volviéndose contra quienes lo ejercen. Aunque consigan escapar a la justicia humana, *«para todos, tarde o temprano, llega el juicio de Dios al cual ninguno puede escapar»*.

Esa misma llamada se dirige a los corruptos, o más exactamente *«a todas las personas promotoras o cómplices de corrupción»*. Como en el caso de los grupos criminales, lo que hace especialmente reprochable la corrupción es la *«obstinación en el pecado»*, la negativa a la conversión, que la convierte en un *«grave pecado que grita hacia el cielo»*. Por eso, Francisco ha indicado en alguna ocasión que la corrupción es *«un mal más grande que el pecado. Un mal que, más que perdonar, hay que curar»*⁹⁰. Aunque no se refiere tan sólo a la corrupción política, sus palabras hacen evidente que piensa fundamentalmente en ella cuando la define como *«llaga putrefacta de la sociedad [...] que mina desde sus fundamentos la vida personal y social [...] que se anida en gestos cotidianos para expandirse luego en escándalos públicos»*.

Para unos y otros, Francisco presenta un itinerario penitencial. Invita a la conversión, a un camino de vuelta a Dios y a la Iglesia que comienza por acoger esta llamada al arrepentimiento. La conversión también supone escuchar, reconocer y sanar el dolor que se ha causado, aceptando también las consecuencias legales de los propios actos (*«basta solamente... que os sometáis a la justicia»*). Por parte de la Iglesia, nunca faltará una mano tendida para ofrecer misericordia a quien más la necesita⁹¹.

89 Cf. *MV* 19.

90 FRANCISCO, *Audiencia* a una delegación de la Asociación internacional de Derecho Penal (23 de octubre de 2014).

91 Vale la pena leer la descripción de este itinerario penitencial: *«¡Este es el tiempo oportuno para cambiar de vida! Este es el tiempo para dejarse tocar el corazón. Ante el mal cometido, incluso crímenes graves, es el momento de escuchar el llanto de todas las personas inocentes depredadas de los bienes, la dignidad, los afectos, la vida misma. Permanecer en el camino del mal es sólo fuente de ilusión y de tristeza. La verdadera vida es algo bien distinto. Dios no se cansa de tender la mano. Está dispuesto a escuchar, y también yo lo estoy, al igual que mis hermanos obispos y sacerdotes. Basta solamente que acojáis la llamada a la conversión y os*

Caminos de Misericordia

Durante el año jubilar, la Iglesia proporciona algunos medios o «caminos» que nos acercan a la Misericordia de Dios Padre que se ha manifestado en Jesucristo. Nos parece que en *Misericordiae Vultus* pueden distinguirse cinco de estos medios: la meditación de la Palabra, la confesión, la indulgencia jubilar, la peregrinación y las obras de misericordia.

Meditación de la Palabra

El lema del Jubileo «*Misericordiosos como el Padre*» se inspira en un mandato de Jesús: «*Sed misericordiosos, como el Padre vuestro es misericordioso*» (Lc 6,36). El primer camino que se nos ofrece para crecer en misericordia es ponernos a la escucha de la Palabra de Dios. Según Francisco, «*esto significa recuperar el valor del silencio para meditar la Palabra que se nos dirige. De este modo es posible contemplar la misericordia de Dios y asumirla como propio estilo de vida*» (MV 13). Se trata, por tanto, de vivir la misericordia al estilo de Jesús: con los rasgos, acentos y expresiones con que la vivió Jesús. De este modo, podrá cumplirse el deseo que expresa Francisco al final de la Bula: que «*en este Año Jubilar la Iglesia se convierta en el eco de la Palabra de Dios que resuena fuerte y decidida como palabra y gesto de perdón, de soporte, de ayuda, de amor*» (MV 25)

El sacramento de la reconciliación

En el centro de la experiencia de misericordia que propone el Jubileo se encuentra el sacramento de la reconciliación, que también recibe los nombres de «conversión», «penitencia», «confesión» y «perdón»⁹². En este sacramento, el cristiano experimenta el abrazo misericordioso de Dios Padre que en Jesucristo nos ha reconciliado consigo, dándonos su Espíritu para dar frutos de caridad. La iniciativa «24 horas para el Señor» pretende poner la confesión en el centro:

Muchas personas están volviendo a acercarse al sacramento de la Reconciliación y entre ellas muchos jóvenes, quienes en una experiencia semejante suelen reencontrar el camino para volver al Señor, para vivir un momento de intensa oración y redescubrir el sentido de la propia vida. De nuevo ponemos convencidos en el centro el sacramento de la Reconciliación, porque nos permite experimentar en carne propia

sometáis a la justicia mientras la Iglesia os ofrece misericordia» (MV 19). Los nn. 20-21 se dedican a describir la relación entre justicia y misericordia.

92

Cf. CCE 1423-1424.

la grandeza de la misericordia. Será para cada penitente fuente de verdadera paz interior (MV 17).

Indulgencia

La indulgencia es otra de las características del Jubileo⁹³. Francisco vuelve a recordar la eficacia del sacramento de la reconciliación: por la misericordia de Dios, manifestada en la muerte y resurrección de Jesucristo, nuestros pecados quedan destruidos. La mediación de la Iglesia nos ofrece continuamente la posibilidad de reconciliarnos con Dios.

Pero, a pesar de la experiencia de la reconciliación, los cristianos experimentamos también la fuerza del pecado, que nos condiciona. «En el sacramento de la Reconciliación Dios perdona los pecados, que realmente quedan cancelados; y sin embargo, la huella negativa que los pecados dejan en nuestros comportamientos y en nuestros pensamientos permanece». El pecado ha sido perdonado, pero deja tendencias que aún nos arrastran.

En medio de esta experiencia paradójica, la Iglesia nos ofrece la indulgencia jubilar, que es también una experiencia de misericordia. Ante todo, de la misericordia del Padre, «que a través de la Esposa de Cristo alcanza al pecador perdonado y lo libera de todo residuo, consecuencia del pecado, habilitándolo a obrar con caridad, a crecer en el amor más bien que a recaer en el pecado». La indulgencia nos hace experimentar también la comunión de los santos, la misericordia de Dios reflejada en las vidas de sus mejores hijos e hijas. La Santa Iglesia, como buena Madre, reparte los bienes de la santidad entre sus hijos, «yendo al encuentro de la debilidad de unos con la santidad de otros». Para beneficiarnos de este inmenso tesoro de santidad, se nos ofrece la indulgencia jubilar. Tan sólo se pide de nosotros un gesto de conversión al Señor. «Vivamos intensamente el Jubileo pidiendo al Padre el perdón de los pecados y la dispensación de su indulgencia misericordiosa».

Peregrinación

El cuarto de los caminos que encontramos en *Misericordiae Vultus* es la peregrinación⁹⁴. Cada hombre y mujer es un caminante, «un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada»⁹⁵. Al realizar el pequeño o gran esfuerzo que supone peregrinar hacia Roma o

93 Cf. MV 22.

94 Cf. MV 14.

95 En *Evangelii Gaudium* aparece a menudo esta metáfora del ser humano como caminante y peregrino: Cf. EG 124, 170, 244...

cualquier otro santuario jubilar, experimentamos también que el don de la misericordia requiere nuestra acogida y nuestra colaboración a convertirnos al Señor «*También la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio [...] Atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros*». La peregrinación expresa también con claridad ese estilo de «Iglesia en salida» que propone el papa Francisco⁹⁶.

Obras de misericordia

La misericordia no es un concepto teórico. Francisco nos recuerda la importancia de las «obras de misericordia», a fin de que el amor divino que experimentamos en nuestras propias vidas, redunde en beneficio de quienes más necesitan experimentar misericordia⁹⁷. Las obras de misericordia serán capaces de despertar nuestra conciencia y abrir nuestros ojos a las necesidades de los pobres. Según la exposición clásica del Catecismo, las obras de misericordia son corporales y espirituales. Las corporales son: «*dar de comer al hambriento, dar de beber al sediento, vestir al desnudo, acoger al forastero, asistir los enfermos, visitar a los presos, enterrar a los muertos*». Francisco nos invita a no olvidar tampoco las obras de misericordia espirituales: «*dar consejo al que lo necesita, enseñar al que no sabe, corregir al que yerra, consolar al triste, perdonar las ofensas, soportar con paciencia las personas molestas, rogar a Dios por los vivos y por los difuntos*».

Conclusión: Irradiar la misericordia de Dios

El objetivo del Jubileo extraordinario de la Misericordia es doble: ante todo, experimentar el amor misericordioso de Dios Padre manifestado en Jesucristo y derramado por el Espíritu sobre toda carne, fuente y alimento de la vida de la Iglesia. Pero el Jubileo consiste también en invitar a los cristianos a que ellos mismos se conviertan en testigos y transmisores de la misericordia divina.

En realidad, ambos objetivos son uno solo. La sección novena de la Bula nos recuerda que Dios pide de nosotros aquello mismo que Él nos ha dado. Ante todo, porque Dios se ha manifestado a nosotros como amor misericordioso: «*la misericordia en la Sagrada Escritura es la palabra*

96 Cf. EG 124.

97 Cf. MV 15. Puede ser de gran ayuda leer la exposición del Catecismo de la Iglesia Católica, cf. CCE 2447.

clave para indicar el actuar de Dios hacia nosotros» (MV 9). Si Dios es amor misericordioso, si así se ha manifestado a los hombres y mujeres de cada tiempo en su Hijo Jesucristo, la consecuencia es evidente: «como Él es misericordioso, así estamos nosotros llamados a ser misericordiosos los unos con los otros» (MV 9). Y puesto que Dios no quiso salvarnos aisladamente sino «constituyendo un pueblo»⁹⁸, tampoco podemos conformarnos con vivir la misericordia a título individual. La misericordia es la tarea de toda la Iglesia, según el texto que hemos repetido varias veces: «es determinante para la Iglesia y para la credibilidad de su anuncio que viva y testimonie en primera persona la misericordia [...] Donde la Iglesia esté presente, allí debe ser evidente la misericordia del Padre» (MV 12).

98 CONCILIO VATICANO II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, 9. El papa Francisco hizo un bello comentario de este texto en su exhortación *Evangelii Gaudium*: «Dios ha gestado un camino para unirse a cada uno de los seres humanos de todos los tiempos. Ha elegido convocarlos como pueblo y no como seres aislados. Nadie se salva solo, esto es, ni como individuo aislado ni por sus propias fuerzas» (EG 113)



Conclusiones del I Congreso Diocesano de Laicos

Noviembre de 2010

Una vez concluido el Congreso de Laicos en la Diócesis de Orihuela-Alicante hemos querido recoger el sentir y la reflexión de los que han participado en el mismo. Tanto los trabajos previos como los desarrollados en los talleres han servido para escuchar la voz, las sugerencias y esperanzas de muchas personas involucradas en la tarea pastoral diocesana. Se constata en la diócesis de Orihuela-Alicante la presencia de un laicado deseoso de avanzar en su vocación laical y comprometida en su misión.

El Congreso ha sido un regalo del Señor y una gozosa experiencia de comunión eclesial, que nos ha ayudado a comprender la importancia de la vocación y misión laical en este momento de la Iglesia y de la sociedad alicantina. Con el fin de facilitar la operatividad de nuestro Congreso, a partir del trabajo realizado tanto en la fase previa como en los días finales, presentamos las siguientes conclusiones, que se ofrecen a todos los diocesanos:

1. Afianzar la conciencia de la vocación específica del cristiano laico

Ser cristiano es la respuesta a una llamada de Dios en una Iglesia vocacional toda ella. Se advierte la necesidad de profundizar en la vocación propia del laico, que tiene su fuente permanente en el bautismo y la confirmación. Para ello es importante apoyar pastoralmente y con los medios al alcance de las manos para que los laicos sean más conscientes de su vocación, sin olvidar que la viven en relación con las demás vocaciones específicas. Todas ellas expresan la riqueza del misterio de Cristo. Los laicos son invitados a valorar y agradecer la vocación y el servicio de los sacerdotes y los sacerdotes son invitados igualmente a reconocer, potenciar y acompañar la vocación específica de los laicos.

Cristo es el referente continuo para llevar a cabo la vocación y la misión laical. Es necesario crecer en el encuentro personal con Jesucristo para fortalecer la vida interior del laicado y su conciencia misionera.

2. Reconocer la pluralidad de estilos laicales en la comunión eclesial

Dentro del misterio de comunión y misión que es la Iglesia, son diversas las formas de vivir la vocación laical. Esta diversidad es una riqueza que el Espíritu Santo deposita en nuestra Iglesia Diocesana.

Para ello, es preciso crear espacios de diálogo y encuentro entre los diversos estilos y espiritualidades laicales, haciendo así más fecunda su vivencia de la fe cristiana y su misión evangelizadora.

3. Profundizar en la espiritualidad propia del laico

Para presentar a Jesucristo aquí y ahora, se ve la necesidad de cuidar la vida espiritual, hasta alcanzar la con-formación con Él. Necesitamos el alimento continuo de la Palabra de Dios y de la Eucaristía, la oración personal y comunitaria, los momentos de silencio y reflexión, el acompañamiento para crecer espiritualmente.

Dado que el mundo es el lugar propio de la santificación del laico, la espiritualidad debe ayudar a vivir la unidad entre la fe y la vida, cultivando una lectura creyente de la realidad, que reconozca a Dios en la vida. Se pide ser contemplativos en la acción.

4. Fortalecer y optimizar la formación integral del laicado

Para dar razón de nuestra fe, se ha de potenciar la formación en todas sus dimensiones: humana, espiritual, doctrinal, social y pastoral. Se necesita una formación integral y sistematizada, adaptada a las distintas realidades, y tratando de que sea formación permanente de los laicos. Para lograr este objetivo tendrá en cuenta la Doctrina Social de la Iglesia, que ayude a vivir la caridad política.

Esto pide impulsar con decisión y dar a conocer todos los medios que contribuyen a la formación, tanto a nivel parroquial-arciprestal

como en los movimientos y asociaciones de apostolado. Y también la tarea formativa que se realiza, a nivel diocesano, en la Escuela Diocesana de Agentes de Pastoral y en el Instituto Superior de Ciencias Religiosas.

5. Seguir avanzando en el campo de la corresponsabilidad en la vida de la Iglesia

Se pide una mayor atención a los medios y ámbitos que expresan la corresponsabilidad de los laicos en la vida de la Iglesia, en una espiritualidad de comunión. Debe crecer la participación de los laicos en las tareas pastorales, iniciando o mejorando los consejos de pastoral y economía como medios de vivencia de la corresponsabilidad. Allí donde se vea oportuno, intégrese a los laicos en la vida del arciprestazgo y fórmense mesas de laicos que faciliten el discernimiento de las cuestiones pastorales y la coordinación y desarrollo de las mismas. Con este fin, ha de cuidarse de todo lo que favorezca el diálogo y la comunicación.

6. Crecer en la conciencia de que la evangelización es tarea de todos

La evangelización es tarea de toda la Iglesia. Todos los bautizados nos movemos en torno a Jesucristo y existimos para que Él sea conocido, amado y seguido. Los cristianos laicos también participan con pleno derecho de esta misión común.

El anuncio de Jesucristo tiene que ir acompañado del testimonio tanto personal como comunitario, en todos los ámbitos de la vida, desde la familia a la vida pública, viviendo en coherencia con lo que se cree. El estilo de vida evangélico supone una alternativa a los contravalores de la sociedad.

7. Anunciar a Cristo con audacia y humildad

Es en esta sociedad en que nos ha tocado vivir hoy, donde tenemos que anunciar la Buena Noticia, con audacia, valentía y humildad, superando miedos y dudas, viendo la realidad actual, plural y secularizada, como un reto y una oportunidad para la evangelización. Nuestra actitud ha de ser de cercanía y de servicio, siempre y a todos.

Es importante realizar una presentación inteligente y oportuna de lo nuclear cristiano, sabiendo «dar razón de la esperanza» con «dulzura y respeto» (1 Pe 3, 15).

Actualicemos, para lograr este objetivo, la manera de transmitir el mensaje, para llegar mejor al mundo, cultivando un lenguaje experiencial, que resulte significativo también para no creyentes.

8. Potenciar y apoyar la presencia de los cristianos en el corazón del mundo

Es necesaria una mayor presencia activa y significativa de los cristianos en la vida pública. Frente a la tendencia a recluirse en tareas intraeclesiales, se subraya que el mundo es el campo propio en el que se desarrolla la vocación laical. Lo específico del laicado es santificar el mundo desde dentro, a modo de fermento.

Esta presencia pública, ha de estar especialmente encaminada a:

- Promover la dignidad de la persona humana
- Cuidar el campo de la familia
- Fomentar el diálogo fe-cultura
- Participar en la construcción de la sociedad civil (vida política, económica, sindical, cultural,...) transformándola desde los valores evangélicos
- Luchar por la justicia, la paz y la solidaridad con los más pobres.

Es importante que la Diócesis conozca, valore, acompañe, impulse y envíe a los laicos a estar y vivir en el mundo. Urge, de modo especial, que se establezcan medios para acompañar desde la Iglesia a los laicos que se implican en la vida pública.

9. Fomentar el asociacionismo laical

El apostolado asociado es un cauce apropiado para desarrollar la vocación laical y para colaborar en la tarea evangelizadora de la Iglesia, ya que es expresión, tanto de la naturaleza asociativa de la persona como de la misma naturaleza y misión de la Iglesia. Este apostolado ha de estar sustentado en el espíritu de comunión diocesana. Es igualmente oportuno promover la valoración mutua entre los distintos movimientos y asociaciones.

Sigue siendo fundamental que en la Diócesis se favorezca y fomente el asociacionismo laical, se posibilite el conocimiento de su sentido y su labor, se potencien los distintos movimientos laicales, y se mejoren los cauces de coordinación entre las distintas realidades asociativas existentes.

10. Consolidar la identidad cristiana y sentido de pertenencia a la Iglesia

La debilidad de la presencia de los cristianos en la vida pública se debe, en muchas ocasiones, a la debilidad de su identidad eclesial. Por ello, se precisa consolidar el sentido de pertenencia a la Iglesia de todos los cristianos, que deben sentirse miembros vivos y activos de la misma. Hemos de sentir la Iglesia como comunidad y familia, potenciando la comunión entre todos, fomentando el trabajo en equipo y la coordinación, el sentido de colaboración, para de esta manera hacer que la Iglesia sea «casa y cosa de todos».

Con la ayuda del Señor, Dueño de la mies, queremos y debemos empeñarnos en ello.

Comisión organizadora del Congreso de Laicos



• **Calendario
Litúrgico
Pastoral**



Calendario Pastoral Diocesano 2015-2016

SEPTIEMBRE 2015

1	martes	
2	miércoles	
3	jueves	
4	viernes	
5	sábado	
6	domingo	
7	lunes	
8	martes	Natividad de Ntra. Sra.
9	miércoles	
10	jueves	
11	viernes	
12	sábado	
13	domingo	
14	lunes	
15	martes	
16	miércoles	
17	jueves	Apertura Colegios Diocesanos
18	viernes	
19	sábado	
20	domingo	
21	lunes	Inicio Ejercicios Espirituales del Seminario Diocesano
22	martes	
23	miércoles	
24	jueves	Envío Missio ERE y Escuela Católica. Pastoral Penitenciaria: Día Ntra Sra Merced. Cursillo «Calentando motores»
25	viernes	Conclusión Ejercicios Espirituales del Seminario Diocesano
26	sábado	Memoria de los Santos y de los Mártires de la vida Consagrada
27	domingo	Jornada Mundial del Turismo
28	lunes	
29	martes	San Miguel. Apertura curso Seminario
30	miércoles	

OCTUBRE 2015

1 jueves	
2 viernes	Apertura curso Curia Diocesana
3 sábado	
4 domingo	
5 lunes	
6 martes	
7 miércoles	
8 jueves	Encuentro de Arciprestes
9 viernes	Día de la Comunidad Valenciana
10 sábado	
11 domingo	
12 lunes	Ntra. Sra. Del Pilar. XLIII Aniversario Ordenación Episcopal D. Victorio
13 martes	
14 miércoles	Conferencia: Formación permanente Clero
15 jueves	Apertura ISCR S.Pablo. Clausura Año Jubilar Teresiano
16 viernes	Inicio XXII Encuentro Provincial de Cofradías y Hermandades en Benidorm
17 sábado	Escuela diocesana de Cáritas (17-18). Día de la erradicación de la Pobreza (Cáritas)
18 domingo	DOMUND .
19 lunes	
20 martes	
21 miércoles	Conferencia: Formación permanente Clero
22 jueves	
23 viernes	
24 sábado	Consejo Diocesano de Pastoral
25 domingo	
26 lunes	Inicio Ejercicios Espirituales Sacerdotes
27 martes	
28 miércoles	Conferencia: Formación permanente Clero. Consejo Diocesano de Cáritas
29 jueves	
30 viernes	Conclusión Ejercicios Espirituales Sacerdotes
31 sábado	

NOVIEMBRE 2015

1 domingo	Todos los Santos
2 lunes	Fieles Difuntos
3 martes	
4 miércoles	
5 jueves	
6 viernes	Presentación Año Misericordia: Vicaría 1
7 sábado	Reunión de Consejo Episcopal, Delegados y Secretarios
8 domingo	
9 lunes	Colegio de Arciprestes
10 martes	
11 miércoles	
12 jueves	
13 viernes	Presentación Año Misericordia: Vicaría 2
14 sábado	
15 domingo	Día de la Iglesia Diocesana. Insignias Pro Ecclesia Diocesana
16 lunes	
17 martes	
18 miércoles	
19 jueves	
20 viernes	Presentación Año Misericordia: Vicaría 3
21 sábado	Inicio Retiro de Familias
22 domingo	Cristo Rey. Conclusión Retiro de Familias
23 lunes	Vicaría 1: Retiro de Adviento, Sacerdotes
24 martes	
25 miércoles	
26 jueves	
27 viernes	Presentación Año Misericordia: Vicaría 4
28 sábado	Encuentro Diocesano de Niños con el Obispo. Retiro CONFER
29 domingo	I de Adviento. Día de las personas sin hogar (Cáritas) Celebración Ad gentes (Vaticano II)
30 lunes	Vicaría 2: Retiro de Adviento, Sacerdotes

DICIEMBRE 2015

1 martes	Día del SIDA (Cáritas)
2 miércoles	
3 jueves	Jornada de enfermos misioneros
4 viernes	Presentación Año Misericordia: Vicaría 5
5 sábado	
6 domingo	II de Adviento. Día de la Constitución
7 lunes	Vicaría 3: Retiro de Adviento, Sacerdotes
8 martes	Inmaculada Concepción. Inicio AÑO DE LA MISERICORDIA (Roma)
9 miércoles	
10 jueves	
11 viernes	Alicante: Via Crucis por los cristianos perseguidos
12 sábado	Catedral Orihuela: Apertura puerta Santa Año de la Misericordia en la Diócesis
13 domingo	III de Adviento. Concatedral Alicante y Santa Faz: Apertura puerta Santa Año de la Misericordia en la Diócesis
14 lunes	Vicaría 4: Retiro de Adviento, Sacerdotes
15 martes	
16 miércoles	
17 jueves	
18 viernes	Retiro de Adviento, Catequistas
19 sábado	Consejo presbiteral
20 domingo	IV de Adviento. Certamen Villancicos Colegios Diocesanos
21 lunes	Vicaría 5: Retiro de Adviento, Sacerdotes
22 martes	
23 miércoles	
24 jueves	
25 viernes	Natividad del Señor
26 sábado	
27 domingo	Sagrada Familia. Jornada por la Familia y la Vida
28 lunes	
29 martes	
30 miércoles	
31 jueves	

ENERO 2016

1 viernes	Santa María, Madre de Dios. Jornada de oración por la Paz
2 sábado	
3 domingo	
4 lunes	
5 martes	
6 miércoles	Epifanía. Jornada del IEME. Catequistas Nativos
7 jueves	
8 viernes	
9 sábado	
10 domingo	Bautismo del Señor
11 lunes	
12 martes	
13 miércoles	
14 jueves	
15 viernes	
16 sábado	Jornada Diocesana de Migraciones
17 domingo	Jornada Mundial de Migraciones
18 lunes	Inicio Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos
19 martes	
20 miércoles	
21 jueves	
22 viernes	
23 sábado	Consejo Diocesano de Pastoral
24 domingo	Infancia Misionera. XXVIII Aniversario Ordenación Episcopal D. Rafael
25 lunes	Conclusión Octavario de Oración por la Unidad de los Cristianos
26 martes	
27 miércoles	
28 jueves	Santo Tomás de Aquino. Celebración en Seminario
29 viernes	
30 sábado	VIII Encuentro Interdiocesano de Cofradías y Hermandades en Elda
31 domingo	

FEBRERO 2016

1 lunes	Colegio de arciprestes
2 martes	Día de la Candelaria. Clausura Año de la Vida Consagrada
3 miércoles	
4 jueves	
5 viernes	Día del ayuno voluntario
6 sábado	
7 domingo	Manos Unidas
8 lunes	
9 martes	
10 miércoles	Miércoles de Ceniza
11 jueves	Jornada Mundial del Enfermo
12 viernes	
13 sábado	
14 domingo	I de Cuaresma
15 lunes	Comienzan Ejercicios Espirituales Sacerdotes
16 martes	
17 miércoles	
18 jueves	
19 viernes	Finalizan Ejercicios Espirituales Sacerdotes
20 sábado	Curso de Laicos
21 domingo	II de Cuaresma
22 lunes	
23 martes	
24 miércoles	
25 jueves	
26 viernes	
27 sábado	
28 domingo	III de Cuaresma
29 lunes	

MARZO 2016

1	martes	
2	miércoles	
3	jueves	
4	viernes	24 horas para el Señor
5	sábado	24 horas para el Señor
6	domingo	IV de Cuaresma. Jornada Diocesana de Catequistas. Jornada de Hispanoamérica
7	lunes	
8	martes	Día de la Mujer Trabajadora
9	miércoles	
10	jueves	
11	viernes	
12	sábado	Consejo Presbiteral
13	domingo	V de Cuaresma. Día del Seminario
14	lunes	
15	martes	
16	miércoles	
17	jueves	
18	viernes	
19	sábado	San José
20	domingo	Domingo de Ramos
21	lunes	Lunes Santo. Misa Crismal
22	martes	
23	miércoles	
24	jueves	Jueves Santo
25	viernes	Viernes Santo. Santos Lugares
26	sábado	Sábado Santo
27	domingo	Domingo de Pascua
28	lunes	Lunes de Pascua
29	martes	
30	miércoles	
31	jueves	

ABRIL 2016

1 viernes	Retiro de Pascua, Catequistas
2 sábado	Encuentro Diocesano de Jóvenes con el Obispo
3 domingo	II de Pascua
4 lunes	San Vicente Ferrer
5 martes	
6 miércoles	La «Peregrina» Infantil a la Santa Faz
7 jueves	Santa Faz
8 viernes	
9 sábado	
10 domingo	III de Pascua. Jornada del Misionero Diocesano
11 lunes	
12 martes	
13 miércoles	
14 jueves	
15 viernes	
16 sábado	Consejo Diocesano de Pastoral
17 domingo	IV de Pascua. Día del Buen Pastor. Oración por las vocaciones. Encuentro familias sacerdotes, misioneros, religiosos.
18 lunes	
19 martes	
20 miércoles	
21 jueves	
22 viernes	
23 sábado	Congreso Diocesano sobre la Familia
24 domingo	V de Pascua. Encuentro Diocesano de Familias con el Obispo
25 lunes	
26 martes	
27 miércoles	
28 jueves	
29 viernes	
30 sábado	Día del Monaguillo

MAYO 2016

1 domingo	VI de Pascua. San José Obrero. Día del Trabajo. Pascua del Enfermo.
2 lunes	Colegio de arciprestes
3 martes	
4 miércoles	
5 jueves	
6 viernes	
7 sábado	Confirmaciones de adultos en Concatedral de Orihuela
8 domingo	VII de Pascua. Ascensión. Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales
9 lunes	Día del Clero Diocesano
10 martes	San Juan de Ávila
11 miércoles	XX Aniversario Ordenación Episcopal D. Jesús
12 jueves	
13 viernes	
14 sábado	Asamblea Diocesana de Cáritas.
15 domingo	VIII de Pascua. Pentecostés. Día de la Acción Católica y Apostolado Seglar. Encuentro de Oración y Convivencia de la Vida Consagrada Activa
16 lunes	
17 martes	
18 miércoles	
19 jueves	Jesucristo, Sumo y Eterno Sacerdote
20 viernes	
21 sábado	Consejo presbiteral.
22 domingo	Santísima Trinidad Jornada Pro-Orantibus
23 lunes	
24 martes	
25 miércoles	VIII Encuentro de Vida Contemplativa
26 jueves	
27 viernes	
28 sábado	Encuentro Educadores Cristianos
29 domingo	Corpus Christi. Día de la Caridad
30 lunes	
31 martes	

JUNIO 2016

1	miércoles	
2	jueves	
3	viernes	Sagrado Corazón de Jesús. Jornada mundial oración por santificación sacerdotes
4	sábado	V Jornada de formación del Cofrade
5	domingo	
6	lunes	
7	martes	
8	miércoles	
9	jueves	
10	viernes	
11	sábado	Encuentro Diocesano de Pastoral
12	domingo	
13	lunes	
14	martes	
15	miércoles	
16	jueves	
17	viernes	
18	sábado	
19	domingo	
20	lunes	
21	martes	
22	miércoles	
23	jueves	
24	viernes	San Juan Bautista
25	sábado	
26	domingo	
27	lunes	
28	martes	
29	miércoles	San Pedro y San Pablo. Colecta del Óbolo de San Pedro
30	jueves	

JULIO 2016

1 viernes	
2 sábado	
3 domingo	Jornada de Responsabilidad en el Tráfico
4 lunes	
5 martes	
6 miércoles	
7 jueves	
8 viernes	
9 sábado	
10 domingo	Peregrinación Diocesana a Lourdes
11 lunes	
12 martes	
13 miércoles	
14 jueves	
15 viernes	
16 sábado	Ntra. Sra. del Carmen. Día de las gentes del Mar
17 domingo	
18 lunes	
19 martes	
20 miércoles	
21 jueves	
22 viernes	
23 sábado	
24 domingo	
25 lunes	Santiago Apóstol
26 martes	Inicio Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia
27 miércoles	
28 jueves	
29 viernes	
30 sábado	
31 domingo	Conclusión Jornada Mundial de la Juventud en Cracovia

AGOSTO 2016

1	lunes	
2	martes	
3	miércoles	
4	jueves	
5	viernes	Inicio Ejercicios Espirituales para Laicos (1ª tanda)
6	sábado	
7	domingo	Conclusión Ejercicios Espirituales para Laicos (1ª tanda)
8	lunes	
9	martes	Inicio Ejercicios Espirituales para Laicos (2ª tanda)
10	miércoles	
11	jueves	
12	viernes	Conclusión Ejercicios Espirituales para Laicos (2ª tanda)
13	sábado	
14	domingo	
15	lunes	Asunción de Nuestra Señora
16	martes	
17	miércoles	
18	jueves	
19	viernes	
20	sábado	
21	domingo	
22	lunes	
23	martes	
24	miércoles	
25	jueves	
26	viernes	Inicio Ejercicios Espirituales para Laicos (3ª tanda)
27	sábado	
28	domingo	Conclusión Ejercicios Espirituales para Laicos (3ª tanda)
29	lunes	
30	martes	
31	miércoles	



• **Oración para
el Jubileo de la
Misericordia**



Oración para el Jubileo

Señor Jesucristo,
tú nos has enseñado a ser misericordiosos
como el Padre del cielo,
y nos has dicho que quien te ve, lo ve
también a Él.

Muéstranos tu rostro y obtendremos la
salvación.

Tu mirada llena de amor liberó a Zaqueo
y a Mateo de la esclavitud del dinero;
a la adúltera y a la Magdalena del buscar
la felicidad solamente en una creatura;
hizo llorar a Pedro luego de la traición,
y aseguró el Paraíso al ladrón arrepentido.
Haz que cada uno de nosotros escuche
como propia la palabra que dijiste a la
samaritana:

¡Si conocieras el don de Dios!

Tú eres el rostro visible del Padre invis-
ble,
del Dios que manifiesta su omnipotencia
sobre todo con el perdón y la misericor-
dia:

haz que, en el mundo, la Iglesia sea el
rostro visible de Ti, su Señor, resucitado y
glorioso.

Tú has querido que también tus ministros
fueran revestidos de debilidad
para que sientan sincera compasión por
los que se encuentran en la ignorancia o
en el error:

haz que quien se acerque a uno de ellos se
sienta esperado, amado y perdonado por
Dios.

Manda tu Espíritu y conságranos a todos
con su unción
para que el Jubileo de la Misericordia sea
un año de gracia del Señor
y tu Iglesia pueda, con renovado entusias-
mo, llevar la Buena Nueva a los pobres
proclamar la libertad a los prisioneros y
oprimidos
y restituir la vista a los ciegos.

Te lo pedimos por intercesión de María,
Madre de la Misericordia,
a ti que vives y reinas con el Padre y el
Espíritu Santo por los siglos de los siglos.
Amén.



· **Oración
de la Iglesia
Diocesana**



Oración de la Iglesia Diocesana

Dios nuestro Padre:

Tú, que eres la fuente de todo amor
y de toda vida,
en Jesús, tu Hijo,
nos has hecho hijos tuyos.
Tú nos constituiste hermanos
unos de otros,
miembros de tu familia: la Iglesia.
Hoy, Tú nos invitas a caminar unidos,
con Jesús, nuestro Hermano,
por todos los caminos de los hombres.

Señor Jesús, Hijo de Dios:

A ti, el enviado del Padre,
el amigo de los pequeños,
te pedimos que vengas a caminar
con nosotros.
Que tu persona inspire
nuestras iniciativas
al servicio de los hombres.
Que tu Palabra ilumine
nuestros encuentros y nuestras reuniones.
Que tu presencia dirija
nuestras palabras y nuestros hechos.

Espíritu Santo:

Tú, el Espíritu del Padre y del Hijo,
Tú, que habitas en el corazón
de todo hombre y llenas el Universo,
ven a purificar, santificar, animar,
aclarar, unir, fecundar, llenar
a la Iglesia de Dios
que está en Orihuela-Alicante.

Espíritu Santo,

Espíritu de Amor,
Soplo de vida,
concédenos el gozo de ser fortalecidos
en la fe de nuestro Bautismo,
concédenos la humildad de vivir
unidos por la misión,
concédenos la audacia de buscar
nuevas esperanzas para los más olvidados,
concédenos el don de amar
con un corazón universal.

Virgen María:

Madre del señor
y Madre nuestra,
acompaña nuestro quehacer diocesano
para que cada uno de nosotros
pueda conocer mejor a Jesús,
amarle y ser testigos
toda nuestra vida
de la alegría y de la paz;
para que nuestra Iglesia Diocesana
sea más fraternal y más misionera.
AMÉN.

